

# Movimiento obrero argentino

A detailed black and white illustration depicting a scene of industrial labor. In the foreground, a man in a dark suit and tie stands with his right arm raised in a fist, addressing a crowd of workers. The workers, dressed in simple, worn clothing, are gathered around him, some looking intently at the speaker, others with their own arms raised in solidarity. In the background, there are several industrial buildings with corrugated metal roofs and tall chimneys emitting smoke into the sky. The overall atmosphere is one of active participation and collective struggle.

## Aspectos y momentos históricos de la lucha política y sindical

Cristina Mateu / Claudio Spiguel  
(Editores)

EDICIONES REVISTA  
*la marea*



# Movimiento obrero argentino | Aspectos y momentos históricos de la lucha política y sindical

Movimiento obrero argentino : aspectos y momentos históricos de la lucha política y sindical / Emilio Ratzler ... [et al.] ; compilado por Cristina Mateu ; Claudio Spiguel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Revista La Marea, 2016.

192 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-25690-2-0

1. Historia. 2. Movimiento Obrero . I. Ratzler, Emilio II. Mateu, Cristina, comp. III. Spiguel, Claudio, comp.  
CDD 320.982

© 2016 Ediciones Revista La Marea

Agrelo 3045, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

<http://lamarea-revistadecultura.blogspot.com>

[revistalamarea@yahoo.com.ar](mailto:revistalamarea@yahoo.com.ar)

Diseño: Jorge Brega.

Ilustración de tapa: Abraham Vigo (Montevideo, 1893 - Buenos Aires, 1957), “Tribuna proletaria” (detalle), de la serie *Luchas proletarias*, aguafuerte, 1937.

Impreso en Argentina por Edili, Castro 1860, C.A.B.A., abril de 2016.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.

# Movimiento obrero argentino

Aspectos y momentos históricos  
de la lucha política y sindical

Cristina Mateu y Claudio Spiguel  
(editores)

Ediciones Revista La Marea



## Presentación

Este libro es el resultado de un proceso de intercambio y de búsqueda de explicaciones de nuestros colaboradores y lectores, búsqueda de razones que ayuden a entender y cambiar las condiciones socioeconómicas existentes en nuestro país.

Durante el año 2011, a lo largo de varios encuentros con colaboradores y amigos de la revista *La Marea*, fue madurando la idea de organizar un curso sobre la historia del movimiento obrero argentino. En esos encuentros se suscitaron anécdotas y experiencias sobre las luchas de los trabajadores en las décadas pasadas, que despertaron el interés y las preguntas de los más jóvenes.

De aquella inquietud –que no es sólo generacional y seguramente está presente en muchos que sienten incompleto el cuadro de sus vivencias– surgió la necesidad y la posibilidad de armar el curso. La idea inicial fue rescatar logros y fracasos, aciertos y errores del movimiento de los trabajadores argentinos, antes de la “flexibilización laboral” impuesta en los tiempos del mundo “globalizado”.<sup>1</sup> Para ello, *La Marea* contó con la ayuda generosa de amigos docentes en Historia, periodistas e investigadores que se interesaron por la propuesta y brindaron sus perspectivas y conocimientos sobre algunos períodos y facetas de esa historia.

El curso se desarrolló en 2012 en siete encuentros. El temario se estructuró según la especialidad de cada expositor y abordando ciertos hitos o nudos en la historia del movimiento obrero argentino. El objetivo fue recuperar, en unas pocas reuniones, algunas de sus mejores experiencias y discutir problemáticas específicas o recurrentes a lo largo del proceso histórico, en la particularidad de un país dependiente, oprimido por los

---

1. En 2000, la revista compiló en un libro varios artículos sobre la llamada “globalización” que habíamos publicado en diversos números.

imperialismos, como es la Argentina. Así se enfocaron distintos momentos de la lucha contra la carestía, contra la caída de salarios, contra las malas condiciones laborales y de vida, así como la batalla sindical y política contra los gobiernos que descargaron el costo de las crisis sobre los trabajadores y las formas de organización que estos se dieron para hacer frente a esos problemas.

En los temas y procesos tratados en cada encuentro se discutieron aspectos problemáticos que siempre están presentes, como el papel de la política en la lucha gremial, la democracia obrera y los jefes sindicales, el protagonismo de las bases y la búsqueda de la unidad de los que luchan, la independencia sindical respecto de las patronales y del Estado, la legislación laboral, la relación entre la lucha económica y reivindicativa, la lucha política y las ideologías. En suma, a lo largo del curso se recorrieron momentos y aspectos de la lucha de la clase obrera argentina y el impacto de esa lucha en los sectores populares y en la historia y la sociedad nacional.

En el cierre del curso se realizó un panel con dirigentes sindicales y delegados, protagonistas de las luchas obreras de aquel momento, para reflexionar sobre sus condiciones y perspectivas. Compartieron sus experiencias y opiniones sobre el derrotero de la lucha sindical y política bajo el gobierno kirchnerista Carlos Chile, por entonces secretario de la CTA Capital; Adela Salzman, de la Junta Interna de ATE en el INDEC; Edgardo Reinoso, delegado de la línea Sarmiento de la Unión Ferroviaria; Jorge Smith, del Cuerpo de Delegados del Astillero Río Santiago, miembro de la Agrupación La Proa de la Corriente Clasista y Combativa e integrante de la Comisión Administrativa de ATE Ensenada; y Gerardo Robbiano, de la Comisión Interna de la Ex Bosch e integrante de la Cooperativa de Mecanizados Progreso.

De aquel curso resultaron estas páginas. Cada expositor revisó y completó su intervención, que aparece en este libro que finalmente publicamos. La compilación sólo abarca los procesos abordados en el curso. Aunque sus autores son especialistas en cada tema, no se trata de una obra académica ni reconstruye de conjunto el rico desarrollo histórico de nuestro movimiento obrero. Problemáticas y coyunturas decisivas quedan pendientes. Sin embargo, esperamos que estas páginas permitan el acceso al conocimiento de esa historia, habitualmente escamoteada o parcializada en todos los niveles educativos y en la divulgación.

Actualmente, un mercado de trabajo fragmentado –trabajadores en negro, temporarios y precarios, tercerizados y contratados, etc., junto con el sector desocupado–, fruto de las regresivas transformaciones abiertas a



partir de 1976 y profundizadas desde los años 90, se ha convertido en un elemento estructural del actual funcionamiento del capitalismo argentino y de la explotación de la clase obrera. Constituyó el factor decisivo de la reactivación económica operada a partir de 2003, y el sustento de los “modelos económicos” impuestos hasta hoy. Con los efectos de la crisis económica mundial del capitalismo y la profundización en estos años del carácter dependiente de la economía argentina, los trabajadores argentinos padecen el “ajuste” que se descarga principalmente sobre ellos y se movilizan para enfrentarlo. Esperamos que este libro brinde elementos para encarar los desafíos que impone el presente. Indagar en la historia y en el papel político del movimiento obrero resulta indispensable para la perspectiva de un proceso de liberación nacional y social de nuestra patria y para la emancipación de la propia clase trabajadora.

**Los editores**



## Primeras corrientes políticas y oleadas de lucha (fines del siglo XIX - inicios del XX)

**Emilio Ratzler**

La clase obrera argentina se fue conformando, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en medio del proceso político y económico en el que se consolidó la dominación del Estado por parte de las clases dominantes que hasta hoy lo dirigen: una oligarquía de base terrateniente y una burguesía intermediaria, subordinadas a distintos imperialismos que vienen disputándose nuestra patria desde entonces.

Nuestra clase obrera reconoce cuatro afluentes principales: los pueblos originarios, los negros, los criollos y los inmigrantes, principalmente europeos. Conviene repasar brevemente sus características y cómo sus miembros se fueron transformando en trabajadores, porque ayuda a comprender algunas particularidades de la clase y las dificultades de integración de estos distintos componentes. Fundamentalmente teniendo en cuenta la masiva inmigración europea, a partir de la década de 1880, que en una Buenos Aires con más de 660 mil habitantes en el año 1895 constituyó el 52% de su población. Este proceso se dio en medio de grandes conmociones políticas y sociales, como las guerras civiles, los infames genocidios de la Guerra contra el Paraguay y de la mal llamada Conquista del Desierto.

La unificación del país bajo la hegemonía de la oligarquía terrateniente y la burguesía comercial porteña dio características particulares al desarrollo del capitalismo. En lo referido a la conformación de la clase obrera, encontramos en este período la persistencia de relaciones semiserviles en el campo y en las grandes ciudades y un artesanado en talleres, combinado con el desarrollo de un crecimiento del proletariado en los ferrocarriles y en el puerto, en los que se ve el entramado con los capitales europeos, introduciendo relaciones asalariadas que no modifican la raíz latifundista y agraria impuesta por la oligarquía.

## Los afluentes

Los negros fueron la mano de obra principal en los talleres y quintas bonaerenses durante la época de Rosas, siendo aún esclavos, pues su liberación formal se dio en 1853, aunque muchos conservaron el estatus de esclavo. Fueron además parte fundamental en los contingentes de los ejércitos libertadores y de la Guerra contra el Paraguay. A fines de la década de 1850 surgieron sectores intelectuales que editaron periódicos dirigidos a la comunidad negra. El más conocido se llamó *El Proletario*, defendió posiciones asociacionistas y denunció el maltrato a la población negra durante el rosismo.

Hay indicios de la presencia de negros y sus descendientes mestizos entre los trabajadores de talleres de artesanos, fábricas, servicio doméstico, a fines del siglo XIX y principios del XX, tanto en Buenos Aires como en Tucumán, Córdoba y otros lugares del país. Se organizaron principalmente en mutuales o asociaciones por nacionalidad. Hay registros de negros en el Primer Congreso del Partido Socialista. A éstos se sumaron inmigrantes de Cabo Verde, arribados en la década de 1920, que se incorporaron al trabajo principalmente en puertos, barcos y astilleros.

Después de la Independencia, derrotada la “izquierda de Mayo”, encabezada por Moreno y Castelli,<sup>1</sup> la hegemonía de los sectores terratenientes y de los comerciantes porteños implicó la ampliación de los latifundios. Los pueblos originarios fueron diezmados en varias “campanas del desierto”, que comenzaron en la época de Rivadavia y de Rosas y culminaron con Julio A. Roca y Benjamín Victorica. Los sobrevivientes fueron repartidos para el servicio doméstico, el trabajo en estancias, ingenios y obrajes.

En condiciones semiserviles, estos originarios, particularmente en el interior de nuestro país, son uno de los componentes del naciente proletariado argentino, quizá el menos conocido y estudiado. De las infames reducciones eran trasladados a pie custodiados por el Ejército argentino a los ingenios en Tucumán y Jujuy. Este flujo sólo se cortó cuando fueron requeridos en los obrajes del quebracho.

Los Posse, Padilla, Paz, Lynch, Hileret, entre otros nombres conocidos, amasaron su fortuna en los ingenios con la sangre de estos hermanos originarios, que libraron ingentes batallas en Tucumán, Jujuy, Chaco, Misiones, etc. Una de las víctimas de la represión del 1º de Mayo de 1904 fue un originario chaqueño de apellido Ocampo.

---

1. Eduardo Azcuy Ameghino en *Historia de Artigas y la independencia Argentina*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1993.

Otro componente de nuestra clase obrera, obviamente en las estancias, pero no sólo allí, es el gaucho transformado en peón, luego de varios años de ser usado mediante leva forzosa en los ejércitos para las guerras civiles y del Paraguay, en la Campaña del Desierto, etc. Para esta transformación confluyó además el proceso de alambrado de los campos, y medidas de sujeción extraeconómica desde antes de Rosas, para que los “vagos y mal entretenidos” fueran obligados a trabajar bajo patrón en las estancias, ya que estos productores disponían de su caballo y su cuchillo, como medios de producción. Esta transformación llevó varios años y no fue lineal. Fueron parte de los obreros golondrinas en las cosechas, vendimias y esquilas.

El afluente de los inmigrantes europeos es el más conocido. Hay dos etapas diferenciadas. Entre 1850 y 1870 predomina el personal especializado, particularmente del norte europeo, como el “irlandés zanjador” que nombra el *Martín Fierro*. Una parte de esta primera inmigración, que venía con algo de capital o herramientas, se transformó en patronos, y fueron la base de la burguesía, tanto en la industria como en el comercio.

A partir de la década de 1880, consumado el genocidio de los originarios, y unificado el territorio bajo la hegemonía de los terratenientes y la burguesía intermediaria, con la afluencia masiva de capitales imperialistas que se invierten en el país, principalmente ingleses, la inmigración también se hace masiva. Decenas de miles de italianos, españoles, franceses, alemanes, así como de países del Este europeo, e incluso de Siria, Líbano, etc., arriban a Buenos Aires y otros puertos; muchos van al interior con la esperanza de hacerse propietarios de un pedazo de tierra. Los más quedan como peones rurales, o se vuelven a las ciudades, y junto con los que habían permanecido en ellas, conforman la mano de obra de nuestras primeras “industrias”, en su gran mayoría talleres artesanales. Sólo hubo colonos propietarios en parte de Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba. Hay mucho escrito sobre el tema de la inmigración. Recordemos solamente que hacia fines del siglo XIX, la proporción de extranjeros en territorio argentino era mayor a la que había en el mismo momento en Estados Unidos. Estos inmigrantes, además de emplearse en los talleres y pequeñas industrias, se incorporaron masivamente a los ferrocarriles, los puertos y los frigoríficos.

La relación entre estos cuatro afluentes del movimiento obrero argentino es una de las grandes cuestiones a estudiar y atender, porque hay muchos ejemplos de cómo esta relación se resolvió de manera incorrecta, azuzando la división entre gringos, criollos, indios y negros, lo que fue siempre instrumentado hábilmente por las clases dominantes.

## Los primeros pasos y la Primera Internacional

La primera organización obrera conocida, de carácter mutual, no gremial, es la Sociedad Tipográfica Bonaerense creada en 1857. Un desprendimiento de esta, la Unión Tipográfica, protagonizó en 1878 la primera huelga organizada por un sindicato.

Con muchas influencias de los socialistas utópicos, corriente entonces en boga en Europa, aparecieron publicaciones en Buenos Aires, en la década de 1860, con atisbos de tratamiento de la cuestión social, si bien no se las puede llamar periódicos obreros. La más conocida fue *El Artesano*, de 1863, fundado por Bartolomé Victory y Suárez, personaje que marca una época, ya que sus ideas eran una mezcla de conceptos socialistas, anarquistas, republicanos. Fue un activo masón, defendió a los internacionalistas presos en 1875, y también fue gerente de la recientemente creada Sociedad Rural.

A comienzos de la década de 1870, un conjunto de emigrados políticos franceses, que huían de la persecución desatada tras la derrota de la Comuna de París en 1871, conformaron secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores, la Primera Internacional, en Buenos Aires y en Córdoba, que tuvieron su desarrollo en los años 1872 y 1873. Poco se conoce de ellos, ya que como norma de clandestinidad usaban nombres falsos. La primera sección fue la francesa, aunque había en ella personas de otras procedencias. Luego se crearon la sección española y la italiana. Se cartearon con Marx pidiendo materiales e incluso un enviado de éste, Raymond Willmart, vino a Buenos Aires a tomar contacto con ellos. Willmart –quien al tiempo se alejó de la militancia revolucionaria, estudió abogacía y llegó a ser juez, manteniendo relaciones con el Partido Socialista– se quejaba a Marx del estado de las secciones porque algunos de los obreros pugnaban por ser patrones y despreciaba a los trabajadores criollos “que no saben más que andar a caballo”.

En 1875, un grupo –que intentaba reunir a los sectores dispersos de la Internacional– fue acusado del incendio del Colegio jesuita de El Salvador, y catorce de ellos fueron encarcelados y procesados por “subversivos”. Estuvieron 37 días presos.

Ya en estos años se hizo presente por estas tierras la división entre marxistas y anarquistas, o “autoritarios” y “jurásianos”, como se denominaban entre ellos. Los anarquistas, que tuvieron más presencia en Montevideo a mediados de la década de 1870, advertían que las secciones de Buenos Aires eran de los “autoritarios”. Esto hace referencia al punto central de debate entre marxistas y anarquistas, en esa época y también hoy. Habla-

mos del problema del Estado. Los marxistas plantearon la dictadura del proletariado como etapa necesaria en el tránsito al comunismo, mientras los anarquistas abominan de todo Estado, así como de toda “autoridad”. Otra de las cuestiones en debate, con repercusiones aquí, era el tema de la vía de la revolución. Ya en 1870, José Méndez, presidente de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, en carta escrita a la AIT (Asociación Internacional del Trabajo), de paso revelando tempranos contactos con ésta, se manifestaba a favor de una “revolución pacífica”. Esta posición, así como las líneas putchistas, las reformistas parlamentaristas y las insurreccionalistas, aparecieron por aquellos años. Posicionamientos que atraviesan prácticamente toda la historia del movimiento obrero y sus organizaciones sindicales y políticas.

Cabe para este período lo analizado por Engels para los emigrados políticos en general, cuando afirmaba que se encerraban en disputas estériles entre los distintos grupos y les recomendaba sumergirse en la realidad del país en el que habitaban.

Todavía en este período se siente el peso del artesanado y el débil desarrollo de la clase obrera, muy influenciada por las expectativas de “ascenso social” que alentaban las clases dominantes. Se conoce que los primeros internacionalistas en Buenos Aires editaron un periódico, *El Trabajador*, aunque no se sabe ni en qué idioma estaba escrito.

Si bien no se conoce qué grado de influencia tuvieron en actividades sindicales o políticas concretas, tanto por afirmaciones de sus dirigentes, como por la prensa burguesa de la época, se sabe que no pasaron desapercibidos. *La Nación*, por ejemplo, por aquellos años –en medio de notas sobre la aparición de “indios con cuernos” en el Chaco supuestamente encontrados por las tropas del Ejército– publicaba noticias de las reuniones de la Asociación Internacional del Trabajo en Europa y advertía sobre su política subversiva hacia los gobiernos en la región.

### **La asociación Vorwärts**

A comienzos de 1882, emigrados alemanes fundan en Buenos Aires el Club Vorwärts (Adelante), sociedad mutua que adhiere al programa del Partido Socialdemócrata Alemán. A partir de 1886, editan un periódico del mismo nombre. Ya por esos años, con la llegada masiva de inmigrantes europeos, se multiplicaron las sociedades mutuales por nacionalidad. Algunas de ellas se unieron en algunos momentos con el naciente movimiento obrero. Entre ellas el Vorwärts ocupó un lugar destacado.

En la segunda década de 1880 hay una reactivación de las huelgas, oleada en la que se destacan los panaderos, y tienen influencia los anarquistas, con figuras como Enrique Malatesta y Ettore Mattei. El Vorwärts estuvo representado en el Congreso de julio de 1889 en París, que fundó la Segunda Internacional, en un contexto europeo distinto al de la Comuna, y con partidos socialistas con desarrollo importante de afiliados y parlamentarios en Francia y particularmente en Alemania. Ya allí se ven profundos rasgos oportunistas, contra los que peleó Engels, fallecido Marx en 1883. Aquel congreso estableció el 1º de Mayo como fecha de lucha mundial por las ocho horas de trabajo, ocho de descanso y 8 horas “para hacer lo que nos dé la gana”, como decían los anarco sindicalistas de Chicago, en honor de cuyos mártires se eligió la fecha.<sup>2</sup>

En la asociación Vorwärts se entremezclaban los marxistas con los seguidores de Ferdinando de Lasalle, los lasalleanos. Lasalle fue un dirigente que creó la primera asociación de trabajadores en Alemania en la década de 1860, y que se unió con los seguidores de Marx, en un congreso de fusión de las dos corrientes en 1875. Es importante detenernos en esto, porque la influencia de este Partido Obrero Socialdemócrata Alemán fue muy grande entre los socialistas del Vorwärts.

Los emigrados del Vorwärts en Buenos Aires adhirieron al “Programa de Gotha”, aprobado en Alemania en aquel congreso de fusión. Marx dedicó un escrito a criticarlo y junto con Engels siempre pelearon contra los rasgos oportunistas que empujaban los lasalleanos. Estos concebían la revolución “desde arriba” y con apoyo del Estado, lo que los llevó a colaborar con el canciller Bismarck. Uno de los conceptos de Lasalle muy difundidos entre nuestros socialistas era su “ley de hierro del salario”, que negaba la plusvalía, y su apoyo a las cooperativas de producción como camino de transformaciones sociales. La influencia de Lasalle ha subsistido hasta hoy en la óptica de algunos de los más conocidos académicos estudiosos del movimiento obrero, y colaboradores de varios gobiernos, como José Aricó y Juan Carlos Portantiero.

La década de 1880 es la de la consolidación de la estructura de clases dominantes que perdura hasta hoy en el país, con la preeminencia de sectores oligárquicos y de burgueses intermediarios, en esos años vinculados principalmente a través del Puerto de Buenos Aires con los países capi-

---

2. El 1º de mayo de 1886 había comenzado en Chicago la huelga general, a raíz de la cual fueron detenidos y llevados a la horca Georg Engel, Adolf Fischer, Albert Parsons, y August Spies, acusándolos de un atentado. Louis Lingg se suicidó un día antes de la ejecución.



talistas que aceleradamente se desarrollaban como imperialistas, proceso que se consolida a comienzos del siglo XX. Para el movimiento obrero ésta es una década de crecimiento de huelgas sectoriales y de creación de sindicatos, particularmente en la última parte, cuando la crisis tira por tierra las ilusiones sembradas de desarrollo ilimitado de la economía y de ascenso social. En estos años aparece uno de los contingentes principales del movimiento obrero, protagonista de grandes luchas durante décadas, los ferroviarios.

## 1890

El año 1890 es clave para el movimiento obrero argentino. Confluyen la agudización de la crisis económica que se venía descargando sobre el pueblo, que se manifestó políticamente en la Revolución del Parque en julio, con la organización de los primeros actos del 1º de Mayo en Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca y Chivilcoy.

A la vez, estas manifestaciones políticas de las distintas clases iban por caminos separados. Hubo grandes debates en esos años sobre cuál debía ser la actitud de las organizaciones obreras ante el nuevo partido que estaba surgiendo, la Unión Cívica Radical, desprendida de la Unión Cívica Nacional, donde se nucleaban sectores pequeñoburgueses, junto a burgueses y terratenientes.

A iniciativa de los socialistas alemanes, se conforma un Comité Obrero Internacional con distintos sindicatos, organizaciones mutuales de inmigrantes, socialistas y anarquistas, quienes organizan el acto del 1º de Mayo, acuerdan un Manifiesto a los trabajadores, un petitorio al Congreso de la Nación y la creación de una federación obrera y un periódico, *El Obrero*.

## Los marxistas del 90

Alrededor de este periódico, *El Obrero* (cuyo primer número salió en diciembre de 1890, y se prolongó cerca de dos años) y de la Federación Obrera Argentina (FOA) se nucleó una corriente marxista, que por varias razones conviene estudiar más de cerca. En ese periódico confluyen dirigentes sindicales de origen alemán como Augusto Kuhn (tipógrafo), Juan Schafer (zapatero), Guillermo Scuhlze, Gotardo Hümmel, Germán Müller, por nombrar los más conocidos; algunos de otros orígenes como Carlos Mauli, Domingo Rizzo y Giménez, con intelectuales como José Winiger, redactor del primer manifiesto hacia el 1º de Mayo, de quien el propio Kuhn recordaba años después que “tenía ideas bastante confusas”, y Ger-

mán Ave Lallemand, ingeniero en minas y agrimensor nacido en Alemania en 1835 o 36, y que vivía en nuestro país desde 1868.

Hay varias cuestiones a destacar: en primer lugar, desde las páginas de *El Obrero* se hacen los primeros intentos de análisis marxista de la sociedad argentina, sus clases dominantes, sus clases populares, y se realiza un seguimiento de la política cotidiana, partiendo de los intereses de los obreros argentinos. Esto ya marca una gran diferencia con los intentos conocidos hasta ese momento. De este núcleo de marxistas surge, en 1892, la Agrupación Socialista Buenos Aires, el tronco del que saldría el Partido Socialista poco tiempo después.

La definición del editorial del primer número de *El Obrero* marca el avance de esta corriente marxista y su decisión de ir a la disputa, tanto del movimiento obrero como de los otros sectores populares: “Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos en esta República como campeones del Proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase que, inspirada por la sublime doctrina del socialismo científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son la concepción materialista de la historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía –los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx–, acaba de tomar posición frente al orden social vigente” (*E. O.*, 12/12/1890).

No es un tema menor la decisión de editar *El Obrero* en castellano, lo que les permitía romper el cerco de los inmigrantes, intentar llegar al conjunto de la clase, y tratar de ser vocero del naciente movimiento obrero argentino.

*El Obrero* aparece a partir del número 7 como órgano de la FOA y en sus páginas refleja las luchas gremiales, analiza el curso de los acontecimientos políticos, se considera parte del “grande partido socialista internacional”, siguiendo puntillosamente las actividades de los principales partidos socialistas europeos. Es evidente la influencia del Partido Socialdemócrata Alemán, en ese momento el partido socialista más grande del mundo.

*El Obrero* fue, además, instrumento de organización, no sólo en Buenos Aires, sino en distintas ciudades donde se fueron estableciendo correspondencias, como Santa Fe, Mendoza, Córdoba, localidades en la provincia de Buenos Aires. Tuvo también contactos en Salta y Tucumán.

### ***El Obrero* y la revolución del 90**

Un aspecto fundamental que reflejan las páginas de *El Obrero* es su análisis de la entonces reciente “revolución del Parque”, protagonizada

por civiles y militares opuestos al presidente Juárez Celman. En esta “revolución” confluyeron los seguidores de Alem y los mitristas, quienes a través del jefe militar Manuel J. Campos utilizaron el levantamiento para negociar con Roca y lo llevaron al fracaso. Alem rompe y de ahí surge la UCR. *El Obrero* caracteriza este levantamiento como el impulsor de un “régimen puro de la sociedad burguesa”, al que considera un avance, ubica como “pequeña-burguesía” a los seguidores de la Unión Cívica, sin dejar de marcar la influencia de “un grupo de abogados” que le quita a ese movimiento su carácter democrático.

Luego es lapidario con estos sectores y sus conciliaciones de clase con los terratenientes, diciendo “desgraciadamente, la pequeño burguesía, cerrando los ojos ante el peligro, nunca se da cuenta de la verdad de las cosas, y por eso siempre sale fumada”, es decir que se deja llevar por ilusiones y siempre la negocian los otros sectores, en este caso Mitre acordando la continuidad institucional con Pellegrini, el vicepresidente que reemplaza a Juárez. Al mismo tiempo el redactor de *El Obrero* (Lallemant) afirma siempre la necesidad de tender puentes hacia esos sectores de la “pequeña burguesía”.

Este análisis es central, porque es el primer intento serio, más allá de los errores que tuvieron aquellos marxistas, de ubicar a la clase obrera como clase nacional, con un programa capaz de nuclear a otros sectores populares.

### **Germán Ave Lallemant**

Debemos dedicar especial consideración a la figura de Germán Ave Lallemant, primer director de *El Obrero*. Este científico de origen alemán reunió varias características peculiares. En primer lugar, por su profesión, ingeniero agrónomo, y porque se radicó en San Luis al poco tiempo de su llegada al país, en 1868, tuvo un conocimiento de primera mano de la realidad en muchas provincias, como Mendoza, San Juan y Córdoba. Fue un conocedor profundo del marxismo, lo que se refleja en sus artículos, y mantuvo vinculaciones con los socialistas alemanes, llegando a ser colaborador de la revista teórica del Partido Obrero Socialdemócrata Alemán, *Die Neue Zeit* (*El nuevo tiempo*), desde mediados de la década de 1890 hasta comienzos del siglo XX.

Hay un aspecto no menor de su vida personal: su casamiento con Enriqueta Lucio Lucero, maestra proveniente de una conocida familia de San Luis, ubicada políticamente en la oposición a Roca. Enriqueta era tía de Teófilo Saá, quien encabezó un levantamiento antiroquista en San Luis en 1893,

y que presidió la UCR en la provincia. Este Teófilo Saá era hijo de Juan Saá, caudillo que peleó contra Rosas primero y contra Mitre después. Por lo tanto Lallemand pudo conocer de primera mano una parte importante de la historia argentina desde la visión de los caudillos del interior. Comentemos de paso que la mujer de Lallemand, Enriqueta, como directora de la Escuela Normal de la capital de San Luis, fue la impulsora, con otras ocho docentes, de la considerada primera huelga de maestras en la Argentina, en 1881.

Lallemand tuvo una vasta actividad científica, en San Luis y otras provincias, explotó una mina de oro, realizó el primer mapa de la provincia de San Luis, detallados informes de la flora y fauna puntana, y realizó trabajo de agrimensura para terratenientes, lo que él mismo comentaba que ayudó a su conocimiento de esa clase. Fue profesor y director de la Escuela Normal y del Colegio Nacional, escribió en *La Agricultura*, que editaba el diario *La Nación*, entre una vastedad de actividades.

Con el mismo rigor y con conocimientos del marxismo comprobados en sus escritos ya a comienzos de la década de 1880, Lallemand inició los estudios marxistas de la sociedad argentina y difundió la doctrina marxista, polemizando con los grandes contendientes de la época dentro del movimiento obrero: los anarquistas. Además de *El Obrero*, con el que luego de dirigirlo siguió colaborando, escribió en el *Vorwärts* de los emigrados alemanes, en el periódico *El Socialista*, continuador de *El Obrero*, y luego en *La Vanguardia*, el diario fundado por Juan B. Justo en 1894.

Salvo breves períodos, Lallemand vivió cuarenta años en San Luis, donde murió en 1910. Un capítulo poco estudiado de su vida es su actividad política en esa provincia, y vale la pena mencionarla. En 1893 se produce allí un levantamiento, parte de los levantamientos radicales en varias provincias. Lallemand participa junto a su sobrino político Teófilo Saá, e integra el gobierno provisorio que surge de ese levantamiento, en el que hubo enfrentamiento armado con las fuerzas del gobernador Videla, exponente del roquismo. Además de escribir varios documentos de los insurrectos, se ocupó de la investigación de los casos de corrupción del gobierno derrocado. El gobierno provisional duró 20 días, hasta que las tropas enviadas por el gobierno de Buenos Aires lo desalojaron.

Otto Vargas, en su libro *El marxismo y la revolución Argentina* (Tomo 1), hizo una correcta valoración sobre los marxistas del 90, sus aciertos y sus errores. Entre los aciertos, hay que recalcar el análisis de las clases sociales en el país. Lallemand decía, por ejemplo, que en tiempos de Sarmiento “El caudillaje supo incorporar a sus intereses a los de la clase de los grandes hacendados, formando los dos el rastaquonerismo que fue desarrollándose con

el tiempo, inoculándole Avellaneda el virus de la corrupción en todo sentido”. Rastacueros se les decía en esos años a los oligarcas que despilfarraban la plata en París, porque andaban “arrastrando los cueros”. Era un término despectivo, equivalente al de “nuevo rico”. Los marxistas del 90 profundizaron la caracterización de las clases dominantes: “la clase alta high-life de los grandes estancieros, gran hacendados, que gobiernan el país en absoluto desde la independencia por medio del caudillaje, de la pequeña burguesía, cuyos miembros son honrados por los de la clase alta con el sobrenombre de los compadritos, y en los partidarios del capital internacional, especialmente europeo”. (*E.O.*, 21/3/1891). Era la primera vez que desde el movimiento obrero se delimitaban así los campos de las clases sociales

Como dice Vargas “El grupo de los marxistas del 90 tiene el mérito principal de haber creado las condiciones para el nacimiento del partido marxista del proletariado, partido que expresa la fusión del marxismo con la clase obrera. Avanzaron además en el estudio del marxismo con la revolución argentina”. Caracterizaron correctamente la revolución en la Argentina como democrático-burguesa, trazando una acertada valoración de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional que se iba nucleando en la UCR. Esto fue motivo de agrios debates con el sector que, encabezado por Juan B. Justo, hegemonizó tempranamente el Partido Socialista, como veremos más adelante.

### **Errores y limitaciones de los marxistas del 90**

En Lallemand y en los marxistas del 90, se manifestaron rasgos de la influencia de los lasalleanos, y otras concepciones contrarias al marxismo, además de limitaciones propias del grado de desarrollo del movimiento obrero en nuestro país.

Lallemand, si bien denunció el carácter retardatario del latifundio, no propuso eliminarlo, sino fomentar su explotación con capitales “fuertes”, sembrando expectativas en los capitales externos norteamericanos. Proponía instruir a los trabajadores en las técnicas modernas, achacando el atraso sólo a los modos de explotación de los terratenientes, sin ver las verdaderas relaciones de producción, ni la posibilidad de un camino revolucionario para ese desarrollo.

Otra cuestión en los marxistas de esos años fue no desarrollar una línea para la hegemonía proletaria en la revolución democrática, y una línea consecuentemente independiente en la acción política. Por lo que tuvieron idas y vueltas en su relación con la burguesía. Además, aparecen en *El*

*Obrero* tempranas expresiones de una línea que se denominó “por una u otra vía”, es decir que la revolución podía ser violenta o pacífica, dependiendo de las circunstancias.

### **Socialistas, anarquistas y sindicalistas**

A partir de mediados de la década de 1890 se reactiva el movimiento huelguístico, que había sufrido un bajón producto de la crisis, y del cambio temporario en el flujo migratorio. El año 1891 es el único, entre 1880 y 1899, en el que fue más grande la cifra de emigrados que la de inmigrantes.

El grupo inicial de marxistas del 90 se divide temporariamente, entre los que plantean formar un partido político, y los que dicen que no hay condiciones, y que es mejor seguir con las organizaciones sindicales. Lallémand, Kuhn, Muller, Mauli sostienen lo primero, y editan *El Socialista*. Al tiempo se suman Juan B. Justo, y un grupo de intelectuales como José Ingenieros, Roberto Payró, Leopoldo Lugones, que van imprimiendo otro carácter al naciente Partido Socialista.

Entre 1892 y 1896 se libra una dura lucha de líneas entre un sector más claramente reformista, parlamentarista y algunos de los marxistas del 90 que sin mucha claridad defienden posiciones marxistas.

Mientras tanto, en el campo anarquista crece la corriente organizadora frente a los individualistas que editaban *El Perseguido*. Dadas las posiciones políticas crecientemente parlamentaristas de los socialistas, los anarquistas avanzarán en la organización de los sindicatos, en los que pasarán a predominar hasta mediados de la década de 1910.

Nuestros anarquistas abominaban de la política, golpeaban por igual a patrones grandes y pequeños, rechazaban el concepto de patria, y glorificaban la huelga general. Rechazaban toda autoridad, y, al menos en ese período, si bien sus periódicos eran ciertamente incendiarios (*El Perseguido*, *El Oprimido*, *La Protesta Humana*, *Ni Dios ni amo*), en la acción concreta no llevaron a cabo acciones armadas individuales ni mucho menos colectivas.

Es interesante ver que no se desarrolló acá lo que algunos llaman la “línea de Chicago” en Estados Unidos, donde un sector de los anarco sindicalistas empujó por esos años de la década de 1890 la formación de milicias armadas, para proteger a los huelguistas y enfrentar las fuerzas represivas.

Tuvo mucho peso entre los anarquistas en la Argentina un destacado abogado italiano llamado Pietro Gori, de influencia en medios intelectuales, particularmente en José Ingenieros, quien fue su continuador en el “positivismo criminológico”.

Los anarquistas se ubicaron mejor frente a un proletariado mayormente extranjero, privado de derechos políticos, en los que entraba más fácilmente el discurso antielectoralista.

Hacia fin de siglo, también producto de la hegemonía en el Partido Socialista de una corriente parlamentarista, surge una ruptura desde algunos centros de la Capital Federal, que hace hincapié en el trabajo sindical. Si bien estos centros volvieron al poco tiempo al seno del PS, a mediados de la primera década surge el sindicalismo revolucionario, escindido del PS, en parte por lo dicho anteriormente, y a la vez con influencias de una corriente que venía en crecimiento mundialmente, en la Segunda Internacional. La corriente sindicalista, que al poco tiempo abandona el adjetivo “revolucionaria” y refuerza componentes reformistas, con el planteo central de “todo a través del sindicato” y su desprecio de la lucha política, se va a transformar en pocos años en mayoritaria dentro del movimiento obrero argentino.

### **Debates en el primer congreso del Partido Socialista**

En julio de 1896 el PS realiza su primer congreso, cerrando una etapa de conformación, en la que los centros se habían unificado, designado un Comité Central confederal, realizado una convención en 1895. Antes de dicho congreso, en marzo de 1896, el Partido Socialista presentó una lista para elecciones que se realizaban en la ciudad de Buenos Aires. Sacó 134 votos.

Dos palabras sobre una polémica vigente. Desde la dirección del PS, así como desde muchos historiadores e investigadores, se habla del Congreso de 1896 como el de “fundación” del PS. José Ratzer demostró ya hace muchos años que con esto se pretende ocultar la lucha de líneas desarrollada dentro del PS en el período 92-96, entre el núcleo original de marxistas del 90, y los acaudillados por Juan B. Justo.

En ese primer congreso, de gran importancia porque definió programa, estatutos y dirección, hubo dos grandes debates. En los dos perdieron las propuestas de Juan B. Justo frente a una heterogénea alianza. La primera polémica fue alrededor de la posibilidad de establecer alianzas electorales “respetando nuestro programa” y la que se oponía. Ganó ésta última.

El otro gran tema en discusión fue la violencia como medio de los trabajadores para la conquista del poder. Justo presentó una formulación por la que el camino electoral y parlamentarista era “el único” camino, aceptando otro método de acción “si las circunstancias se lo imponen”.

La otra propuesta, en cambio, decía que se podía seguir el camino electoral para usar otro método de acción “cuando las circunstancias lo hagan conveniente”. Entre estas dos palabritas, “si” y “cuando”, está la diferencia profunda entre dos corrientes que aún perduran: reformistas y revolucionarios. La moción parlamentarista fue la aprobada en este congreso, avalada entre otros por Ingenieros y Lugones –que tiempo después editarían el periódico *La Montaña*, definiéndose como socialistas revolucionarios–, y algunos de los integrantes de la corriente marxista del 90. Alicia Moreau de Justo recordaba que en ese Congreso había actuado “el ala marxista del Partido”, junto con los “verbalistas revolucionarios”.

### **Huelgas en los 90**

Estos debates y contradicciones, tanto en el interior de los socialistas como con los anarquistas, se dieron en medio de distintas luchas. Ya en los 90 el incipiente movimiento obrero comienza a consolidarse. El flujo de la inmigración masiva se mantuvo al ritmo de la crisis y seguían viniendo miles de personas del sur de Italia, de España, de Rusia, de Francia, entre los principales lugares de origen. Crecen los ferrocarriles y poco después industrias como los frigoríficos, otra muestra de cómo se va armando la economía en función de la penetración monopolista extranjera.

Los primeros años de esta década fueron marcados por un freno a las luchas, y por reclamos como equiparar el valor nominal del salario con el valor oro del peso, además de subas salariales, las ocho horas, y contra las reglamentaciones patronales en los talleres. En estos años los socialistas tienen mayor incidencia en las luchas sindicales. Entre los anarquistas predomina la corriente “antiorganizadora” que planteaba que no había que luchar por reformas, ni organizarse sindicalmente, sino poner todo para la lucha por la revolución social, en general. Esta corriente se expresa en el periódico *El Perseguido*.

Hacia mediados de la década comienza a reactivarse la oleada de luchas, y al calor de ellas se crean nuevas sociedades de resistencia. Entre 1895 y 96 hay cuarenta huelgas, y aparecen grandes conflictos ferroviarios, como el de los talleres Solá, que duró tres meses.

Entre los anarquistas aparece con fuerza la corriente organizadora, que comienza a crecer en los sindicatos hasta transformarse rápidamente en la corriente dominante. Estos anarquistas organizadores sacan *La Protesta humana*, que luego seguiría saliendo como *La Protesta*, calificado por muchos como el periódico anarquista más importante de habla hispana.



## El siglo XX

A comienzos del siglo XX, ya nuestra clase obrera tenía en su bagaje varios años de experiencia. Corrientes consolidadas, otras nuevas que surgían con una fuerza muy grande. El siglo empieza con el primer mártir reconocido de la clase obrera, Cosme Budislavich, obrero de la refinería de azúcar propiedad de los Tornquist en Rosario, muerto a tiros en una manifestación en 1901.

La superexplotación era terrible. Por esos años era común en muchas industrias y comercios el trabajo infantil y estaba extendido el trabajo a domicilio, lo que hacía de los conventillos, además de hacinados lugares de vivienda, lugares de trabajo. Esta situación, y el abuso de los dueños con los alquileres leoninos, llevaron en 1907 a una extendida huelga de inquilinos.

La superexplotación queda reflejada en el estallido de la primera huelga general en nuestro país: se inició con los estibadores del puerto de Buenos Aires en noviembre de 1902, que fueron al paro porque se negaron a cargar bolsas de más de 100 kilos, exigiendo un peso máximo de 70. Del Puerto de Buenos Aires se extendió a otros como Campana, Zárate, Rosario. Luego de una terrible represión, la huelga se amplió a los obreros de la carne, los papeleros, los obreros del mercado de frutos de Barracas central y se sumaron reclamos como la abolición del trabajo a destajo, jornada de nueve horas, aumento de salarios. Se sumaron los conductores de carros, gremio con mucho peso en el puerto y dirigido por los anarquistas. El 22 de noviembre, la Federación Obrera Argentina lanzó la huelga general. Si bien en la FOA estaban los socialistas y los anarquistas, que se dividen al año siguiente, fue muy distinta la actitud de unos y otros. Mientras los anarquistas la empujaron decididamente, el PS la calificó de “acto descabellado”.

La huelga fue inmensa en Buenos Aires. Se paralizó el transporte. El gobierno del general Roca militarizó la ciudad, impuso el estado de sitio y motorizó la famosa “ley de residencia”, la 4144, por la que se podía deportar a agitadores extranjeros. Hubo centenares de detenidos y de expulsados del país.

Si bien fue derrotada, significó un gran avance para el proletariado argentino. Se reveló la fuerza de combate de la clase obrera organizada, y quedó más claro el carácter reaccionario del Estado oligárquico.

Aquí aparecen algunas cuestiones importantes, como el creciente uso por parte de las clases dominantes de un discurso disfrazado de “patriótico”, contraponiéndolo con el “anarquismo extranjero”. Discurso que encubriría atrocidades de las más terribles, y que no siempre fue bien res-

pondido desde las organizaciones obreras, tanto de los socialistas como de los anarquistas. Esto se expresó con crudeza en la “Semana Roja” de mayo de 1909, y en 1910, ante los festejos del Primer Centenario de la Revolución de Mayo.

Por otro lado, ante la creciente oleada de luchas, las clases dominantes, junto con el aumento de la represión, se dan una política hacia un sector de los dirigentes obreros, en particular los socialistas. En 1904, Joaquín V. González, ministro del Interior del gobierno de Roca, lanza una propuesta de Ley Nacional del Trabajo que reconocía las ocho horas, a cambio de reglamentar las sociedades obreras. La reforma laboral fue rechazada, tanto por el Congreso de la Nación, como por las organizaciones del movimiento obrero. Hubo un gran debate dentro del PS, que derivó en desautorizar la colaboración con el ministro en nombre del Partido. Un conocido informe realizado por Juan Bialek Massé, “El estado de las clases obreras argentinas”, que detalla las terribles condiciones de trabajo en varios lugares del país, fue hecho a petición de González, como información para el proyecto de Ley de Trabajo. En 1904, también, se realiza una reforma en las circunscripciones electorales que permitió la elección de Alfredo Palacios como primer diputado socialista de América. Esto fue celebrado por Joaquín V. González, planteando abiertamente que el ingreso de los socialistas al Parlamento alejaba las posibilidades de violencia revolucionaria.

Ya por esos años se había avanzado en conquistas importantes, como la reducción de las horas de trabajo y el descanso dominical. Pasada la huelga de 1902, se profundiza la división entre anarquistas y socialistas. La FOA, que había tenido en su congreso de 1902 posiciones más próximas al anarquismo—lo que evidencia el crecimiento de esta corriente en los sindicatos— se divide y en 1904 se constituye la FORA anarquista, mientras los socialistas crean la Unión General de Trabajadores. En una apretada síntesis, veamos algunos hechos relevantes de comienzos del siglo XX.

### **Levantamiento radical de 1905**

Ese año se produjo el último levantamiento radical, cerrando un ciclo iniciado en 1890. Este levantamiento que fracasó y por el cual el gobierno decretó el estado de sitio, fue repudiado por el Partido Socialista, que lo calificó como “deplorable espectáculo”. Hubo disidencias internas, como la de los que al año se separarían conformando la corriente sindicalista revolucionaria, que plantearon que había que aprovechar el levantamiento para actuar, como movimiento obrero. El gobierno aprovechó para descar-

gar una feroz represión tanto al socialismo como al anarquismo, clausurando locales e imprentas, y baleando manifestaciones, como la del 21 de mayo de ese año, con el saldo de dos muertos. Los sindicalistas se escindieron del PS, y pasaron a ser mayoría en la UGT en 1906.

### **Semana roja, 1909**

A raíz de la represión del acto anarquista del 1º de Mayo de 1909 (once muertos), se lanzó una huelga general unificada de las dos centrales y sindicatos autónomos. La huelga duró ocho días y tuvo repercusión nacional e internacional. Fue reprimido el inmenso cortejo fúnebre con cerca de 200.000 personas. Allí hubo nuevas muertes y se desató una feroz persecución, incluso con *pogroms* en barrios judíos. No pudieron torcer la lucha y el gobierno tuvo que conceder: libertad de 800 presos, reapertura de los locales obreros y derogación del Código de Penalidades.

En noviembre de 1909, el joven anarquista Simón Radowitzky, en un atentado ajustició al jefe de policía Ramón Falcón, responsable de la matanza de la Semana Roja.

En este período se desarrollan los periódicos obreros *La Protesta*, *La Vanguardia*, entre otros, que llegan a hacerse diarios.

### **Centenario de la Revolución de Mayo**

Ante el Centenario se tensó todo. La oligarquía quería tener su fiesta en paz y mostrar el producto de 30 años de hegemonía, es decir, un modelo de país dependiente, como calificó a la Argentina Lenin en su trabajo sobre el imperialismo, en 1915.

En el año 1910 hubo 298 huelgas, que afectaron incluso a las obras del Centenario. La represión fue salvaje y “preventiva”, ya que tanto la CORA (Confederación Obrera Regional Argentina, de sindicalistas y socialistas) como la FORA (anarquista) llamaban a la huelga, aunque con distintas fechas, en mayo, frente a los festejos oligárquicos. El gobierno resolvió el estado de sitio. Y desató una represión inédita por lo feroz. Allí aparecieron con toda crudeza las bandas de “niños bien” en los atentados a los locales obreros, y la utilización de la “patria” y la “bandera”, contra “el trapo rojo”.

En estos años se ve la falta de un partido revolucionario, en varias cuestiones claves para la integración del marxismo con la revolución argentina. Esta ausencia del partido marxista ahondó desencuentros e incomprendimientos que lastraron durante muchos años el avance de una línea que permitiera la integración del marxismo con la revolución argentina.

Esto se evidenció en los análisis erróneos y la incapacidad de dar respuesta de estas tres corrientes a problemas fundamentales como: 1) las implicancias del desarrollo del imperialismo en esos primeros años del siglo XX, la división en países opresores y países oprimidos, la “cuestión nacional” y las nubes de guerra que ya aparecían en el horizonte. 2) El tipo de revolución necesaria en la Argentina, y consecuentemente qué política de alianzas para el proletariado, particularmente en relación con las luchas campesinas. 3) Qué significado tenía la “acción política” de la clase obrera: los reformistas del PS veían como única “acción política” la participación en las elecciones, y los anarquistas eran furiosamente abstencionistas. Este debate se agudizó después de 1912, al introducir la oligarquía las reformas a la ley electoral, y la línea espontaneísta de los anarquistas hizo crisis con los acontecimientos de la Semana de Enero de 1919.

### **Bibliografía básica**

Bialet Massé, Juan, *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL), 1985.

Bilsky, Edgardo, *La FORA y el movimiento obrero*, Buenos Aires, CEAL, 1985, Tomos 1 y 2.

Falcón, Ricardo, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

Marotta, Sebastián, *El movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, Ediciones Lacio, 1961, Tomos 1 y 2.

Oddone, Jacinto, *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Ratzer, José, *Los marxistas argentinos del 90*, Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1969, págs. 55-79; 93-134; 146-153; 161-164.

— *El movimiento socialista en Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1981, págs. 7-36.

Tarcus, Horacio, *Marx en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Vargas, Otto, *El marxismo y la revolución Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1987, Tomo 1, págs. 34-40; 65-71; 75-95; 99-118.

— “Orígenes del movimiento obrero”, en *Política y Teoría* N° 64, Noviembre 2007-Febrero 2008.

## Nuevas problemáticas de las organizaciones sindicales (1914-1943)

**Cristina Mateu**

Abordaremos casi treinta años del movimiento obrero, décadas muy intensas en su historia y en la historia del país. Con grandes cambios a nivel internacional y nacional que nos obligan a enfocar los problemas fundamentales del movimiento obrero diferenciando dos momentos: de 1914 a 1930 y de 1930 a 1943. La organización sindical y política del movimiento obrero estuvo inescindiblemente ligada a los avatares y problemas políticos y económicos mundiales y locales.

Emilio Ratzler nos introdujo en los primeros pasos de las ideas y luchas de la clase obrera argentina desde fines del siglo XIX hasta 1910, momento de la conmemoración del Centenario en la Argentina. Período en el que los conservadores y la oligarquía imponían el fraude electoral, profundizaban la dependencia económica y la represión a las luchas obreras con la Ley de Residencia, Ley social, estado de sitio y represión policial. La situación de la primera preguerra mundial motivó, a su vez, un intenso debate en el socialismo y en el comunismo europeo. Algunos investigadores sostienen que fueron estos factores los que condujeron a una caída en la cantidad de luchas sociales entre 1912 y 1917, una época de reflujo de luchas obreras a nivel mundial.

En este marco, en la Argentina, se produjo el Grito de Alcorta en 1912 protagonizado por el campesinado arrendatario, pobre y medio, y se fundó la Federación Agraria. En 1915, la FORA (Federación Obrera de la República Argentina) se divide en su noveno Congreso: una corriente mantiene una concepción anarco-comunista y la otra, impulsada por el socialismo, el sindicalismo revolucionario. La primera se llamó la FORA del V Congreso (porque sostenía los principios de 1905) y la segunda, la FORA del IX Con-

greso. El socialismo, que impulsa el sindicalismo revolucionario, predominará en esta federación y su posicionamiento será el de la lucha economicista, por reivindicaciones laborales, con absoluta prescindencia de la política: un posicionamiento meramente reformista. La federación anarco-sindicalista también prescindía de la intervención política del movimiento obrero, pero sostenía la acción directa y la huelga general como método de lucha.

Entre 1910 y 1915, el gran debate en el movimiento obrero estuvo centrado en el tema de su unificación y de las transformaciones de la organización sindical, dado el cambio económico y productivo generado por la crisis y la vulnerabilidad de la economía exportadora argentina afectada por los prolegómenos de la Gran Guerra y la absoluta dependencia de las inversiones y demanda externas. Se inició entonces un período de crisis generalizada que afectó a la oligarquía terrateniente, al movimiento obrero y a todo el pueblo argentino.

La Primera Guerra Mundial nuevamente mostró las dificultades del esquema económico dependiente de la Argentina y puso al movimiento obrero a discutir la guerra y el rol de las grandes potencias. Dividió aguas en el movimiento obrero internacional entre las corrientes que defendían el papel de sus burguesías en ella y la que entendía al conflicto como producto de la disputa imperialista de esas burguesías. La Revolución Rusa, en 1917, abrirá una nueva perspectiva para el movimiento obrero y comunista mundial y para el desarrollo de la propia guerra, ya que la revolución alumbró el triunfo del proletariado y da lugar al primer gobierno obrero y socialista.

En Argentina se estaban produciendo importantes cambios. Con la crisis mundial se debilitó el esquema agroexportador y se inició un lentísimo desarrollo de la industria local, aunque de característica dependiente. Las cifras en los Cuadros 1 y 2 nos permiten ver cómo fue ese proceso, especialmente entre los años 1918 a 1920. También muestran cómo caen las exportaciones e importaciones a Gran Bretaña y aumentan a Estados Unidos.

Estas cifras muestran el cambio económico en el que, si bien la estructura que sostiene el esquema agroexportador siguió vigente, se inició una primera etapa de la sustitución de importaciones producto de la guerra, del retroceso y obsolescencia de las inversiones industriales inglesas, con la penetración de inversiones industriales norteamericanas en áreas como la metalúrgica, textil, alimentación. Así lentamente comienza un incipiente aumento de establecimientos industriales y de la cantidad de obreros vinculados con la producción manufacturera, concentrados en las grandes ciudades. Este cambio es significativo respecto al período anterior, en el que el tipo de industria y la calificación de los obreros estaban asociados

a pequeños talleres, mientras que la gran concentración obrera se daba fundamentalmente en servicios públicos (portuarios, ferroviarios) con una organización sindical más sólida que en esos talleres.

**Cuadro 1**  
**Comercio argentino con Gran Bretaña y Estados Unidos 1914-1939 (en %)**

Año	Gran Bretaña		Estados Unidos	
	Exportaciones	Importaciones	Exportaciones	Importaciones
1914	29,3	34,1	12,2	13,5
1916	29,6	29,8	16,1	24,8
1918	38,1	24,9	20,6	33,8
1920	26,8	23,4	14,7	33,2
1921	30,6	23,3	8,9	26,9
1923	24,5	23,7	11,6	20,9
1925	23,9	21,8	8,3	23,5
1927	28,2	19,4	8,3	25,4
1929	32,2	17,6	9,8	26,3
1931	38,8	21,0	6,0	15,8
1933	36,6	23,4	7,8	11,9
1935	34,4	24,5	12,0	13,6
1937	29,0	20,7	12,8	16,0
1939	35,9	22,2	12,0	16,4

Fuente: Anuarios de Comercio Exterior de la República Argentina, en Rapoport, M., *Historia económica, política y social de la Argentina*, Bs. As., Ariel, 2005, p.149. Adaptación de C.M.

**Cuadro 2**  
**Evolución del comercio exterior (en millones de m\$)**

Año	Exportaciones	Importaciones	Saldo
1914	916	733	183
1916	1.302	832	470
1918	1.822	1.136	684
1919	2.343	1.490	853
1921	1.525	1.703	178
1924	2.299	1.883	416
1926	1.800	1.869	-69
1928	2.397	1.902	495
1929	--	--	--
1930	1.396	1.680	284

Fuente: CEPAL (1959) Comité Nacional de Geografía (1942), en Rapoport, M., *Historia económica, política y social de la Argentina*, Bs. As., Ariel, 2005, p.137. Adaptación de C.M.

En esa etapa aparecieron nuevas industrias que concentraron una masa importante de obreros en grandes empresas de capital extranjeros, fundamentalmente de capital norteamericano. Hacia la década del 20 se inició lo que

se denomina la “triangulación argentina”, por la cual se exportaba materias primas agropecuarias a Inglaterra y se importaban capitales y manufacturas de bienes de consumo durable desde Estados Unidos, estando el control de fletes y cuotas de embarque en manos de Inglaterra. El año 1921 es difícil, con un saldo negativo de la balanza comercial, como muestra el Cuadro 2.

## **Industrias y organización sindical**

Este crecimiento de las industrias abrió un debate en el movimiento obrero respecto a qué tipo de sindicalismo requería esta nueva configuración industrial que se estaba produciendo. Las organizaciones anarquistas, que nucleaban a los trabajadores de los pequeños talleres de artesanos (zapateros, panaderos, etc.) se mostraban poco efectivas para organizar la lucha y llegar a estas industrias tan pobladas de obreros. Entonces, se discutía una forma de organización que no se basara en la agremiación por ramas sino por industrias. Estos debates sobre la relación entre los cambios en las industrias y las formas de organización sindical estaban también atravesados por los debates políticos respecto de la Guerra y de la Revolución Rusa. Lo que pone en discusión no sólo la organización sindical sino también el posicionamiento político del movimiento obrero en estos acontecimientos de impacto internacional.

Es un período de cambio respecto de lo económico y de lo político internacional, pero también respecto de lo nacional. Las condiciones económicas de la oligarquía terrateniente, la crisis de la política conservadora y la Ley Sáenz Peña abrieron paso al triunfo electoral de un nuevo partido, la UCR, de un movimiento policlasista con un referente político muy popular: Hipólito Yrigoyen, con una posición democrática consecuente contra el fraude oligárquico. Mientras una parte de los trabajadores consideraba que el gobierno radical significaba una nueva política, otros lo consideraban una continuación de los gobiernos conservadores. Debate clave, que abrió paso a caracterizaciones políticas y posicionamientos divergentes.

En el Partido Socialista (PS) se produce una división en torno a la Revolución Rusa: se discutía si era válida la vía revolucionaria. Surge el Partido Socialista Internacional, que luego se llamará Partido Comunista, en el que algunos de sus integrantes –nucleados en el Centro de Estudios Carlos Marx– ya venían cuestionando la práctica reformista y parlamentaria del PS. Esta escisión fue de gran importancia, porque se puso en cuestión también la posición de PS respecto de la Guerra Mundial (si era o no imperialista), y se debatió si el sindicalismo tenía que tener un posiciona-



miento político. El Partido Socialista tuvo una política ambigua respecto de este punto y en general no disputó abiertamente sus posiciones políticas en el movimiento sindical y fomentó una línea sindicalista, economicista, que consideraba la lucha reivindicativa como lo único y principal de la lucha sindical y como eje fundamental de la lucha obrera. En esta nueva coyuntura, se estaba proponiendo y discutiendo la convergencia de la lucha sindical y política del movimiento obrero.

Fue un momento de abundantes e importantes huelgas obreras que estallaron en estas nuevas condiciones políticas y económicas. El Cuadro 3 registra un período, entre 1910 y 1916, en que decaen las huelgas y un aumento entre 1918 y 1921, período de auge de luchas, por cantidad de conflictos y participación de huelguistas.

**Cuadro 3**  
**Huelgas y huelguistas entre 1910 y 1930**

<b>Año</b>	<b>Huelgas</b>	<b>Huelguistas</b>
1910	298	18.806
1912	99	8.992
1914	64	14.137
1916	80	24.321
1918	196	133.042
1919	367	308.967
1920	206	134.015
1921	86	139.751
1922	116	4.737
1923	93	19.190
1924	77	277.071
1925	89	39.142
1926	67	15.880
1927	58	38.236
1928	135	28.109
1929	113	28.271
1930	125	29.331

Fuente: Dorfman, A., *Historia de la industria argentina*, citado por Hugo del Campo en "De la FORA a la CGT", *Historia del Movimiento Obrero*, Bs. As., CEAL, 1985, Vol. 3, pág. 65.

Como ya señalamos, la Guerra Mundial, la Revolución Socialista y el triunfo radical potenciaron el aumento de estas luchas. Las más importantes se iniciaron entre los ferroviarios y marítimos que eran parte de la FORA del IX Congreso. Esta FORA sindicalista consideraba que la política de Yrigoyen generaba condiciones favorables para concretar las reivindicaciones obreras ya que su gobierno comenzó a mediar en los conflictos con la patronal, lo que lo diferenciaba de la política conserva-

dora. Las luchas centradas en las reivindicaciones en torno a las jornadas de trabajo y el salario fueron fortaleciendo a algunos sindicatos que obtuvieron mejoras diferentes al resto, constituyendo lo que algunos autores llaman una “aristocracia” obrera y de gremios afines al gobierno radical. Los anarquistas, en cambio, no encontraban diferencia entre el radicalismo y los conservadores. Las luchas más importantes se dieron durante el gobierno de Yrigoyen y fueron fuertemente reprimidas. El gobierno radical si bien garantizó la participación democrática de los sectores populares, no rompió con el esquema económico agroexportador y el peso económico de la oligarquía terrateniente y del imperialismo en la Argentina. El peso de estos últimos en el conflicto social se manifestó con la autorización radical a la constitución de las Ligas Patrióticas, bandas oligárquicas parapoliciales, organizadas por el terrateniente Manuel Carlés.<sup>1</sup>

### **Auge de luchas entre 1917 y 1922**

Las luchas obreras en la Argentina crecieron entre 1917 y 1922, años en que también en el mundo hay un auge de luchas “maximalistas”,<sup>2</sup> especialmente en Estados Unidos, Chile, México, alentadas por el triunfo de la Revolución Rusa, que las clases dominantes de cada país reprimirán brutalmente por temor a estallidos revolucionarios.

La Semana Trágica en Argentina fue un cambio significativo en cuanto al grado de combatividad obrera. Las huelgas no habían alcanzado antes la ofensiva frente a la represión a la que se llegó en enero de 1919. Edgardo Bilsky señala que esta lucha tuvo carácter semi-insurreccional. Las anteriores incluyeron enfrentamientos con las fuerzas represivas, pero nunca estos fueron generalizados, con adhesiones y réplicas en distintos barrios de la Capital Federal y en otras ciudades provinciales.

La Semana Trágica se inicia con la lucha de los trabajadores de los Talleres Metalúrgicos Vasena, ubicados en Cochabamba y La Rioja de la

---

1. Organización oligárquica parapolicial, cuyo presidente fue Manuel Carlés, profesor del Colegio Militar y de la Escuela Nacional de Guerra. Otros integrantes fueron Miguel A. Martínez de Hoz, Joaquín S. de Anchorena, monseñor Miguel de Andrea, el vicealmirante Manuel Domecq García, el general Eduardo Munilla, el director de *La Nación*, Jorge A. Mitre, el director de *La Prensa*, Ezequiel P. Paz, el director de *La Razón*, José A. Cortejarena, los estancieros Celedonio Pereda, Saturnino Unzué y Antonio Lanusse, Dardo Rocha, Federico Leloir, Francisco P. Moreno, Estanislao S. Zeballos, Pastor S. Obligado y otros “notables”.

2. Las clases dominantes en cada país las llamaban maximalistas por las “máximas” reivindicaciones alcanzadas con la Revolución Rusa.

Capital Federal. Reclamaban aumento salarial, reducción de la jornada laboral, descanso dominical y contra los despidos y el reemplazo de los huelguistas por “crumiros” o “rompohuelgas”. Por entonces predominaba el trabajo a destajo o por jornada, mecanismo que a las patronales les servía para rebajar los sueldos al disponer inmediatamente de reemplazo de huelguistas por desocupados. La existencia de una abundante mano de obra desocupada para cubrir escasos puestos de trabajo llevaba a que los desocupados reemplazaran a los huelguistas. Las clases dominantes mantenían ese ejército de desocupados como válvula para rebajar salarios y disciplinar a los trabajadores, imponiendo el miedo al desempleo de los que luchaban.

En 1919, en la metalúrgica Vasena los trabajadores en huelga hicieron un piquete en la puerta de los talleres para impedir el ingreso de los crumiros. Hubo enfrentamiento con la policía y cayó muerto un obrero; luego, un policía. El cortejo fúnebre del obrero asesinado fue reprimido en su marcha hacia el cementerio de la Chacarita. Esto profundizó, extendió y prolongó el conflicto durante una semana. Hay un cambio cualitativo y adquiere un carácter semi-insurreccional, no sólo porque se extiende a otros barrios y ciudades, con adhesiones de diferentes sectores y gremios, sino por el tipo de enfrentamiento: los obreros toman comisarías, armerías, arman barricadas, queman colectivos e interrumpen la circulación de tranvías en varios barrios porteños, con participación de vecinos. La expansión del conflicto fue inédita y la oligarquía lo interpretó como la expresión de la revolución socialista rusa en Argentina, la semilla del maximalismo introducida por los inmigrantes rusos. La Liga Patriótica inició una campaña focalizándola en la comunidad rusa, y por extensión a todos los judíos, polacos e inmigrantes de Europa del este, reproduciendo los *pogroms*,<sup>3</sup> atacando locales, viviendas y a todos los que suponían vinculados a esa supuesta infiltración rusa.

La Iglesia, la policía y la Liga Patrióticas apostaron francotiradores en los barrios a medida que se extendía territorialmente el conflicto. Hubo varios obreros muertos, decenas enviados a las cárceles de Ushuaia. El conflicto tuvo una difusión importante fundamentalmente en la prensa general y en la prensa obrera en particular. Las publicaciones sindicales y partidarias ilustraban los sucesos paso a paso con dibujos y grabados. Algunos investigadores sostienen que fundamentalmente para llegar a los trabajadores analfabetos; a la vez los que trabajaban en esas publicaciones

---

3. Los *pogroms* en Rusia fueron linchamientos espontáneos o premeditados que desde fines del siglo XIX se perpetraban contra judíos o miembros de otras comunidades no rusas.

se formaban como periodistas y artistas, manejando herramientas de difusión en condiciones muy diferentes a la prensa liberal.

Esta lucha que marcó el año 1919, encabezada por los anarquistas, y que adquirió carácter insurreccional, fue en gran medida espontánea, sin que la organización, política o sindical, permitiera a los obreros enfrentar con una táctica más adecuada frente a la policía y a la Liga Patriótica.

Si bien esta lucha fue muy importante y una respuesta contundente del movimiento obrero a la represión patronal y estatal, tuvo límites que le impidieron coronarse como una revolución. En principio, no tenía un programa político para la toma del poder ni hubo una vanguardia o dirección que asumiera ese rol. Por otra parte, si bien logró importantes adhesiones –entre ellas las de los estudiantes que venían de la lucha por la Reforma Universitaria el año anterior y de los arrendatarios que habían empezado a organizarse con el Grito de Alcorta– no se habían logrado alianzas políticas y sociales que garantizaran su triunfo. Fue un esbozo insurreccional que no maduró o coronó en un proceso revolucionario, a la vez que fue una lucha que estuvo muy centrada en Buenos Aires con réplicas de menor envergadura en el interior. Implicó un salto cualitativo que no pudo sostenerse ni consolidarse.

Estas limitaciones están ligadas a la inmadurez del movimiento obrero, de sus organizaciones políticas y sindicales, para comprender cómo era el país, sus características económicas y sociales, quiénes constituían las clases dominantes, cómo operaba el imperialismo y quiénes eran los aliados tácticos y estratégicos en esos momentos. Todas estas cuestiones estaban en discusión o no claramente identificadas como cuestiones claves para el triunfo de los trabajadores. Los obreros y sus organizaciones enfrentaban a la patronal y a la represión, pero sin establecer diferencias políticas y teóricas fundamentales.

Estos eran los años de la primera posguerra, en que se experimentaron los desajustes económicos y sociales que se acentuarían durante la crisis de la década de 1930. En 1921 una crisis agraria mundial con caída de los precios internacionales, cuyo centro estuvo en Estados Unidos, impactó directamente en la Argentina y reforzó aquí el proceso de sustitución de importaciones. Crecieron las industrias con inversiones de capital extranjero y, por tanto, lentamente y limitadamente, los centros de concentración obrera.

### **Etapa de reflujo social**

A partir de 1920 hay un retraimiento de las luchas obreras (que se revierte recién hacia 1928). Hay menos huelgas pero proporcionalmente con más

participación, como la de la llamada Patagonia Rebelde en 1921, las huelgas de marítimos y ferroviarios en 1924, y también una lucha de rurales de comunidades indígenas, tobas y wichis, en el Chaco, ferozmente reprimida.

Ese reflujo, además de causas internas, tiene su explicación por los efectos que en la lucha social mundial produjo la situación económica de posguerra, las dificultades soviéticas para consolidar el comunismo tras la guerra civil, la derrota de la revolución espartaquista en Alemania y en Hungría, más el aplastamiento de los movimientos revolucionarios en Italia y el ascenso del fascismo. Con la creación en 1919 de la Tercera Internacional (Comintern) –a partir de la ruptura que se produce en la Segunda Internacional por el triunfo de la revolución socialista en Rusia–, la URSS dirigida por Lenin tuvo como uno de sus objetivos fundamentales impulsar la revolución socialista en todo el mundo. En medio de la crisis económica de 1921 a 1922, que Lenin definió como comunismo de guerra, el Nuevo Plan Económico y la consolidación del comunismo permitieron superar la coyuntura, pero esta impactó en la lucha obrera a escala mundial.

En Argentina en esos primeros años de la década de 1920 se profundizaron las diferencias que existían entre las dos FORA. El sindicalismo revolucionario rompió y organizó la Unión Sindical Argentina con una orientación claramente sindicalista, atada a la lucha puntual por las reivindicaciones económicas y laborales. Lo acompañaron en la ruptura algunos comunistas y anarco-comunistas, que dirigían gremios más cuestionadores dentro de esa federación, como los madereros, obreros del vestido, textiles, metalúrgicos. Los gremios dirigidos por el Partido Comunista proponían un giro en la organización sindical, promoviendo los sindicatos por industria y no por gremios. Esto implicaba reorganizar a los sindicatos bajo la lógica de la gran industria, que era lo que estaba prevaleciendo dentro de la estructura productiva argentina. Ya había sido probado en Europa, especialmente en Francia e Inglaterra. Este tipo de organización sindical potenciaba las luchas obreras, ya que las grandes industrias incluían más de un oficio y, a la vez, favorecía la organización de federaciones fortalecidas. Se abandonaba la organización característica de los pequeños gremios por oficios, que fueron la expresión de la precaria estructura industrial, en la que prevalecía el pequeño taller, por ejemplo, el taller artesanal de zapatos, desplazado ahora por el zapato producido a gran escala industrial. Esto implicaba y obligaba a otro rol del sindicalismo y de sus dirigentes. En los gremios de zapateros, panaderos, yeseros –dirigidos, en general, por anarquistas– participaban tanto el dueño del taller como su ayudante.

El crecimiento de la industria en la década de 1920 obligaba, entonces, a

otro tipo de organización sindical. Aparecen también los comités de huelga, que permitían organizar la solidaridad entre los obreros de las empresas en lucha. Muchas de esas empresas, en el marco de la sustitución de importaciones y el ingreso de capital norteamericano (Colgate, RCA Victor, Ford, etc.) eran industrias volcadas al mercado interno (alimentación, vestido, etc.), y las luchas de solidaridad entre los trabajadores de las distintas fábricas impactaba y desnudaba también el tipo de economía dominante del período, basada en exportaciones e importaciones, como se ve en el Cuadro 1.

La lucha por instalar un sindicalismo por industrias, impulsada por el Partido Comunista, fue de largo aliento; no sólo apuntaba a fortalecer la organización obrera a través de los sindicatos sino que también buscaba la unificación del movimiento obrero en una central única de trabajadores. Esto recién se logró temporalmente en 1930; la cuestión de la unificación o central única estaba a traviesa por las diferencias políticas profundas entre anarquistas, socialistas y comunistas, sobre el rol del sindicalismo en la lucha social. La central única de trabajadores era cuestionada por los anarquistas “antiorganizadores”, que sostenían un espontaneísmo a ultranza y no querían centrales únicas, ni organizaciones jerárquicas entre gremios, ni acuerdos sindicales ni alianzas. El socialismo, por su parte, sostenía que el sindicalismo debía prescindir de posicionarse políticamente, dando espacio a una corriente sindicalista que si bien decía abocarse a lo meramente reivindicativo, estaba esperanzada en la mediación yrigoyenista.

### **El papel del Partido Comunista en la lucha sindical**

Con la escisión del Partido Socialista por la valoración de la Revolución Rusa, nace el Partido Socialista Internacional, que al aceptar las 21 condiciones de la Internacional Comunista de 1920, se llamará Partido Comunista de Argentina. La mayoría de sus integrantes eran obreros: tipógrafos, madereros, metalúrgicos, gráficos. Al romper con el socialismo y pasar a militar en el comunismo, van a organizar y dirigir gremios teniendo como guía la revolución socialista rusa, pero con concepciones reformista heredadas del PS, que modifican dificultosamente.

El PCA busca una salida revolucionaria, pero lastrado por algunas concepciones reformistas. Empuja la integración de la lucha sindical y la lucha política, lo que significa un gran avance para el movimiento obrero. Esta integración, no obstante, se hizo con una visión y una caracterización bastante acotada de lo que era la estructura económica y social argentina, focalizando como centros de la lucha social y política las grandes ciudades,

allí donde había organización gremial y política, donde prevalecía la inmigración con experiencia organizativa. En esa primera etapa, se desconoció y minimizó las condiciones sociales y económicas de los ámbitos productivos agrarios y las condiciones de explotación de los sectores rurales. Entonces los debates dentro del movimiento obrero estaban teñidos por estas concepciones políticas y por estas condiciones objetivas, en las que pesaba la experiencia de los inmigrantes, su concentración en la ciudad, junto a un desconocimiento global de la sociedad argentina, qué sectores la constituían, cuáles eran los dominantes, el tipo de empresas y su importancia, la diferenciación política, por ejemplo, entre Carlés e Yrigoyen o entre las empresas de capital monopólico inglés o norteamericano y sus socios locales.

Estas precisiones que permitían establecer qué tipo de país era la Argentina –quién era el enemigo interno y externo, el papel de los grandes terratenientes y del imperialismo en el desarrollo agrario e industrial de la Argentina, los núcleos productivos en los que la organización debía fortalecerse– eran todas cuestiones que fueron discutiéndose en el PCA desde 1921 al 1928 y que generaron una intensa lucha de líneas respecto a la política a seguir.

Una primera escisión del PCA fue la “de los verbalistas”, que planteaba que había que luchar por las grandes consignas obreras y del socialismo y abandonar la lucha más economicista y por reivindicaciones mínimas y coyunturales. Los “verbalistas” hablaban de la revolución pero despreciaban los pasos que podían prepararla y desvalorizaban la práctica política que podía plasmar ese proceso. Esta línea constituía una desviación de derecha que tendía a no insertarse en la lucha sindical y obrera. Fue derrotada. Surge otra línea opuesta, conocida como la de “los chispistas”, con posiciones izquierdistas, que acusa a la dirección del partido por no ser consecuentemente revolucionarios. Posteriormente algunos de estos chispistas irán al trotskismo, otros recalarán en un nacionalismo y algunos seguirán trabajando secretamente para el PCA. Sin embargo, es importante señalar que esta corriente estaba empeñada en profundizar la caracterización del país, cuyo estatus para ellos era el de semicolonias. Una representante de este grupo, Angélica Mendoza, en las notas que firmaba en el periódico *La Internacional* mientras estaba en el PCA, cuestionaba cómo se accedía a las masas criollas y nativas. Ella alentaba que si se iba a Santiago del Estero se hablara en quichua para llegar a esa masa sin formación política. Un debate que ya estaba planteado en 1923 o 24, antes de la ruptura, y que tenía que ver no sólo con el tema de propaganda política, sino con la relación y consideración del ámbito rural y su importancia económico-social.

Luego de estas dos escisiones, otra ruptura que se produce en el PCA en estos primeros diez años es la de José Penelón, que se orienta a una política electoralista en 1928. También en ese año, el partido hace un nuevo Congreso en el que define a la Argentina como un país fundamentalmente agrario y dependiente y consigna que las tareas a realizar por el proletariado son las democráticas y antiimperialistas. Esto implica una preocupación por conocer y precisar la propiedad de la tierra, organizar en los grandes centros de producción rural con los peones rurales, expandiendo la actividad sindical y política del partido por fuera de los núcleos urbanos e industriales.

Estas cuestiones políticas del movimiento obrero tienen importancia para la lucha porque hay sindicatos que están dirigidos por una u otra fracción. El sindicato de la madera, por ejemplo, quedará en manos, durante algún tiempo, del grupo de Penelón, y allí, y en otras instituciones como la Federación Obrera Deportiva, se producen divisiones a partir de esta ruptura dentro del partido.

Entonces el sindicalismo está atravesado por estos debates, posicionamientos y reagrupamientos políticos de la clase obrera. En 1929, el Partido Comunista crea el Comité de Unidad Sindical Clasista, que reúne a todos los gremios dirigidos y vinculados al comunismo con la intención de unificar el movimiento obrero. Se sienten ya los signos de la crisis mundial que estallará en 1929 con la quiebra de la Bolsa de Wall Street, es un momento de cambio que va a abrir un nuevo tiempo económico y político en la década de 1930, también en la Argentina.

### **Impacto económico y social de la guerra y la crisis**

De 1914 a 1930, de la Primera Guerra Mundial a la crisis mundial, en la Argentina se sienten también sus efectos; se profundiza la sustitución de importaciones y se abre una nueva instancia especial para la industria local, frente al límite que impone la crisis mundial a la economía agroexportadora. Hay nuevos problemas por el cambio en la situación internacional y nacional.

Si miramos el Cuadro 4, la comparación de datos sobre industrias y cantidad de obreros entre el censo de 1914 y el de 1935, vamos a ver que en la construcción, de 382 empresas se pasa a 1.550 y la cantidad de obreros crece de 11.272 a 33.324, un aumento del 195,8%. En el área petrolera, de un solo establecimiento censado en 1914, se llega a 18 en 1935 y la cantidad de empleados pasa de 220 a 3.861 (un 1.655%). Aumenta proporcionalmente más la cantidad de obreros que la cantidad de estable-



cimientos, pero también hay una importante diversificación de industrias (petróleo, caucho, electricidad son áreas que crecen).

**Cuadro 4**  
**Comparación de datos entre los censos de 1935 y 1914**

Grupos de industrias	Establecimientos			Empleados y obreros		
	1935	1914	%	1935	1914	%
Total	40.613	39.189	3,6	528.495	383.508	37,3
Sustancias alimenticias, bebidas y tabaco	11.846	14.390	-17,7	82.834	49.497	-2,3
Textiles y sus manufacturas	4.727	4.872	-3,0	82.834	49.497	67,4
Productos forestales y sus manufacturas	4.225	5.193	-18,6	37.420	51.597	-27,5
Papel, cartón y sus artefactos	246	75	171,0	7.463	3.189	134,0
Imprenta, publicaciones y análogos	2.194	999	119,6	26.896	12.023	123,7
Prod. químicos, farmacéuticos, aceites, pinturas	942	54	24,9	13.134	8.857	48,3
Petróleo y carbón y sus derivados	18	15	1.700,0	3.861	220	1.655,0
Caucho y sus manufacturas	46	15	207,7	3.184	154	1.967,5
Cuero y sus manufacturas	1.087	1.414	-23,1	19.159	21.885	-10,8
Piedras, tierras, vidrios y cerámicas	2.259	2.230	29,0	17.915	28.827	-37,9
Metales y sus manufacturas	4.072	6.206	-34,4	46.919	38.141	23,0
Maquinaria y vehículos	4.179	1.800	149,7	45.947	14.766	211,8
Fábricas de electricidad	905	305	196,7	16.599	9.916	67,4
Empresas de construcción	1.550	382	305,8	33.324	11.272	195,8
Yacimientos, canteras y minas	199	-	-	13.516	-	-
Varios	1.578	463	240,8	34.867	7.181	385,6

Fuente: Golbert, L. S. y Rapoport, H., *El movimiento obrero argentino en la Década Infame*, Buenos Aires, CEAL, 1990, p. 439. Adaptación de C.M.

En este proceso, la disputa de los capitales ingleses y norteamericanos se da no sólo en la industria frigorífica sino también en el área petrolera y en el transporte. Especialmente la cuestión petrolera tiene importancia en América Latina y en la Argentina, tanto que se plantea que el golpe del 30 está ligado a los intereses petroleros de ambas potencias imperialistas y las posiciones de reivindicación nacional del yrigoyenismo.<sup>4</sup>

En 1930 las clases dominantes se unen en el golpe contra Yrigoyen; unidad que les costará mantener frente a la situación que genera la crisis y los diferentes intereses de los capitales imperialistas que defienden y respaldan, lo que las va dividiendo y enfrentando. Ya habían tenido con la crisis de 1890 su primer colapso. Un sector de la oligarquía terrateniente argentina pretendía mantener el dominio político de las 400 familias que

4. La Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia (1932-1935) por el control del Chaco Boreal, tuvo de trasfondo la disputa de norteamericanos e ingleses por el petróleo en esa zona.

la constituían mediante el fraude y la represión y otro sector, frente al creciente conflicto social, quería aflojar las riendas y abrir la participación restringida de la clase media. Finalmente, las luchas del radicalismo y obreras obligaron a dictar la Ley Sáenz Peña, que posibilitó el triunfo radical. En 1930 nuevamente las clases dominantes tienen contradicciones, la crisis las obliga a impulsar la sustitución de importaciones y el intervencionismo estatal, sostenerse bajo el imperio del fraude y la corrupción; pero esta vez el crecimiento de la clase obrera y de otras corrientes sociales y políticas cuestionarán el fraude e irán pergeñando proyectos propios.

En este proceso de quiebre de la unidad conservadora es clave el período democrático que se abre entre 1918 y 1930, porque la clase obrera en ese proceso democrático ejerce el derecho a huelga, lo que favorece su organización, sus definiciones políticas. Aún con reveses como los sufridos durante la Semana Trágica y la Patagonia Rebelde, son momentos en que la clase obrera avanza. La diferencia entre un período democrático y uno dictatorial la tenemos presente los que vivimos las décadas de 1960 y 1970. Pero también la década de 1920, durante los gobiernos radicales, se diferenciaba de la del 30 después del golpe y durante el llamado “fraude patriótico”. Por ejemplo, en la década de 1920 el Partido Comunista no tomaba medidas de clandestinidad ni seguridad frente a la represión política y en su periódico *La Internacional* anunciaba las actividades de recursos (contribuciones económicas) indicando el día, la hora y el lugar, generalmente la casa de un afiliado. El golpe del 30, y la feroz represión, con la implementación de la picana eléctrica de la Sección Especial que impuso Leopoldo Lugones hijo, obligaron a tomar recaudos de clandestinidad sobre personas y actividades.

El golpe de Uriburu en el 30, profascista y procatólico, tenía expectativas respecto del proceso que en Italia y Alemania estaban llevando adelante los sectores del capitalismo monopólico más reaccionarios y más agresivo. Como no podía sostener elecciones limpias porque ganaban los radicales, va al pacto de la Concordancia o Fraude Patriótico con el que garantiza proscribir absolutamente al radicalismo e impedir la participación electoral de la izquierda. El sistema se sostenía con corrupción e impunidad, que caracteriza lo que se conoce como la Década Infame.

Este golpe dictatorial persigue a los obreros (con centenares de presos), cierra locales sindicales y políticos, bibliotecas obreras, escuelas y centros deportivos, además de prohibir derechos constitucionales. No obstante, los intereses de proingleses, proalemanes, pronorteamericanos incidían en el resquebrajamiento y diferencias políticas entre las clases dominantes, que

se agudizaron con la crisis. La disputa por el poder lleva a que se saquen los trapitos al sol para debilitarse, en el marco del crecimiento de las luchas sociales, ya en 1931-1932, aún bajo tamaña represión. Estas tienen su pico más importante entre 1936 y 1938.

**Cuadro 5**  
**Desarrollo industrial entre 1935 y 1946**

	1935	1941	1946
Número de establecimientos	37.362	57.940	84.985
Propietarios o directores generales	48.035	64.976	114.725
Empleados de oficina	41.513	95.257	124.000
Obreros	383.303	733.968	889.032
Motores primarios HP	413.697	2.405.511	703.776
Motores energía eléctrica HP	453.502	842.384	1.104.490

Fuente: Rapoport, M., *Historia económica, política y social de la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 2005, pp. 366-422. Adaptación de C.M.

### **El proletariado argentino en la escena política de los años 30**

Por aquellos años la movilización activa y las propuestas del proletariado se hacían sentir en todas partes del mundo. En España, los sucesos de 1934 con la unidad de socialistas y comunistas abrieron paso a la conformación del Frente Popular, su triunfo electoral, el golpe franquista y el proceso revolucionario, desencadenándose la Guerra Civil Española. En Francia, la movilización obrera en las calles contra el peligro de un golpe derechista o fascista en 1934 también promovió la confluencia de comunistas y socialistas. La III Internacional Comunista bajo la dirección de Dimitrov impulsa entonces como eje del proletariado internacional la lucha contra el fascismo, y los frentes populares como las herramientas para librar esa lucha. En la Argentina, para los sectores populares la unidad comenzaba a ser claramente necesaria tras el golpe. Por otra parte, por la crisis y la vulnerabilidad del modelo agroexportador, la sustitución de importaciones se convierte en una alternativa oligárquica para salir del atolladero, impulsando políticas de intervencionismo estatal contrarias a su espíritu liberal. Esto produjo el crecimiento de la industria, y el aumento en la cantidad de trabajadores urbanos obligaba a nuevas formulaciones sindicales. El Partido Comunista fue un impulsor de la unidad sindical obrera y la reformulación de la organización sindical frente al crecimiento de establecimientos y de obreros.

Esta década y estos cambios rompen viejos agrupamientos y se abren paso nuevos, políticos y sindicales, en los que tiene un peso muy importante

la lucha antifascista como eje de la lucha mundial y del movimiento obrero en particular. Entre esos reagrupamientos está la unidad sindical que se logra con la conformación de la Confederación General del Trabajo, siguiendo el modelo francés. Un esfuerzo y una intención que estaban antes pero que plasman su objetivo casi en el mismo momento del golpe; unidad entre la Confederación Obrera Argentina y la Unión Sindical Argentina, a la que se suma también el Comité de Unidad Clasista creado por los gremios comunistas.

En esta CGT tendrá una clara hegemonía la corriente sindicalista, pero también tendrá el aporte de comunistas, anarco-comunistas que acuerdan en la necesidad de una central única, acicateados por la represión, la expansión de la gran industria y el crecimiento de las comisiones internas como nuevas formas de organización obrera. Sin embargo, esta CGT toma una actitud de prescindencia frente a los hechos políticos y una actitud poco clara frente al gobierno de Uriburu, lo que va a generar contradicciones internas desde el inicio y hasta 1935 en que se divide.

La nueva fase de sustitución de importaciones que se abre con la crisis de 1930 determina que los gobiernos liberales creen las “Juntas” de carne, de granos, de yerba, etc. para regular precios. También impulsa la construcción de infraestructura pública. De esa época datan el entubado del Río Maldonado y el Obelisco, construcciones faraónicas determinadas por el crecimiento de la ciudad. Se desarrolla el transporte público de “colectivos” con capitales extranjeros, la construcción de rutas. Cambios que también tienen que ver con la crisis de la producción agraria, estructural de la economía argentina basada en el gran latifundio, que encuentra límites para expandirse por el tipo de distribución de la tierra, tecnología, tipo de producción, etc., lo que va generando una expulsión de campesinos pobres y fundamentalmente arrendatarios que se incorporarán al trabajo urbano y se convertirán en obreros de la construcción o de frigoríficos, por lo general. En estas ramas productivas que crecen bajo estas condiciones tendrá mucho peso el Partido Comunista.

### **Los obreros de la construcción y la huelga de 1936**

Los trabajadores de la construcción tenían gremios variados, pequeños y dispersos de yeseros, albañiles, plomeros, etc. El PCA buscó unificar estos gremios en un solo sindicato, inicialmente llamado Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción, que reclamó reconocimiento gremial y reivindicaciones laborales de peso como la indemnización por accidente de trabajo (muy común entre los trabajadores de la construcción), reducción

de las jornadas y aumento del salario por jornada. En este momento se empiezan a utilizar nuevas técnicas en la construcción que van dejando gremios y trabajadores de oficios sin trabajo. También los nuevos estilos van descartando oficios, como yeseros artísticos, por ejemplo, por el crecimiento de una construcción más funcionalista. Todo esto movilizará la lucha de los obreros de la construcción, que fundamentalmente se produce en los barrios. El barrio de Villa Crespo fue uno de los epicentros de su huelga, que también se hizo sentir en La Paternal, Villa Urquiza, Pompeya, etc.

La huelga que se inicia a fines de 1935 tuvo como la Semana Trágica características insurreccionales. Es otro hito importante en la experiencia de lucha del movimiento obrero argentino. Fue prolongada, se expandió a varios barrios y desplegó la lucha abierta en las calles con quema de colectivos, barricadas, enfrentamiento armado contra la policía, asambleas callejeras, etc. Los niños y adolescentes eran de los más activos en la preparación de las barricadas en los barrios. Muchos preadolescentes trabajaban en la construcción (también lo hacían como canillitas y en muchas fábricas textiles). Durante la huelga, los colectiveros que adherían bajaban a los usuarios y subían a los huelguistas para llevarlos a un piquete. Iñigo Carreras cuenta muy detalladamente cómo se fue dando en los distintos barrios esta lucha que marcó el inicio del año 1936. Esos barrios porteños tenían muchas fábricas instaladas: en La Paternal estaban Bayer, la Química Estrella, viñedos; en Villa Crespo los talleres de mueblerías y madereras. Y tanto Villa Crespo como La Paternal estaban controladas casi por completo por los huelguistas.

Lo más importante de esta huelga y el alcance de su lucha es que impulsó una unidad amplia, que se expresó en la conmemoración del 1° de Mayo de 1936. En ese año finalizaba el gobierno de Justo, se llamaba a elecciones, se discutía una ley anticomunista. El radicalismo estuvo proscrito tras el golpe del 30 y su principal dirigente –luego de la muerte de Yrigoyen– M. T. de Alvear, preso y exiliado, se presentó como candidato a las elecciones con la fórmula Alvear-Mosca. También participó de las elecciones el socialismo. La ley anticomunista que Sánchez Sorondo presentaba en el Congreso impedía hacerlo al PCA (algunos comunistas impulsaban esa vía electoral). En ese marco, la huelga de la construcción llevó al esbozo de una unidad democrática antioligárquica y antifraude, que se perfiló en la conmemoración de ese 1° de Mayo.

Simultáneamente, por un lado, se produce esta avanzada popular –en la que el movimiento obrero tuvo una importante participación– y, por otro lado, se profundiza la política de las clases dominantes de dividir a los sectores populares. Se potencia la actividad de la ultraderecha que im-

pulsa el Congreso Eucarístico en 1934, movilizando a amplias mayorías para contrarrestar el crecimiento del movimiento de izquierda entre esos sectores populares y en las barriadas.

En 1935 la CGT vuelve a dividirse en la CGT Catamarca, que nucleó a los sindicalistas revolucionarios dirigidos por Luis Gay, quienes planteaban un sindicalismo puro no contaminado por la política; y la CGT Independencia, en la que convergen socialistas y comunistas. La división es impulsada por la Unión Ferroviaria y La Fraternidad, que se nuclean en la CGT Independencia. Allí convivirán por un tiempo tres representantes que luego tomarán distintos caminos: José Domenech, secretario de la Unión Ferroviaria, Ángel Borlenghi, de Empleados de Comercio y Pérez Leirós, representante de los obreros municipales, que luego dirigirá los sindicatos comunistas.

El acto unitario del 1º de Mayo de 1936 se da en el marco de una retahíla de luchas obreras, como la de los petroleros en 1932, la de los metalúrgicos en 1934, la de la construcción en el 35/36. Lo convocó la CGT Independencia y constituyó en un acto de confluencia democrática en este clima de luchas y perspectivas electoralistas, que tuvo una fuerza particular. Se realizó en Plaza Once reuniendo alrededor de 60.000 personas y las consignas de la convocatoria fueron: “Por las cuarenta horas de trabajo semanal; por el plan de emergencia de la CGT; por la libertad de todos los presos sindicales e ideológicos; contra la perenne amenaza de guerra que se cierne cada vez más sombría sobre el mundo; por las libertades indispensables para el movimiento obrero; por la dignificación de la vida de los trabajadores; contra la reacción y el egoísmo del capital”. Asistieron radicales, demócratas progresistas, socialistas, comunistas e intelectuales. Parecía perfilarse una confluencia social y política de oposición popular al régimen. Allí hablaron Domenech, Borlenghi y también Lisandro de la Torre, Arturo Frondizi, Alfredo Palacios, Paulino González Alberdi, entre otros. Esta unidad estuvo forjada por las luchas obreras en la Argentina y en el mundo y, también, por la lucha antifascista que desde 1935 facilitaba la confluencia de amplios sectores políticos y sociales.

## **Unidad y lucha**

A nivel internacional la lucha contra el fascismo tuvo su principal impulsor en la Internacional Comunista, que en su VII Congreso acordaba como objetivo fundamental aislar a la variante fascista de las clases dominantes y ganar a los sectores populares. Para ello proponía fortalecer los

partidos comunistas y promover los frentes populares; especialmente en los países coloniales y dependientes se formulaba la consigna de frentes únicos “antiimperialistas y antifascistas”.

Esto llevó a que esa unidad coyuntural contra el fascismo habilitara la confluencia con sectores liberales proingleses, pronorteamericanos antifascistas y planteara un debate respecto de hasta dónde se puede llegar (¿sólo las elecciones?) y quién hegemoniza esa unidad (¿los liberales democráticos o el proletariado?). Esta cuestión será crucial puesto que el error más grave del PCA, que posteriormente lo condujo a su seguidismo de esos sectores de las clases dominantes, fue diluir la perspectiva táctica y estratégica de la clase obrera, menoscabando su presencia en los principales sindicatos promediando la segunda Guerra Mundial y con el surgimiento del peronismo.

Este es un momento clave de la unidad popular: en 1936 la clase obrera, dirigida en lo fundamental por el comunismo, juega un rol fundamental frente al inicio de la Guerra Civil en España y la represión en la Argentina, desplegando la lucha democrática y antiimperialista enfocada como lucha antifascista.

Otro momento importante tiene lugar en 1939 con el acuerdo Molotov-Ribentrop<sup>5</sup>, cuando el PCA interpretó el acuerdo coyuntural entre países en el marco de la guerra interimperialista como estratégico. Así rompe alianzas logradas hasta allí con sectores del movimiento obrero, como los socialistas, que apoyaban las democracias como la norteamericana y cuestionaban el acuerdo alemán-soviético. En ese año 1939, los gremios que dirigió el PC fueron fuertemente criticados porque sus dirigentes relajaron la línea de lucha antifascista, abandonaron la unidad y la política de frente popular que venían practicando y además en muchos casos dejaron librados a su suerte a los sindicatos.<sup>6</sup>

Un nuevo momento de viraje se produce luego de la invasión alemana a la URSS en 1941, cuando cambia otra vez la situación internacional y se establece la alianza entre la URSS y EE.UU. Esto lleva a que se exalte, por ejemplo, la figura de Roosevelt como “gran demó-

---

5. Luego de los Acuerdos de Munich de 1938 (firmados entre Francia, Inglaterra, Alemania e Italia) con los que se aceptaba la expansión alemana sobre el este europeo, se firmó en Moscú el 23 de agosto de 1939 el Pacto Ribbentrop-Mólotov, tratado de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética, con lo que los soviéticos intentaban frenar esa expansión sobre su territorio.

6. En general los partidos comunistas latinoamericanos no diferenciaron entre los intereses dispares de los Estados, los países, los partidos y las clases.

crata”, negando su carácter de presidente de una potencia imperialista. Esto también repercute en el movimiento obrero, porque se prioriza la alianza táctica entre la URSS y EE.UU. como eje de la lucha obrera en la Argentina y eso genera contradicciones. En ese momento se estaba dando en nuestro país un nuevo golpe de Estado, esta vez de la corriente militar nacida entre los suboficiales, que derrocó a la coalición conservadora que había gobernado mediante el fraude durante la década de 1930. Cuando aparece Perón en la escena política, una de sus actividades fundamentales será vincularse activamente con los sindicatos a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión, dándole marco legal a los reclamos y reivindicaciones más antiguos de la clase obrera argentina, como la jornada de 8 horas.

Para sintetizar la cuestión de la unidad sindical del movimiento obrero: esta se logra recién en 1930, pero la CGT vuelve a dividirse en 1935 en CGT Catamarca, que nuclea a los sindicalistas revolucionarios y en 1937 se transformará en USA (Unión Sindical Argentina) y CGT Independencia, producto de la unidad de socialistas y comunistas, que organizará una reunión Confederal en 1938. Allí va teniendo peso la corriente de Domenech, que confluirá con el peronismo. Mientras que el sector de Pérez Leirós, con posiciones más reaccionarias y al que siguen los comunistas por la cuestión del frente antifascista, lo va perdiendo. En 1942 esta CGT se vuelve a dividir en CGT 1 y CGT 2. En la CGT 1, bajo la dirección de José Domenech, se agrupan la Unión Ferroviaria y La Fraternidad. La CGT 2 es conducida por Pérez Leirós como secretario general, acompañado por Ángel Borlenghi, Pedro Chiaranti y Luis Descalzo. El golpe de 1943 disuelve la CGT 2, y más tarde con la intervención de Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión, se producen cambios en el sindicalismo.

La legalización de los sindicatos y la sindicalización de los trabajadores permiten fortalecer esas instituciones. Las cuotas sindicales posibilitan sostener y ampliar el número de sindicalistas. Esto es importante, porque antes de la legalización, en la Argentina como en cualquier parte del mundo en esos tiempos, las patronales no daban empleo a obreros sindicalizados y, por otro lado, era difícil recaudar los fondos sindicales porque los obreros debían ir a pagar la cuota a la sede o los sindicalistas recogerla en las distintas fábricas, lo cual reducía enormemente los ingresos. Con la legalización sindical el descuento se hacía directamente del salario con lo cual alcanzaba a todos.



## Bibliografía básica

Belloni, Alberto, *Del Anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1960.

Bilsky, Edgardo, *Esbozo de la historia del movimiento obrero argentino: desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo*, Buenos Aires, Biblos, 1982.

— *La semana trágica*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

Camarero, Hernán, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Ceruso, Diego, *El comunismo y la organización sindical de base. Las comisiones internas en la construcción, los textiles y los metalúrgicos, 1936 y 1943*, [http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/pemovo\\_ceruso.pdf](http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/pemovo_ceruso.pdf)

Del Campo, Hugo, “De la FORA a la CGT”, en *Historia del Movimiento Obrero*, Buenos Aires, CEAL, 1985, vol. 3.

Horowitz, J., *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento del peronismo, 1930/1946*, Buenos Aires, Eduntref, 2004.

Iñigo Carrera, Nicolás, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2012.

Matsushita, H., *Movimiento Obrero Argentino*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1987.

Oved, Iacov, *El Anarquismo y el movimiento obrero en argentina*, México, Siglo XXI, 1978.

Rapoport, Mario, *Historia económica, política y social en la Argentina (1880/2003)*, Buenos Aires, Ariel, 2005

— “Las relaciones argentino soviéticas”, en *Todo es Historia*, N° 207, 1984.

— *Partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional (1930-1946)*, Buenos Aires, CEAL, Colección Conflictos y Procesos, 1988.

Vargas, Otto, *El marxismo y la revolución Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1987, tomo I.

— *El marxismo y la revolución Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1999, tomo II.

— Conferencias. Aportes al estudio de “*El marxismo y la revolución Argentina*”, Buenos Aires, Instituto Marxista-Leninista-Maoísta de la Argentina, 2005.



## La clase obrera argentina y el peronismo histórico

**Claudio Spiguel**

Para abordar este período hay que tomar en cuenta tres grandes cuestiones: la primera, la génesis del peronismo y su relación con el movimiento obrero en el proceso de gestación. Otro tema es el desarrollo del movimiento obrero y sindical bajo los gobiernos peronistas. Por último, el movimiento obrero frente a la restauración oligárquica de 1955.

Con respecto a estas cuestiones debemos puntualizar algunas cosas. Una es el problema de la relación de la lucha sindical con la lucha política. Hubo en la Argentina un desarrollo muy importante del movimiento sindical y obrero, de sus corrientes sindicales y políticas; uno de los más tempranos, en términos cronológicos, y de gran peso cualitativo en América Latina, con su primer paro general en 1902. En distintas oportunidades, en el marco de procesos de auge de lucha, en momentos de crisis políticas, el movimiento obrero ocupó el centro de la escena con su accionar: en las luchas de principios del siglo XX contra el régimen oligárquico que conmocionaron la Argentina previo a la Primera Guerra Mundial, la Semana de Enero o Trágica de 1919, la lucha de los obreros de la Patagonia, en aquel auge revolucionario mundial y nacional de la posguerra. También fue un jalón muy importante la lucha de los obreros de la construcción, la huelga de solidaridad de enero de 1936 y el proceso de confluencia social y política contra el régimen de la Década Infame. Pero al mismo tiempo, en esos momentos de crisis política y auge de la lucha obrera, no se expresó en el plano político una propuesta proletaria, revolucionaria, que pugnara por otra salida de la crisis a favor de los intereses populares.

En aquel primer auge asistimos al desarrollo inicial del movimiento obrero, pero con el predominio de dos corrientes que eran impotentes para

perflar una salida política dirigida por la clase obrera. Por un lado, el socialismo reformista despreciaba la lucha sindical y enfatizaba la lucha política, pero reducía ésta al ámbito parlamentario y la contienda electoral, en base a una estrategia bernsteiniana<sup>1</sup> de conseguir el voto y abrir un camino de reformas a través del parlamento, en un país ultra-dependiente con el dominio de una oligarquía terrateniente.

Por otro lado, con un desarrollo temprano vigoroso y en interacción con la primera corriente, el anarquismo despreciaba y negaba la lucha política jugando un papel avanzado en la lucha huelguística y callejera, pero se demostró impotente para organizar y dirigir una salida revolucionaria, como lo demostraron los sucesos de 1919. La corriente del “sindicalismo revolucionario” desarrollaba la lucha gremial y la organización sindical. Afirmaba que a través de la lucha sindical se llegaría a la revolución social en un futuro, y explícitamente negaba la acción política de la clase obrera con una propuesta para unir al pueblo contra sus enemigos. Con el tiempo fue evolucionando a un sindicalismo reformista que apelaba al arbitraje del Estado durante el gobierno de Yrigoyen, para obtener las reivindicaciones y consolidar los sindicatos.

Es un tema importante analizar la articulación entre lucha sindical y lucha política a lo largo de estos períodos: sucede que la acción sindical del movimiento obrero tiene un efecto político, tiene consecuencias políticas y está condicionada políticamente por el conjunto de la lucha de clases y de la lucha política. El problema es sí además de esto, en el movimiento obrero se va esbozando un camino de lucha por el poder político.

El que venimos viendo es un momento importante, con un movimiento obrero que viene luchando, que desde el año 1928 viene tratando de que no se descarguen las consecuencias iniciales de la crisis mundial sobre sus espaldas. Con la segunda presidencia de Yrigoyen hay una ascenso de las huelgas y de las luchas, pero al llegar al momento de la verdad, el golpe de 1930, ese movimiento obrero no puede desplegar su fuerza en contra, ni siquiera para poder defenderse de las consecuencias de ese golpe: represión brutal, miles de presos en Ushuaia, etc. ¿Por qué? En ese movimiento sindical predominan, como vimos, distintas líneas: la del abstencionismo político, de la corriente sindicalista, que de formulacio-

---

1. Eduard Bernstein: activista socialdemócrata que revisó uno de los principios fundamentales del marxismo, el del derrocamiento violento del sistema capitalista, sentando las bases del revisionismo. Postulaba la vía parlamentaria para transformar la sociedad y, desde 1901, fue varias veces elegido diputado del Reichstag.

nes sindicalistas revolucionarias se fue acomodando al sistema, buscando el arbitraje del Estado, especialmente durante el yrigoyenismo, y que va a tener esa posición con los gobiernos del fraude y la Década Infame. Incluso la CGT unificada después del golpe declara inmediatamente su carácter apolítico y de prescindencia frente a la dictadura de Uriburu. O sea, que allí no hubo una propuesta obrera revolucionaria que se expresara a través del movimiento sindical para enfrentar el golpe. El Partido Socialista, con influencia en sectores obreros, tuvo una política protogolpista. Sin hablar del socialismo independiente, que era ya una corriente de derecha del PS, que va a cogobernar con los conservadores en los años 30. Por su parte, el anarquismo, que ya iba declinando, fue duramente reprimido y el Partido Comunista igualó los aspectos reaccionarios de la política del gobierno de Yrigoyen con los intereses oligárquicos e imperialistas que estaban detrás del golpe. Así no pudo formular una política que enfrentando al golpe desplegara la lucha de la clase obrera y generara un polo de convocatoria en torno suyo.

A mediados de los 30, en 1936, nuevamente hay un auge de luchas obreras, con epicentro en la huelga general de la construcción y el proceso posterior. Ahí se desarrollan las corrientes clasistas, orientadas por el Partido Comunista. Entonces se esboza una confluencia en torno al movimiento obrero, de carácter democrático y antioligárquico, de oposición al régimen fraudulento.

Sin embargo, esa unidad política no avanza. En ello tuvo importancia la represión gubernamental, pero también las líneas predominantes en el movimiento obrero, del socialismo y también del comunismo. En el enfrentamiento al régimen oligárquico fraudulento predominó en el PCA una línea oportunista, seguidista de los terratenientes liberales; con la idea de apoyar a blandos contra duros, vota en 1937 por Alvear, candidato opositor, sin principios, sin un acuerdo mínimo y programático, en elecciones que por supuesto perdió, porque había fraude. Triunfó por la Concordancia Roberto M. Ortiz. Luego, con la guerra, el PCA alentarán esperanzas en el presidente Ortiz, proaliado y partidario de la apertura electoral, contra el vicepresidente Castillo, del ala neutralista, cerradamente antidemocrática. Una línea que terminó hipotecando aquella lucha antioligárquica, que tuvo componentes antiimperialistas importantes, de repudio a todos los escándalos del fraude, del pacto Roca-Runciman de la entrega, y también un componente democrático. El régimen de la Década Infame fue muy antidemocrático, instauró la picana eléctrica, la persecución al comunismo, y crecieron las tendencias fascizantes, tanto por parte de los que apoyaban

a los alemanes como por parte de los oligarcas pro ingleses, contra el pueblo y el movimiento obrero.

Faltó una política de hegemonía proletaria que pudiera canalizar y aglutinar en torno de la clase obrera a toda esa creciente oposición para abonar un camino revolucionario. Esta cuestión sustancial se pondrá al rojo con la crisis política en el año 45, cuando hay un cambio fundamental, una salida política a las contradicciones incubadas a lo largo de los años 30 y durante la guerra. El año 45 no es sólo una coyuntura argentina, es una coyuntura mundial. En ese año se catalizan tendencias de largo plazo y cambia el mundo entero.

### **Argentina y la Segunda Guerra Mundial**

Es necesario tomar en cuenta el proceso económico de esos años, partiendo de las consecuencias de la crisis mundial en la Argentina, y cómo las clases dominantes las descargaron sobre el pueblo, con el hambre y la entrega al imperialismo. También hay que analizar las condiciones en los últimos años de la década del 30 y durante la guerra que favorecen el crecimiento de la industria. Una industria liviana, fundamentalmente destinada a producir bienes de consumo, conocida como sustitutiva de importaciones, porque avanza por el camino de sustituir aquellos bienes que antes se importaban. En aquel período la importación se dificultaba por la escasez de divisas debido a la crisis. Más tarde, la guerra mundial genera un efecto de proteccionismo automático para esa producción local porque los proveedores están en guerra. En ese contexto, se vuelve rentable invertir en la industria local para aprovechar ese mercado “insatisfecho”. Los primeros que invierten son monopolios extranjeros, como la Sudamtex yanqui, y los grandes grupos oligopólicos locales, como Bunge y Born y otros grupos diversifican sus inversiones hacia la industria en asociación con un sector tradicional de terratenientes. Crece la industria por un camino dependiente manejado por esos monopolios pero la situación mundial es tan grave, prolongada por la guerra, que genera oportunidades también para la expansión de empresarios nacionales, grandes, medianos y pequeños, pese a la hegemonía oligárquica. Es un sector muy amplio de burguesía pequeña y media, pero también grande, como por ejemplo, el grupo Di Tella, que en la posguerra llegó a ser el segundo grupo industrial de América Latina. Con el “boom” industrial de la guerra, se inaugura la época de oro de la burguesía industrial argentina. En 1944, el PBI industrial supera por primera vez al agropecuario.

Es decir, esa industrialización que en sus primeros pasos determinantes fue una estrategia adaptativa de las clases dominantes frente a la crisis, contradictoriamente generó cambios en la estructura social. Creció el número de asalariados urbanos e industriales –en menos de diez años, se duplica el número de asalariados industriales– y creció un amplio sector de burguesía media con aspiraciones nacionalistas industrialistas. Esas aspiraciones se fueron reflejando en el terreno político e ideológico, y en corrientes importantes de las Fuerzas Armadas. Esos cambios agudizaron la contradicción con el dominio oligárquico, con aquel régimen fraudulento, creando las condiciones de una gran crisis política. Esto tiene importancia para entender el origen del peronismo.

En los años 1940 y 1941, el auge de luchas obreras abierto a mediados de la década de 1930 experimenta un relativo retroceso con el reforzamiento de la represión. Se implanta el estado de sitio. Pero en el año 1942 resurgen las huelgas. Es un año de crisis, todas las personalidades del “clan liberal” de la oligarquía, al decir del embajador inglés, mueren: Alvear, Justo, el presidente Ortiz.

La oligarquía cuyo régimen fraudulento había cobijado a las distintas corrientes proimperialistas, se fractura, desarrollándose en su seno una crisis de hegemonía. La posición a tomar frente a la guerra aparece dividiendo aguas entre proaliados y neutralistas. Por detrás hay una sorda disputa. Sectores probritánicos defienden la neutralidad porque buscan preservar los lazos comerciales con Gran Bretaña. También los proalemanes y proeje (afines a Italia, a la España de Franco, al Vaticano) buscan a toda costa que la Argentina se mantenga neutral. Esa confluencia es representada por el vicepresidente que se hace cargo de la presidencia, Ramón S. Castillo. Por otro lado, un sector proaliado plantea que hay que abrir el juego electoral, que hay que unirse a EE.UU., atraer las inversiones norteamericanas. El ministro Federico Pinedo planteó un plan económico de apertura a los EE.UU., que sostenía que había que agregar ruedas auxiliares a la gran rueda maestra del comercio exterior, con una industria eficiente de la mano de los capitales extranjeros. Detrás de la política neutralista se atrinchaban sectores probritánicos locales que vendían la carne a Gran Bretaña y buscaban frenar la penetración norteamericana y, por supuesto, todos los que de un modo o de otro apostaban al triunfo del Eje.

Al mismo tiempo, también defendían la neutralidad sectores yrigoyenistas dentro del radicalismo, y sectores nacionalistas en la intelectualidad y las Fuerzas Armadas, que la esgrimían como bandera de independencia frente a los imperialismos anglosajones.

Por su lado, la mayor parte de la oposición democrática al régimen era partidaria de los aliados desde la perspectiva antifascista, incluyendo al movimiento sindical, el Partido Socialista y el Partido Comunista. Desde 1941, el PC dirigido por Vittorio Codovilla formuló la consigna de una “unión nacional contra el fascismo”. Ese año, con la invasión alemana a la URSS el eje nazifascista dominaba toda Europa continental, mientras se ampliaba la expansión japonesa en Asia. Con la intervención de Estados Unidos en la guerra se formó la alianza antifascista. En todo el mundo el movimiento comunista apostó al triunfo aliado y luchó para que todos los países se pronunciaran contra el imperialismo alemán y el eje. Sin embargo, en Argentina, donde era predominante el imperialismo inglés, la política del PC limitó esa lucha al secundarizar la lucha antiimperialista, y como lo muestra esa consigna de Codovilla, yendo a la cola de los terratenientes liberales en el apoyo a los aliados, como si el imperialismo nazi hubiera invadido el país. En última instancia, esa política de seguidismo del PC condicionó la lucha obrera impidiéndole encabezar una oposición frontal al régimen y no favoreció a los aliados sino que debilitó el aporte argentino a su favor. El PC no logró con esa política capitalizar el crecimiento de los sentimientos antiimperialistas en las corrientes subalternas de las Fuerzas Armadas, donde se emboscaban los pronazis pero también había sectores nacionalistas que tendrán mucha importancia futura.

En esas condiciones, cuando desde el año 1942 se perfila un polo de lo que luego sería la Unión Democrática, se produce el golpe militar de 1943, que instaura una dictadura. Ese golpe tiene lugar en un momento de crisis de hegemonía. El gobierno de la Concordancia, presidido por Castillo, no puede manejar la situación. El golpe viene en principio a clausurar esa crisis de hegemonía consolidando el poder estatal. Ese gobierno estaba inficionado por todos los escándalos y el repudio popular y no tiene ni siquiera el apoyo de su propia base de clase, porque la oligarquía está dividida en cuanto al candidato para suceder a Castillo. Este nombra como tal a Robustiano Patrón Costas, del riñón de la vieja oligarquía y abiertamente impopular. Es para Castillo garantía de continuidad de los suyos: neutralismo, amor a Gran Bretaña. Al mismo tiempo, el candidato, a través de financistas como Tornquist y Shaw, teje negociaciones con el Departamento de Estado norteamericano. Entonces no se sabía si iba a continuar a Castillo o inclinarse a Estados Unidos. Está dividido el propio partido conservador, y en esas condiciones se impone la dictadura militar. En su seno, la hegemonía ya no la tienen los militares liberales, como la habían tenido con el general Justo, sino que predomina la llamada corriente nacionalista.



Esta era una corriente heterogénea, con generales proalemanes, un sector probritánico que se opone a las presiones de EE.UU., un nacionalismo fascistizante, clerical, hispanista, y también algunos “militares ingenieros” (promotores como Manuel Savio de un área capitalista de Estado, que en las condiciones de la guerra pudiera garantizar una industria para la defensa). Incluye sectores de raigambre yrigoyenista y favorables a las ideas del nacionalismo popular de FORJA. Sobre esa corriente trabajaban los partidarios del Eje, pero ya en 1943, con el viraje de la guerra, las condiciones favorecen a los que piensan en una nueva ubicación de la Argentina en el mundo de posguerra.

### **El movimiento obrero y la génesis del peronismo**

En junio de 1943, se impone esta dictadura que viene a prohibir los partidos políticos, garantizar la continuidad de la política neutralista y en la que va a empezar a aparecer la figura de Perón.

Al principio despliega una política antiobrera y antidemocrática brutal junto con el estado de sitio, la proscripción de los partidos políticos, la intervención de las universidades: se faculta al gobierno para determinar quién representa a los trabajadores frente a los empresarios y frente al Estado; a cambio de otorgar personería, se exige la renuncia a la actividad política de los sindicatos. Muchos son intervenidos, entre ellos la Unión Ferroviaria, principal sindicato del país.

El movimiento obrero venía en un proceso de ascenso de luchas desde mediados de los años 30, frente al cual se desplegaban la represión y el estado de sitio. Al mismo tiempo, estaba dividido en dos CGT. La CGT N° 1, negociadora, buscaba el arbitraje del Estado. Estaba integrada por gremios del transporte y servicios, con dirigentes como el ferroviario José Domenech, formalmente alineados con el socialismo pero partidarios del apoliticismo sindical. Una parte de ellos muy ligada al aparato del Estado (recordemos que en los años 30 empieza también el sindicalismo policial, de operatoria del Estado oligárquico adentro del propio sindicalismo). La CGT N°2 estaba integrada por los socialistas más subordinados al partido, desde Pérez Leirós a Borlenghi, y los comunistas, con peso en las nuevas ramas. Era un movimiento sindical dividido, los gremios no tenían alcance nacional y sólo un 20% de los trabajadores estaba sindicalizado, aunque era intensa su capacidad de movilización.

Al principio, hay una estrategia represiva global, que refleja el momento de hegemonía, con el General Ramírez, de las corrientes profascistas y

pronazis, proitalianas y proalemanas, aunque en la logia del GOU (Grupo de Oficiales Unidos) ya Perón tenía una influencia importante.

En octubre de 1943, Perón es nombrado director del Departamento Nacional de Trabajo. Antes ya había intervenido en una negociación para levantar una huelga de los obreros de la carne. Esta huelga se desató para exigir la libertad de su dirigente preso, el comunista José Peter. Este es liberado, se obtiene un aumento salarial y la huelga se levanta. Pero a partir de octubre las cosas empiezan a cambiar: en diciembre del 43, se derogan los decretos de junio y se levanta la intervención a la Unión Ferroviaria. Desde mayo de 1944, Perón despliega su gran actividad. A partir de allí desarrolla una puja con sus rivales dentro de la dictadura y el Ejército, los llamados nacionalistas “duros”, oligárquicos y profascistas. Desde enero de 1944, la Argentina no fue más neutral: se rompieron relaciones con Berlín. Ramírez fue reemplazado por Farrell, y Perón, además de secretario de Trabajo y Previsión Social, es designado Vicepresidente y ministro de Guerra. Es decir, trabaja en el Ejército, con un grupo de oficiales como Mercante y trabaja en el movimiento obrero. Sobre esa base promueve las convenciones colectivas de trabajo en diversos gremios, con tutela y auspicio estatal, aprobando la Secretaría de Trabajo los convenios frente a la resistencia patronal. En quince meses se firman 700 convenios, en tanto habían sido 400 durante los tres años anteriores. Al mismo tiempo, la Secretaría de Trabajo da credenciales oficiales a militantes sindicales que negocian con Perón. Con ellas pueden entrar en las empresas para sindicalizar y formar nuevos sindicatos que adhieren al Coronel. Así sucederá en el caso de Cipriano Reyes en la industria de la carne de Berisso, que ganará influencia con su sindicato autónomo en desmedro del dirigente comunista Peter, desplazándolo de la cabeza de la Federación Obrera de la Carne. Mientras tanto, los dirigentes sindicales opositores, comunistas y socialistas, son perseguidos.

Esto tiene su importancia en el transporte y los servicios, y especialmente en la industria, donde rompen la resistencia patronal a la negociación colectiva y también a la organización sindical dentro de las fábricas y las comisiones internas. Esto es una novedad. Por otro lado, en estos breves años hasta el desemboque de octubre de 1945, el Estado consagra otras conquistas de la clase obrera: vacaciones pagas, estabilidad en el empleo con protección frente al despido, aguinaldo. Una medida muy significativa fue el Estatuto del Peón rural: por primera vez, una ley sobre trabajo rural con jornada de ocho horas, tareas especificadas y convenciones colectivas de trabajo. Es conocida la repercusión política que tuvo este hecho en particular. La legislación laboral adentro de las estancias fue un hecho

que corporizaba un golpe político a los opresores tradicionales de grandes masas populares en el campo.

Al mismo tiempo, este despliegue de medidas así como la conformación de una fuerza sindical propia iban incidiendo en el proceso político donde el Coronel perfilaba una línea propia dentro del gobierno militar. Como explica Hugo del Campo, en un principio sus discursos invocan la “unidad” de todos los argentinos y la conciliación de clases. Así lo expresa en agosto de 1944 en la Bolsa de Comercio, donde llama a la clase patronal a integrar al sindicalismo y apoyar su programa de reformas sociales para atenuar la lucha de clases e impedir una revolución. Sin embargo, cuando el conflicto político con sus adversarios se va agudizando, el contenido de su prédica política llama a la toma de partido por el pueblo contra la oligarquía, proceso que va de 1944 a 1945. Contenido político que se repetirá en otras formulaciones ideológicas del peronismo promoviendo la unidad de las “clases productoras” frente a los rentistas (los terratenientes) y el capital foráneo que extraía ganancias del país sin reinvertir (los vendepatrias).<sup>2</sup>

La vieja clase oligárquica respaldó en los inicios el golpe de 1943 (el primer gabinete de Ramírez estuvo integrado por ministros como Antonio Santamaría en Hacienda y el almirante Storni en la Cancillería). Al mismo tiempo, se desplegaba el conflicto con los Estados Unidos, debido a la neutralidad argentina que el gobierno militar había ratificado. Bajo el dictador Ramírez tuvieron más peso las corrientes pro-Eje dentro de las Fuerzas Armadas. Producida la ruptura de la neutralidad en enero de 1944 y el reemplazo de Ramírez por Farrell, el gobierno de Washington sin embargo multiplica su hostigamiento a la dictadura militar acusándola de pronazi (retiro de embajadores, sanciones diplomáticas y económicas, etc.). Es que ya no se trataba de prevenir la acción del imperialismo alemán (ya había sido derrotado en Stalingrado y los aliados ocupaban el norte de África). El imperialismo norteamericano buscaba con esa táctica un golpe dentro del golpe enfrentando el nacionalismo emergente y tratando de afirmar su propia hegemonía en la Argentina, en desmedro de las viejas conexiones con Inglaterra. El conflicto con Estados Unidos se entrelaza con el proceso político interno pues importantes sectores de la vieja oligarquía, poco antes partidarios de la neutralidad, van apoyando a los Estados Unidos y se unirán con la acción política del embajador Braden en 1945 para enfrentar no tanto al gobierno

---

2. Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

militar sino particularmente a Perón. Cierran filas con Braden más por temor a los cambios y reformas que promovía Perón que por amor a EE.UU.

El ascenso de la influencia de Perón en el movimiento obrero y popular está conectado con ese conflicto. Su prédica intensamente nacionalista resistiendo las presiones del gobierno norteamericano en ese momento, tiene importancia no solamente para las corrientes militares sino también para el movimiento obrero, recogiendo intensos sentimientos antiimperialistas.

Así se llega a la gran polarización social y política de 1945. En un principio negociaciones primero secretas y luego abiertas con la diplomacia norteamericana en las que jugó un gran papel Perón determinaron una recomposición de las relaciones bilaterales. Estas negociaciones determinaron la declaración de guerra de la Argentina al Eje, requisito fundamental, exigido por la Unión Soviética, para participar en la Conferencia de San Francisco de la fundación de las Naciones Unidas. Sin embargo, con esos cambios también llega al país el nuevo embajador, Spruille Braden, que despliega una intensa actividad en contra del gobierno y en particular de Perón, logrando la adhesión de todos los partidos políticos opositores y también, crecientemente, de importantes sectores conservadores. Como señalamos, Washington apuesta a un recambio a su favor dentro de las Fuerzas Armadas argentinas. Por su parte, las fuerzas opositoras buscan capitalizar el peso de Estados Unidos para desplazar a Perón y lograr una apertura electoral. Llegamos así a la gran movilización opositora de septiembre de 1945. En la Capital, la Marcha de la Constitución y la Libertad, con cientos de miles de personas, nucleó a toda la dirigencia “democrática”, desde la vieja oligarquía liberal hasta el Partido Comunista, acompañada por los grandes diarios, la intelectualidad, las principales organizaciones del poder económico tradicional, con blanco en el “nazipeonismo”. Fue el prólogo del desplazamiento de Perón en octubre.

### **El 17 de octubre de 1945**

El 9 de octubre de 1945, Perón es desplazado de sus cargos por presión de las Fuerzas Armadas, enviado detenido a Martín García y más tarde al Hospital Militar. Previamente realizó un acto con los sindicalistas y habló por cadena nacional anunciando el decreto de salario móvil, vital y básico. Pero ese decreto no iba a entrar en vigor si no lo firmaba el presidente Farrell y mientras Perón es desplazado. Son días en que se despliega el revanchismo patronal, además del político, que se expresaba frente a las exigencias obreras con la frase: “¡Andá a cobrarle a Perón!”.

Es en esta coyuntura que llega al nivel más alto el conflicto político y se polariza: la mayor parte de la clase obrera y del campesinado pobre, especialmente del noreste y noroeste y algunos sectores medios ligados a la producción, estarán en el campo peronista. En el campo antiperonista formarán filas la mayor parte de las clases dominantes, los terratenientes, la gran burguesía intermediaria, incluso la burguesía industrial, una parte de la intelectualidad y de los sectores de pequeña burguesía y una minoría de la clase obrera organizada de las corrientes antiperonistas que se nuclean en la Unión Democrática.

En esas condiciones Perón va a capitalizar las adhesiones logradas previamente en el movimiento sindical, en particular todo el trabajo con los sindicalistas reformistas. Estos vienen de las antiguas direcciones sindicales: algunos socialistas, sindicalistas de origen anarquista, comunistas que se pasan y las corrientes negociadoras que buscaban el arbitraje y la protección estatal desde años anteriores. Del proceso del 17 de octubre en adelante, se irá conformando un nuevo activismo intensamente peronista, nacionalista, combativo en los primeros años del peronismo y muy inficionado por la ideología de la conciliación de clases.

Entre el 9 y el 17 de octubre, se producen movilizaciones de los gremios locales y convocatorias a la huelga que se adelantan a la CGT. El 16 hay ya marchas a Plaza de Mayo. La convocatoria de la CGT se realiza en estas condiciones y una parte urge al paro porque, dicen, no pueden contener a las bases. Es un proceso en parte espontáneo y en parte dirigido, protagonizado por esos activistas favorables a Perón, tanto en el movimiento sindical como político, Domingo Mercante y otros, los que vienen del radicalismo y se suman. Esto tiene su correlato en algunas provincias, en algunos casos con gran protagonismo popular, como en Tucumán. El partido peronista se fue conformando con sus particularidades, en algunos lugares con viejos políticos radicales o conservadores y en otros con más sindicalistas.

El Comité Ejecutivo de la CGT convoca al paro para el 18, en una votación de 16 a favor contra 11. El llamamiento al paro decía: “Contra la entrega del gobierno a la Corte Suprema y a todo gabinete de la oligarquía”, porque en ese momento, preso Perón, la exigencia opositora era entregar el poder a la Corte Suprema, Corte sumamente impopular que había legitimado el golpe del 30 y todos los actos del régimen fraudulento. Se había hecho público que con la caída de Perón se entregaría el poder nada menos que a esa Corte Suprema. A la vez, se estaba preparando un cambio de gabinete del propio gobierno de Farrell, y asignaron a Juan Álvarez,

procurador general de la Nación, un viejo conservador, un “galerita”, la negociación para la conformación del mismo.

La convocatoria de la CGT exigía además: “la formación de un gabinete garante de la democracia y que consulte a las organizaciones sindicales; fijación de la fecha de las elecciones libres; levantamiento del estado del sitio y libertad de todos los presos civiles y militares distinguidos por sus firmes convicciones democráticas e identificados con la causa obrera; mantenimiento de las conquistas sociales y su ampliación; vigencia de la reglamentación de las asociaciones profesionales; y firma del decreto ley sobre salario mínimo, básico y móvil y participación en las ganancias; resolver el problema agrario con reparto de la tierra y cumplimiento del Estatuto del Peón”. La proclama aludía a Perón sin nombrarlo, conservando la tradición del sindicalismo antipolítico. El paro, no obstante, tenía un importante contenido político. Es notable que muchas de las explicaciones sociológicas sobre el origen del peronismo no incorporen este aspecto tan importante.

El paro se adelantó al 17 de octubre. En parte espontánea y en parte dirigida se desarrolló esa gigantesca movilización obrera y popular en todo el Gran Buenos Aires, en la propia Capital y en distintos lugares del interior del país. Tuvieron gran importancia contingentes de obreros fabriles, como los de la carne de Berisso que marcharon a La Plata y luego a la Capital. La marcha desde los suburbios, el cruce del Riachuelo y la ocupación de la Plaza de Mayo, configuraron un nuevo hito que con sus particularidades reproducía un patrón de lucha característico de la formación social moderna de nuestro país: el de levantamientos populares urbanos con amplia participación de los asalariados. Esa pueblada que Marechal caracterizó como “el subsuelo de la patria sublevada” conmovió al país e instaló un nuevo escenario político.

Se produjo un nuevo recambio en la correlación dentro de las fracturadas Fuerzas Armadas, que paralizó al Estado. Vernengo Lima, el jefe de la Marina, quería bombardear. Campo de Mayor vacilaba. Finalmente, la situación obligó a Eduardo Ávalos, jefe de Campo de Mayo, a llevar de vuelta a Perón para que hablara a la multitud desde los balcones de la Casa Rosada. La crisis política obligó a adelantar la fecha de las elecciones a febrero de 1946. La candidatura de Perón es proclamada por un Partido Laborista conformado por los sindicalistas que adherían a su liderazgo, junto con un sector radical (la UCR Junta Renovadora) y un desprendimiento conservador. Frente a Perón, se proclama la fórmula de la Unión Democrática: Tamborini-Mosca, dos radicales del ala alvearista.

## Perón y la adhesión del movimiento obrero / Debates

Durante la campaña electoral el Departamento de Estado Norteamericano, en el que Braden había sido nombrado subsecretario de asuntos interamericanos, publica el Libro Azul, con denuncias sobre las vinculaciones de los gobiernos argentinos con el nazismo alemán. Aunque contenía más elementos sobre el gobierno conservador que sobre el período militar, estaba dirigido a influir en las elecciones y fue denunciado por Perón como una nueva intromisión en los asuntos internos de la Argentina. El canciller del gobierno militar, Juan Cooke (de origen radical, padre de John William), editó en respuesta el libro “Azul y Blanco” replicando al Departamento de Estado norteamericano. La consigna del momento fue: “Braden o Perón”.

En las elecciones de febrero, las primeras limpias en dieciocho años como lo proclamó toda la oposición, ganó Perón contra el resto de la dirigencia unida. Nuevamente cambia toda la situación política. Es interesante ver que los cambios se producen en muy poco tiempo. Es decir, se forma un nuevo partido que aglutina a una nueva generación política, y al mismo tiempo, hay una renovación de la dirigencia: frente al viejo radicalismo unionista, la Intransigencia y Renovación levanta el programa de Avellaneda y surgen Arturo Frondizi y Ricardo Balbín. Hay crisis y cambios en todos los partidos políticos.

¿Cómo fue que Perón logró la adhesión del movimiento obrero? ¿Cómo fue que el movimiento obrero en su mayor parte adhirió a Perón? ¿Cuáles fueron las causas profundas de ese “vínculo perdurable”, como lo llamó Hugo del Campo, entre sindicalismo y peronismo? Este es un tópico de la bibliografía de las ciencias sociales de la Argentina, especialmente de la sociología. Los debates parten de la tesis de Gino Germani: con la industrialización, los migrantes internos de origen criollo que venían de las provincias y tenían poca experiencia sindical, llegaron a la ciudad y estaban en un proceso de disponibilidad porque no tenían adhesiones firmes ni conciencia de clase. Por lo tanto, fueron captados por la prédica de este coronel, a diferencia del antiguo movimiento obrero de origen inmigratorio y formación sindical europea. Esta tesis abonaba, desde el ángulo antiperonista, el desprecio a una masa sin conciencia. Desde otro ángulo más funcionalista, la misma tesis daría cuenta del modo en que una masa precapitalista accede a la vida urbana y reclama su inclusión. El mismo esquema ha sido sustentado por los intelectuales peronistas: frente a un movimiento sindical cosmopolita, con escaso en-

raizamiento nacional, el 45 expresa la emergencia de un auténtico movimiento obrero que rescata el espíritu nacional. De fondo, la explicación sobre la ruptura es la misma.

Con acento crítico o apoloético de ese proceso, esta explicación enfatiza el cambio. El relevo de un movimiento obrero viejo ligado a las teorías “cosmopolitas”, internacionalistas, del socialismo, el anarquismo, el comunismo, por un movimiento obrero nuevo.

Hay otras explicaciones que enfatizan las líneas de continuidad, con una clase obrera más homogénea de lo que se la pintó, pues las primeras migraciones internas fueron fundamentalmente desde la zona pampeana y del litoral y la gran migración desde otras provincias empezó después. No fue una masa sin experiencia sindical la que adhiere a Perón: son los gremios más tradicionales y su vieja guardia sindical los que brindan su adhesión al Coronel. Ya existía una importante corriente sindical en el movimiento obrero argentino que buscaba, desde aquel sindicalismo revolucionario de los años 20 a este sindicalismo reformista, el arbitraje del Estado en los conflictos obrero-patronales, reservando al movimiento obrero la lucha económica y buscando en la política que el Estado arbitre y falle a favor de los obreros. Desde esa concepción de los antiguos sindicalistas a la adhesión política al líder del nuevo movimiento había sólo un paso: la toma de posición política. Por eso se ha puesto de manifiesto en estas interpretaciones los aspectos de continuidad entre la experiencia anterior de dirigentes y activistas sindicales, de ideología sindicalista, y su adhesión a Perón. Esta explicación centrada en las líneas de continuidad se corresponde con una explicación de base económica de la génesis del peronismo, desarrollada por Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero: la adhesión al peronismo expresaría una necesidad de la clase obrera respecto de la industrialización sustitutiva, frente al viejo régimen oligárquico, que confluía con la necesidad de la burguesía industrial de expandir el mercado interno y para eso dar concesiones.<sup>3</sup>

Estas tesis reportan aspectos objetivos. Es preciso no desdeñar que hay tradiciones políticas socialistas, anarquistas, comunistas que tienen su peso en corrientes anteriores del sindicalismo y enfrentan las formas políticas e ideológicas del peronismo. A la vez, hay otros sectores que conocieron la explotación terrateniente y oligárquica en el interior y ven en Perón al más firme fustigador de sus opresores tradicionales.

---

3. Una síntesis de estas posiciones en debate puede encontrarse en Schiavi, M., *El poder sindical en la Argentina peronista (1945-55)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013.



En estas explicaciones sociológicas falta la dimensión política, la salida que formuló Perón y el peronismo en el plano político, no sólo en el plano sindical, a ese movimiento obrero al que logró hegemonizar.

Por un lado, la explicación centrada en las reformas que permitieron al movimiento obrero lograr conquistas por las que venía luchando desde sus orígenes, suele reducir su significación histórica concreta para las grandes masas. Porque la sociedad argentina avanzó a través de las reformas peronistas, convirtiendo a un país agrario con algunos apéndices industriales en un país industrial-agrario, en el que una enorme masa de población se incorporó al mercado de consumo. Un proceso que sin alterar de raíz el carácter dependiente de la economía argentina, implicó un parcial cambio de eje. Y esas transformaciones parciales tuvieron correlato en esas conquistas sociales y culturales. Sólo a modo de ejemplo: por la movilización obrera y en base a las convenciones colectivas de trabajo, de 1945 a 1949 los salarios aumentaron en términos reales entre un 50 y un 60%.

Al mismo tiempo, no suele considerarse la dimensión política de esas reformas sociales que permitieron legalizar dichas conquistas. Estas recortaron privilegios, limitando en distintos grado las superganancias monopólicas y las rentas de las clases dominantes de la Argentina dependiente, particularmente, los monopolios exportadores y la clase terrateniente asociada. Sectores que eran visualizados como los principales opresores del pueblo argentino.

Por otro lado, una explicación industrialista pone de relieve la contradicción entre el desarrollo industrial y el viejo eje agroexportador con base en los terratenientes de la pampa húmeda, enfatizando la coincidencia entre los intereses inmediatos de la clase obrera y la necesidad de la burguesía industrial de expansión del mercado interno. Sin embargo, hay una dimensión fundamental que no se jerarquiza y que subyace en la hegemonía que la dirección peronista logra sobre el movimiento obrero y otros sectores populares. Se trata del carácter dependiente y oprimido de la formación económica y social del país y de las consecuencias de esa realidad sobre el Estado y la estructura social, incluyendo la explotación obrera. En la coyuntura del año 1945, es esa dimensión la que se juega en el conflicto político que Perón traduce en la consigna “Braden o Perón” de la campaña electoral.

Entonces, en ese conflicto se jugaba verdaderamente un interés del Estado imperialista norteamericano que se aprestaba a diseñar un hemisferio bajo su hegemonía. En la Argentina, en declinación el viejo imperialismo británico y de otros países europeos, debilitados sus socios

oligárquicos locales, derrotada la Alemania nazi, otro pilar de nuestra dependencia, para los EE.UU. constituía una oportunidad de afirmar su hegemonía en asociación con las clases dominantes nativas, sin desmedro de los poderosos intereses económicos que ya poseía el capital norteamericano. Para ello debía desplazar a los británicos y enfrentar al nacionalismo burgués emergente de la mano de Perón. Esa fue la jugada del Departamento de Estado Norteamericano, pero fue derrotada y se consolidó la década de reformas peronistas. Después surgirían en América Latina otros nacionalismos y también nuevos movimientos antiimperialistas de carácter revolucionario, pero en 1945 en la Argentina ya se manifiesta ese fenómeno, cuando en el resto del continente muchos sectores populares, democráticos, antiimperialistas cifraban las esperanzas de apertura democrática y de progreso social de la mano del gobierno yanqui de Roosevelt.

Esto tiene importancia para entender que la lucha política se expresa de una u otra manera en el movimiento sindical. La hegemonía de Perón sobre el mismo no fue sólo el resultado de las conquistas laborales otorgadas, ni sólo la consecuencia de que Perón jugó una parte del aparato del Estado a favor de sus sindicalistas, marginando y persiguiendo al resto, construyendo un movimiento sindical subordinado a su proyecto. Además y muy especialmente, Perón y la dirección peronista canalizaron políticamente la intensa oposición y combatividad antioligárquica y antiimperialista, abonada por las luchas de la década, logrando la dirección política de la mayoría de la clase obrera y amplios sectores populares, que en la coyuntura lo vislumbraron como la única salida eficaz frente a la dominación del imperialismo y sus socios locales.

En este sentido cobra importancia la línea y las posiciones políticas de los partidos que actuaban en el seno de la clase obrera y buscaban dirigirla: en primer lugar, el Partido Socialista, que anteriormente había alcanzado una influencia sindical significativa. El reformismo parlamentarista estrecho que lo caracterizó desde principios de siglo se profundizó en la Década Infame en contradicción con el antidemocrático carácter del régimen, así como la confluencia de su dirección y sus corrientes de derecha con la oligarquía liberal y los imperialismos “democráticos”.

Por su parte, el Partido Comunista (que jugó en los años 30 un rol de vanguardia clasista en el movimiento sindical, en los sindicatos industriales y la organización por rama) cometió graves errores políticos que marcaron su historia, abdicando de sus formulaciones de una estrategia revolucionaria antiimperialista con la hegemonía del proletariado. No sólo por

su seguidismo a las corrientes liberales antifascistas de la burguesía y los terratenientes. Durante la guerra hizo suyas las tesis enarboladas por Earl Browder, dirigente del PC norteamericano que teorizó que por el carácter progresista del gobierno de Roosevelt y su alianza antifascista con la Unión Soviética, EE.UU. ya no se trataba de una potencia imperialista sino que podía contribuir al desarrollo independiente y la democracia en América Latina. Se revisaba así totalmente la teoría leninista del imperialismo, y de hecho en la Argentina se formulaba una alianza explícita con las potencias “democráticas” y sus aliados internos, de la mano de los cuales, sin revolución, podría abrirse un curso favorable al pueblo. Por otra parte se consideraba como enemigo principal en la Argentina al imperialismo nazi, ya derrotado, y se ubicó a Perón como representante del fascismo. Así, el PC en los hechos tomó como enemigo principal al nacionalismo burgués representado por el peronismo ascendente y se unió en la Unión Democrática con la oligarquía liberal y el imperialismo, en la vereda de enfrente de la mayor parte de la clase obrera, posición que nunca revisó autocríticamente a fondo. Por eso, más allá de las represiones que sufrió, quedó incapacitado para disputar la dirección de las masas al peronismo, en términos de cuál es el camino más eficaz para enfrentar a los enemigos comunes, los principales opresores del pueblo y de la Argentina. Este elemento (la ausencia de una política revolucionaria de hegemonía proletaria en la lucha antioligárquica y antiimperialista) no explica por sí solo el triunfo del peronismo y los alcances de su perdurable influencia en el movimiento obrero, pero contribuyó a crear las condiciones de ese ascenso.

### **Bajo el gobierno peronista**

¿Cómo fue el desarrollo del movimiento sindical bajo el gobierno peronista? Se dice que Perón se habría inspirado, en su concepción de rol de las organizaciones gremiales, en la “Carta del Trabajo” del régimen fascista de Mussolini en Italia. El elemento en común estribaría en la “eliminación” de la lucha de clases y una organización verticalista subordinada al Estado. Sin embargo, en el caso de Italia se trataba de la conformación de un régimen “corporativo” eliminando el Parlamento, los partidos políticos y las libertades democráticas en general. Ese régimen expresaba la dictadura terrorista de los sectores más reaccionarios de la gran burguesía imperialista italiana. Ganando apoyo inicial en sectores pequeño-burgueses, con la representatividad corporativa de empresarios y sindicatos, los usaba como un instrumento para aplastar a la clase obrera y subordinarla a la gran burguesía

monopolista italiana. En cambio, el peronismo configuró un movimiento y un proyecto reformista de una burguesía nacional industrialista en un país dependiente, oprimido por los imperialismos asociados a la clase terrateniente y sectores de la gran burguesía subordinada. Esta es una diferencia fundamental: la dirección peronista, con la ideología de la conciliación de clases y la organización sindical que consolidó, buscó no sólo subordinar al movimiento obrero sino también apoyarse en él para consolidarse en el poder y avanzar en ese curso reformista frente a sus adversarios.

El decreto 23582 de octubre de 1945 garantizó el derecho a la libertad sindical, es decir, a formar una organización sindical e inscribirla en un registro. Otra cosa era la personería gremial. Ésta era otorgada por el Estado y era la que daba a la organización sindical que la poseía el derecho a negociar las convenciones colectivas de trabajo. Se supone que se otorgaba a aquellas con mayor cantidad de afiliados. Así, se sancionó la intervención estatal y se fueron consolidando los nuevos gremios dirigidos por sindicalistas peronistas.

Otro rasgo fundamental fue el carácter centralizado y verticalizado de la organización sindical. La organización por rama se generaliza ahora para todos los trabajadores, obreros y empleados de las distintas categorías (aunque hubo sindicatos por oficio o por empresa, no eran característicos), que a su vez se unifican en una central única, la CGT. Por otra parte, las conducciones nacionales de cada gremio son las que discuten los convenios, declaran la huelga, reciben directamente las cotizaciones de la cuota sindical y luego la distribuyen a las seccionales locales. Las direcciones nacionales están facultadas para intervenir seccionales locales.

Al mismo tiempo, en el marco de la expansión de las organizaciones sindicales, se generaliza una organización de base, que ya había aparecido en los años anteriores: las Comisiones Internas de Reclamos (CIR) y los delegados de sección en los lugares de trabajo. No tenían estatus legal pero los obreros los tomaron en sus manos. Las comisiones internas habrían surgido de los comités de empresa que promovía el PCA en algunas industrias durante los años 30. Lo cierto es que bajo el peronismo se expandieron y multiplicaron en todas las empresas, generando una estructura sindical adentro de cada una, con la tolerancia tácita del gobierno y los dirigentes sindicales. Las empresas estaban expuestas a sus reclamos. Vigilaban el cumplimiento de las reivindicaciones sancionadas por las Convenciones Colectivas de Trabajo, y podían poner límites a las potestades patronales dentro de la unidad de producción. Este es el punto reprochado al peronismo por toda la burguesía. Por otro lado, se buscaba

que las organizaciones sindicales dirigidas por el peronismo y subordinadas al gobierno funcionaran como poleas de transmisión, desde arriba hasta la última sección, de los objetivos y orientaciones del gobierno y los dirigentes, ya sea para promover la movilización obrera o para controlarla. Desde entonces, este se convirtió en un rasgo característico del gremialismo argentino.

Con esta estructura e impulsado por el gobierno, se asiste a un significativo proceso de sindicalización masiva. En los años previos al peronismo se calcula que sólo un 20% de los asalariados estaba afiliado a alguna organización gremial, aún cuando estas contaban con una significativa capacidad de movilización. En 1941, del total de asalariados sindicalizados los obreros industriales eran el 33% y ese porcentaje asciende a más del 50% en una década. Es un proceso masivo que a su vez está estrechamente vinculado con la expansión y el auge de la industria.

**Cuadro 1**  
**Afiliación sindical entre 1946 y 1954 (en número de afiliados)**

	1946	1948	1950	1954
Industria	444.350	795.752	1.088.781	992.799
Transporte	178.109	306.977	311.623	411.531
Servicios	245.871	430.196	592.000	852.250
Total	877.330	1.532.925	1.992.404	2.256.580

Fuente: Elaboración de Louise Doyon (2002).

**Cuadro 2**  
**Proporción de afiliados por sector entre 1945 y 1950**

	1945	1948	1950
Industria	39,5 %	51,9%	54,6%
Transporte	36,2%	20,0%	15,5%
Servicios	24,2%	28,1%	29,7%
Total	99,9%	00,0%	99,9%

Fuente: Elaboración de Louise Doyon (2002).

Bajo las presidencias de Perón, el desarrollo de las luchas obreras recorrió una primera etapa de expansión de las huelgas, entre 1946 y 1948, en pos de múltiples conquistas a hacer vigentes o profundizar. Un segundo período estuvo marcado por la coyuntura de una crisis cuyos primeros signos se manifestaron en 1949 y llegó a su pico entre 1951 y 1952. Fue un período de reflujo de las luchas y de disminución de la cantidad de huelgas, derrotadas o reprimidas por el gobierno. Un tercer período se inicia

tras la crisis, de nuevo ascenso de las luchas, destinadas a recuperar parte de lo perdido, que tiene su pico mayor en el año 1954 y enfrenta los planes de incremento de la “productividad” de las patronales y el gobierno.

**Cuadro 3**  
**Huelgas en Capital Federal**

<b>Año</b>	<b>Huelgas</b>	<b>Huelguistas</b>	<b>Jornadas no trabajadas</b>
1946	142	333.929	2.047.601
1947	64	541.377	3.467.193
1948	103	278.179	3.158.947
1949	36	29.164	510.352
1950	30	97.048	2.031.827
1951	23	16.356	152.243
1952	14	15.815	313.343
1953	40	5.506	59.294
1954	18	19.701	1.401.797

Fuente: Dirección Nacional del Servicio Estadístico, Ministerio de Hacienda, Síntesis de Estadística Mensual, en Louise Doyon (2002).

En la primera etapa, los conflictos y medidas de fuerza se producían durante la discusión de las convenciones colectivas de trabajo. Las conversaciones con las patronales se estancaban y se generalizaban las huelgas. Al principio, algunas eran reprimidas, inclusive con dirigentes presos. A veces las direcciones nacionales intervenían el sindicato local, pero en la medida que el conflicto se sostenía, la Secretaría de Trabajo terminaba fallando a favor de los obreros. Es decir, en esta primera etapa, las luchas encuentran a la larga una recepción favorable por parte del gobierno.

Así sucedió en los conflictos de los trabajadores de la carne, metalúrgicos, panaderos del Gran Buenos Aires, textiles, de la lana, bancarios del 48, trabajadores de la basura, de la construcción, en Córdoba, Rosario, Santa Fe o luchas parcialmente triunfantes como petroleros privados, del azúcar en 1948, del puerto en el 47. Es en este período, también de auge económico y crecimiento industrial con el despliegue de las reformas peronistas, el salario real aumenta sustancialmente (más del 50%, desde 1945 a 1948).

Por lo general, la Secretaría de Trabajo accedía más a convalidar los aumentos salariales que los cambios exigidos en las condiciones de trabajo. Pero merced a las organizaciones de base, comisiones internas y delegados, esas exigencias se terminaban expresando en las negociaciones con importantes agregados. Al amparo de un proceso de movilización obrera, dirigida, hegemónica políticamente por el gobierno peronista, las medi-

das de fuerza buscaban hacer vigentes las reformas laborales, limitando la potestad patronal interna con reglamentos sancionados por las paritarias. Por ejemplo, reconocimiento salarial de la antigüedad, clasificación de escalafones en cada rama (igual salario por igual trabajo), estabilidad frente a transferencias de puesto sin reducción salarial, pautas de promociones y ascensos. En las empresas estatizadas se logran beneficios suplementarios, como días por exámenes, por matrimonio, fallecimiento de familiares, las indemnizaciones, el adicional por antigüedad. El aguinaldo, el aporte patronal a la jubilación y el salario familiar por hijo menor ya estaban vigentes desde el período previo al 17 de Octubre.

Es un momento de expansión económica y de la producción industrial. Se expande el mercado interno, con una población asalariada que consume, y se incrementan las ganancias. Es el momento “virtuoso” del proyecto peronista. En ese período comienzan las quejas patronales, sobre todo referidas a los cambios en las condiciones de trabajo. Se volverán más estridentes durante la segunda presidencia de Perón, luego de la crisis. Apuntaban a revertir esas condiciones de trabajo y el límite de la potestad patronal en el proceso productivo que se generó con las comisiones internas.

### **La crisis**

La crisis que se insinúa en 1949 marca los límites de las reformas peronistas, límites difíciles de superar desde la perspectiva del gobierno. En la coyuntura de posguerra favorable por los precios agrícolas, las nacionalizaciones peronistas redujeron el peso del capital extranjero, sobre todo el británico ligado al viejo eje agroexportador, ampliando el capitalismo de Estado. La protección aduanera, el crédito industrial fácil y la significativa expansión del consumo por obra de las reformas sociales (que incluyeron también la eliminación de muchos resabios precapitalistas en el campo y en el interior del país) sustentaron el crecimiento y las ganancias de la burguesía industrial. En cuanto al comercio exterior, el papel del IAPI en la utilización de los ingresos por exportaciones en función de ese proyecto limitó los tradicionales superbeneficios de los monopolios exportadores de cereales y la renta agraria de los terratenientes, al tiempo que la ley de arrendamientos rurales de 1948 beneficiaba a los chacareros. Sin embargo, el crecimiento de la productividad del trabajo en la industria dependía de la incorporación de nuevas maquinarias y, aunque se avanzó en esta dirección, no existía una industria “pesada” y en su mayor parte esa maquinaria debía importarse. Así la expansión industrial dependía de las divisas pro-

venientes de las exportaciones agropecuarias. Éstas se vieron limitadas por la caída en los precios internacionales (luego del Plan Marshall y la recuperación europea), y por una oferta de productos agropecuarios a la que la estructura del sector no puede dar respuesta. Los grandes terratenientes, aunque debilitados políticamente y limitados en la percepción de la renta, seguían detentando el monopolio de la tierra, a pesar de algunas expropiaciones y de la expansión de un sector de chacareros propietarios. Ese control terrateniente se tradujo en la reducción de inversiones para hacer crecer la producción. A eso se sumaron los efectos de las dos grandes sequías de 1949/50 y 1951/52. Se engendró así un gran déficit comercial que se tradujo en crisis de la balanza de pagos.

Para superar esos límites al desarrollo industrial se hubiera necesitado una reforma agraria que eliminara ese monopolio de la tierra, pero en este país eso implica una revolución. Hubiera requerido la movilización revolucionaria de la clase obrera y el pueblo. El proyecto peronista, en cambio, era reformista. Reflejaba los intereses de la burguesía nacional industrialista de la época. Adversario del esquema agroexportador, promovía reformas económicas desde el gobierno utilizando el Estado, con la ideología de la conciliación de clases. Promovía la movilización obrera y popular en la confrontación política y el plano electoral contra los intereses oligárquicos y las presiones imperialistas pero temía y se oponía a un rumbo revolucionario de la mano de la clase obrera, a la que buscaba subordinar. De allí que, pese al cuestionamiento inicial al latifundio en el discurso gubernamental, no se avanzó en esa dirección ni se eliminó por su base el poder terrateniente.

Por otro lado, el desarrollo de una industria pesada, en pos de una economía autosostenida e integrada en el país, debía ser realizada por parte del Estado, dada la debilidad del capital nacional y la oposición del capital imperialista e intermediario local a ese objetivo. Esto implicaba grandes recursos; se requería movilizar el ahorro nacional. Pero, aunque limitada, una parte del plustrabajo argentino seguía convirtiéndose en superganancias de los monopolios extranjeros y de la burguesía intermediaria, y en renta terrateniente. La dependencia con respecto al capital imperialista se debilitó con las nacionalizaciones, pero no se eliminó.

Como consecuencia de la crisis, los empresarios incrementarán sus reclamos para “redistribuir” hacia arriba, es decir, recuperar sus ganancias en desmedro de los asalariados. El gobierno, al llegar 1952, afrontará la crisis con un “plan de estabilización” que concilia con los dueños del país para cerrar las cuentas externas: devaluación, luego de un aumento salarial



general por debajo de lo perdido por la inflación, congelamiento por dos años de las convenciones colectivas de trabajo. Como rumbo general, se invierte el rol del IAPI, subsidiando al agro, y aunque el gobierno peronista evita pedir préstamos externos, con la Ley de Inversiones Extranjeras de 1953 promueve concesiones para atraer capitales extranjeros a la industria y la minería. Un camino de conciliación con el imperialismo y los terratenientes que, pese a la superación de la crisis, contribuirá a su debilitamiento y derrocamiento.

En el año 1949, con el fin de la bonanza económica, comienza la declinación de la movilización obrera y un endurecimiento del gobierno contra las huelgas. Algunos autores señalan como causa de la declinación del movimiento huelguístico las conquistas logradas en el período anterior y también la institucionalización, con las mediaciones del Estado, de los convenios colectivos. Sin embargo, aparece a la vez una nueva actitud gubernamental: el ejercicio del derecho de huelga va siendo considerado cada vez más incompatible con la “revolución peronista”. Perón proclama “hay que eliminar los conflictos estériles”, y denuncia en algunos casos la intervención de “agitadores foráneos”. Por ejemplo, ya en 1947 el gobierno denuncia un complot comunista que le permite desplazar a Gay, el primer dirigente de la CGT que era laborista y trataba de mantener la autonomía de un partido sindical respecto del gobierno. Gay será reemplazado por Aurelio Hernández. También es desplazado e incluso encarcelado Cipriano Reyes, ya diputado. En una etapa donde se recomponían las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, pero se mantenía el conflicto, el gobierno denuncia presiones de la prensa y el sindicalismo norteamericanos e incluso conspiraciones, en las que estaría involucrado Reyes. Al mismo tiempo, aguzará el filo anticomunista y antimarxista para mantener la subordinación del movimiento sindical.

Es decir, hay una creciente intervención gubernamental contra las huelgas. Se busca limitar la facultad de los sindicatos para declararlas. La CGT es un organismo central por encima de los gremios, y surgen contradicciones con éstos al respecto. En los prolegómenos de la crisis hay huelgas muy importantes que el gobierno enfrenta. Ante la crisis, elimina subsidios a las industrias alimenticias, que éstas exigían para pagar los aumentos salariales, a cambio de mantener bajo el precio de los alimentos, en el marco de la política proindustrial del peronismo. Esto tiene repercusiones en el caso de los ingenios azucareros: las negociaciones estaban estancadas, un aumento salarial del 18% prometido no se concreta y se inicia la huelga de la FOTIA el 20 de octubre del 1949. Como el gobierno

quiere eliminar los subsidios, convalida la negativa de las patronales de la oligarquía azucarera al aumento reclamado por los obreros. La huelga es ilegalizada, se le retira la personería a la FOTIA, son encarcelados sus dirigentes y cerrados todos sus locales. En ese contexto represivo murió víctima de las torturas el gastronómico comunista Carlos Antonio Aguirre. El 28 de noviembre se levanta la huelga y la FOTIA queda intervenida bajo el peronismo. Finalmente, el gobierno concede un aumento del 60%, pero sobre la base de subordinar a la dirección sindical.

Lo mismo ocurrió en los frigoríficos, empresas donde predominaba el capital norteamericano, nudo del control monopólico imperialista en la Argentina, del que dependía el histórico abastecimiento de carne a Gran Bretaña, que a cambio enviaba petróleo bajo los convenios bilaterales de comercio. Pese a la nacionalización de empresas y de los ferrocarriles, a la formación de un complejo metalmeccánico estatal en la Argentina, la flota mercante del Estado, el desarrollo de YPF, YCF, Agua y Energía, Aerolíneas y todos los emprendimientos de infraestructura e inversión estatal que se desarrollaron, hubo eslabones clave de la dependencia del imperalismo que se perpetuaron: uno fue el de los frigoríficos.

Para efectuar las exportaciones, los frigoríficos también exigían subsidios frente a los aumentos salariales. Pero el ajuste y la “austeridad” fiscal frente a la presión inflacionaria llevaban al gobierno a restringirlos. Y en esa coyuntura, éste terminó apoyando a las empresas durante los paros de los obreros de la carne. Por otra parte, las empresas preparan despidos. Hay paros e interviene el gobierno, se toman compromisos que no se cumplen. En el 1949 hay una nueva huelga de la carne que se ilegaliza. Se interviene el sindicato y en él se instalan dirigentes subordinados al gobierno. También hay huelgas de bancarios y gráficos.

En 1950, con una ofensiva anticomunista mundial, empieza la guerra de Corea. En la Argentina, con la crisis se produce un endurecimiento represivo del gobierno peronista contra la prensa opositora. Ese año hay un alivio de la crisis externa, pues con la guerra de Corea se vende carne enlatada a EE.UU., pero resurgen conflictos comerciales con Inglaterra. Mientras tanto, se establecen negociaciones con Estados Unidos debido a la falta de dólares y el problema que esto generaba para las importaciones. La presión imperialista se intensifica con la petición norteamericana de envío de tropas a Corea (el Departamento de Estado y el Pentágono presionaron en toda América Latina). Un sector de las Fuerzas Armadas, de aquel viejo nacionalismo oligárquico, parecía dispuesto a aceptar. Recordemos que en el marco de la ofensiva anticomunista, la mayoría de los países de América

Latina rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, las que se habían establecido durante la Gran Alianza de la Guerra. En 1950 sólo tres países mantenían esa relación: Argentina, México y Uruguay. El gobierno peronista, en el marco de las negociaciones con Washington, pareció subordinarse a esa ofensiva. Corrieron rumores de que se iban a enviar tropas a Corea. En ese momento una importante movilización obrera, que tiene su epicentro en los talleres ferroviarios de Pérez, marcha a Rosario en manifestación contra el envío de tropas. En ella participaron comunistas, pero también activistas y la masa obrera peronista. A tal punto que Perón va en avión a Rosario y declara “que se haría lo que el pueblo quisiese y que ni una gota de sangre argentina sería derramada en Corea”. Este fue el momento culminante de un período de apriete yanqui, con un préstamo del Eximbank concedido a la Argentina. Pero a partir de entonces se vuelve a una situación de enfriamiento y conflicto entre Argentina y EE.UU., que culmina con la expropiación por el Congreso del oligárquico diario *La Prensa*, ligado a la United Press a inicios de 1951.

En este contexto se desarrolló la huelga ferroviaria desde fines de 1950 a principios de 1951. En el marco de las negociaciones del convenio, se inicia la huelga en la línea Roca y se le unen tres líneas más. Logran un acuerdo con el gobierno. Sin embargo, la directiva central de la Unión Ferroviaria interviene ocho seccionales y el gobierno rescinde el acuerdo, reduciendo los aumentos salariales que había prometido, encarcelando y despidiendo a varios huelguistas. La lucha continúa en diciembre y se generaliza. El 19 del mismo mes el sindicato es intervenido, muchos huelguistas son despedidos y los locales clausurados. El gobierno concede el aumento, pero en enero la huelga rebrota en todas las líneas, por la libertad de los presos y otras reivindicaciones. Es declarada ilegal. La propia Eva Perón visita los talleres ferroviarios para exhortar a levantarla; ante la persistencia, Perón decreta la aplicación de la Ley de Seguridad del Estado y la movilización militar de los ferroviarios. La huelga es derrotada y descabezada su dirección. Cerca de 2.000 trabajadores son detenidos y 300 quedan presos.

El gobierno peronista buscaba “racionalizar” los ferrocarriles alegando la búsqueda de la eficiencia de la que carecían, pues los anteriores propietarios británicos no habían invertido en su mantenimiento desde la Primera Guerra Mundial. Para ello, cortaba el hilo por lo más delgado, no aumentándole los salarios a los obreros ferroviarios. Por su parte, en el conflicto participaron diversas corrientes disidentes: el partido socialista, el PCA y peronistas. La dirección de la Unión Ferroviaria quedó girando en el vacío desde el inicio del conflicto por salarios. Los dirigentes subordinados al

gobierno dejaron vacante una dirección que fue ocupada por las seccionales con peronistas, socialistas y comunistas que mantenían la huelga en un accionar independiente del gobierno.

Este conflicto se enmarcó en un escenario político más amplio: la huelga fue apoyada por todos los partidos opositores y por el diario *La Prensa* (este sería el prólogo de su expropiación, defendida en el Parlamento por el joven diputado John William Cooke en 1951) mientras se producía el nuevo enfriamiento con los Estados Unidos. Recrudescen las medidas represivas: es secuestrado y torturado el estudiante comunista Ernesto M. Bravo, generándose un movimiento de denuncia por estos hechos. En un momento de crisis, por un lado el gobierno “ajusta” para abajo, acusando a los obreros ferroviarios de conspirar con la oposición, mientras, por el otro, se despliega efectivamente una conspiración golpista, avalada por sectores políticos, que finalmente eclosionará con el abortado golpe del general Menéndez en setiembre de 1951. En ese año de crisis y de endurecimiento represivo frente a los conflictos obreros que desbordan la política oficial, se desarrolla también la campaña electoral para la reelección de Perón, con la fugaz propuesta de la candidatura de Evita como vicepresidente y su renuncia, el inicio de su enfermedad y, frente al conato golpista, el presunto intento de preparación de milicias sindicales, con un contingente de armas vehiculizado por la Fundación Eva Perón para la CGT.

Abortado el intento golpista, se desplegará con la agudización de la crisis el plan de estabilización de 1952, un plan de ajuste con devaluación y suspensión por dos años de las paritarias. Es también el año de la muerte de Eva Perón. En estas condiciones, el gobierno peronista sigue contando con la sustancial adhesión de una importante mayoría obrera y popular.

### **La estructura sindical y los dirigentes peronistas**

Ese respaldo se manifestó en el terreno electoral pero también en las movilizaciones políticas en las que jugaba un gran papel el movimiento sindical. En esas movilizaciones se expresaba la hegemonía política que el peronismo poseía en amplios sectores de la clase obrera pero también el peso de una organización sindical masiva, verticalizada y subordinada al gobierno. El movimiento obrero fue considerado la *columna vertebral* del peronismo. La CGT unificada adquirió un enorme influjo. Sus afiliados pasaron de 80.000 en 1943, a 1.500.000 en 1947 y 4.000.000 en 1955. La CGT participaba de las reuniones de Gabinete. En el Parlamento, un tercio de los diputados correspondía a la *rama sindical*, que

funcionaba como bloque. El expropiado diario La Prensa fue entregado a la CGT. El gobierno peronista buscó proyectar su influencia sindical a escala regional, latinoamericana. La Cancillería incorporó en las embajadas argentinas “agregados obreros” para el establecimiento de relaciones con movimientos sindicales afines. La CGT argentina constituyó la base de un proyecto de central latinoamericana, Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS), en competencia con la que promovía la AFL-CIO norteamericana y la CTAL, con influencia comunista. En la ATLAS participaron corrientes sindicales de otros países de América Latina, pero dependió estrechamente del sindicalismo peronista y llevó adelante la política exterior de Tercera Posición del gobierno y el impulso a la integración regional.

Desde 1943 con la regulación de las “asociaciones profesionales”, que distinguía inscripción de personería gremial, se estableció expresamente el derecho sindical a la negociación colectiva, que contó con el respaldo de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Recién en 1953 se sancionó la Ley 14250 (de Convenios Colectivos de Trabajo), ratificando el papel central de los sindicatos, al establecer la aplicación de los convenios colectivos a todos los trabajadores de la actividad correspondiente, afiliados y no afiliados.

Ya hemos visto las contradicciones que el proceso de verticalización sindical supuso y que se reflejaron agudamente cuando estallaban conflictos y luchas que iban más allá del marco de la política gubernamental y de la esfera de decisión de las principales jerarquías sindicales. En 1949 se había facultado por estatuto, aunque por pocos votos, a la dirección de la CGT para intervenir los gremios que la componían.

Ese proceso de centralización sindical y subordinación al gobierno implicó crecientes restricciones a la democracia sindical así como la conformación de las jerarquías de dirigentes sindicales, la “burocracia sindical”. Esa dirigencia sindical peronista, particularmente en los estratos superiores, irá funcionando progresivamente como polea de transmisión de arriba para abajo de las orientaciones de la política peronista, desde la cúpula a los delegados de sección. También crecientemente oficiará como tapón de las luchas. En el desarrollo de algunos conflictos, el Ministerio de Trabajo termina fallando a favor de los obreros y los que hacen el trabajo sucio de contención antidemocrática, maniobras y desplazamiento de los sectores combativos son los dirigentes sindicales.

Como antecedentes de subordinación al Estado, se ha señalado que ya en los años 30, con el régimen oligárquico, el propio Estado interviene con sus agentes, propiciando un sindicalismo policial. La evolución de la

corriente “sindicalista”, partidaria de la búsqueda del arbitraje y la protección estatal, con dirigentes pasibles de soborno o de actitudes conciliadoras con las patronales, constituye otro precedente.

Con la génesis y consolidación del peronismo en el gobierno, se produce un salto cualitativo en este tema. Se afirma como dirección política de la mayor parte de la clase y del movimiento obrero, que le brinda su adhesión, una corriente poderosa que enarbola como doctrina la ideología de la conciliación de clases, esencial a la coalición peronista con hegemonía del nacionalismo industrialista, que reflejaba los intereses y alcances de la burguesía nacional de la época. Esa ideología permeó al conjunto de los activistas sindicales peronistas. Desde los sectores combativos y antiimperialistas hasta los más conciliadores y acomodados, todos comparten que, bajo la égida de Perón y el movimiento peronista, la función del sindicato es fortalecer el rol obrero en las negociaciones con los patrones, incluyendo medidas de fuerza, para llegar al objetivo de un acuerdo equitativo, base de la “justicia social”. Negando la objetividad de las contradicciones y la lucha de clases, el objetivo es atenuarla, en los marcos de un movimiento nacional que representa los intereses comunes. Desde ya que existiendo esas contradicciones de clase negadas en la doctrina, esta última contribuye a la pérdida de independencia y a la subordinación de la clase obrera a la burguesía nacional, que el proyecto peronista representaba. Al mismo tiempo, la lucha de clases se abrió paso de todos modos, no sólo en los conflictos obrero-patronales, sino también en la ofensiva de los intereses monopólicos y terratenientes contra la clase obrera y el pueblo y en la conspiración oligárquica y proimperialista contra el gobierno peronista.

Ese fue el componente ideológico que, sin eliminar los aspectos antiimperialistas o combativos de una corriente de activistas peronistas, modeló el rol de los jefes sindicales. No se trata de una conducta meramente “burocrática”, en defensa de los privilegios del sillón. Es preciso determinar los intereses sociales a los que sirve esa “burocracia”. El aspecto antidemocrático, burocrático, de sus métodos y de su práctica como dirigentes, no es la raíz sino una emanación de esa posición política e ideológica, de clase, en función del proyecto nacionalista burgués. En su evolución posterior, trascendiendo el liderazgo de Perón y el período del gobierno peronista, ese componente ideológico serviría de base, cada vez más, para la transformación de muchos dirigentes sindicales formalmente “peronistas” en agentes no de la burguesía nacional o del partido peronista, sino de diversos monopolios imperialistas, de la burguesía intermediaria, de corrientes de las Fuerzas Armadas y de los Servicios de Seguridad, etc.

El aspecto material que favorece la formación de esta jerarquía sindical no es la existencia de una entera capa social privilegiada por encima de otros sectores obreros mayoritarios, de una “aristocracia” obrera, tal como la identificó Lenin, que existe en los países imperialistas. Hasta el presente, esa es una capa que sirve de base a las políticas socialistas de palabra e imperialistas de hecho de las direcciones sindicales en esas sociedades. Es el fruto del “soborno” a escala social que el tributo de los países oprimidos permite brindar a la burguesía imperialista para contener la lucha de clases en su país. Ese fenómeno, más allá de realidades o coyunturas muy localizadas, no existe en un país dependiente y oprimido como la Argentina, donde contingentes de obreros calificados o mejor pagos, pero muy explotados, han motorizado destacados procesos de lucha de ribetes revolucionarios.

En la Argentina, un elemento material que contribuyó a la formación de los jerarcas sindicales fue en ese período la cuota sindical. La sindicalización masiva conlleva la percepción por los sindicatos de una cuota sindical obligatoria por parte de los afiliados. Cuota que manejaron las direcciones. La masividad de las organizaciones sindicales y su estructura verticalizada facilitó que no hubiera un control asambleario desde abajo. En las décadas anteriores, la menor escala de los sindicatos permitía más posibilidades para el control por las asambleas. Se reunían los activistas y en la mayoría de los gremios no había funcionarios rentados. Con la sindicalización masiva que desborda el ámbito local y su estructura vertical, antidemocrática, las posibilidades de la base para controlar a esas cúpulas se redujeron. Se fue formando una casta o un sector profesional, que está en la “carrera sindical”. Además se crean en estos sindicatos masivos cargos administrativos no electivos, full time, de empleados, asesores y administradores. Después de 1948 se van formando proveedurías, turismo, elementos que facilitan el bienestar social de los afiliados pero dan cuotas de poder importante a estos jerarcas sindicales que manejan el sindicato.<sup>4</sup>

Los dirigentes de las cúpulas sindicales, por estatuto, son los que intervienen en las negociaciones paritarias, cada vez más lejos de la decisión

---

4. Después de 1966, con la dictadura de Onganía, las direcciones sindicales obtendrían el manejo de los cuantiosos fondos de aportes obligatorios patronales y obreros para las Obras Sociales. En la década del 90, en otro salto cualitativo, las dirigencias sindicales que avalan las privatizaciones y la flexibilización laboral del menemismo, participan como “sindicalistas empresarios” en los consorcios y contratistas de las empresas privatizadas y en las administradoras de fondos de pensión privadas en desmedro de la jubilación estatal.

democrática de la mayoría. Las decisiones se concentran en las cúpulas subordinadas verticalmente a un gobierno que premia o castiga según se controlen mejor los conflictos, lo que va favoreciendo el conformismo. Así se fueron convirtiendo en instrumentos de control impidiendo la democracia sindical y persiguiendo a agrupaciones y militantes combativos y de la izquierda. Muchas veces operando como uno de los instrumentos que en las filas del comunismo se denunciaba como la “Santísima Trinidad”: las patronales, la burocracia sindical y la policía.

El gobierno peronista contaba con esa base organizativa para la acción de su movimiento, su principal respaldo político en la movilización callejera y en las elecciones. Pero también necesitaba a las organizaciones sindicales como medio de control de la clase obrera, de modo que esta no desbordara con un accionar independiente los marcos reformistas del proyecto gubernamental. Esta doble motivación determina la intervención estatal a favor de los dirigentes sindicales que buscan el calor del respaldo oficial. Elemento paradójico, porque así trepan muchos dirigentes que no sirven para lograr la adhesión de los obreros y el pueblo. Es una contradicción para el peronismo, para la dirección peronista.

A lo largo del período, hasta el 1955, en reiteradas oportunidades se abrieron brechas entre las cúpulas y las bases sindicales, expresión de esas contradicciones sociales. Entre 1951 y 1952 fue el pico de la crisis, el año del pan negro (pues se debió racionar la harina de trigo para destinar a la exportación), del plan de estabilización que, como vimos, con una devaluación, luego de un aumento de salarios que queda por debajo del aumento de precios, los congela suspendiendo por dos años las paritarias. Es decir, un plan de ajuste aunque sin pedir préstamos externos. Hay una caída de los salarios, de la actividad y también de las huelgas. Frente al conato golpista el gobierno conserva el básico respaldo de una importante mayoría popular, lo que permite la reelección presidencial. Luego viene la muerte de Eva Perón que había jugado un papel muy importante no sólo en la adhesión de sectores populares, con la Fundación, el partido femenino y todo su trabajo de acción social, sino también en los vínculos de la jerarquía sindical con el gobierno.

Después de la muerte de Evita, en el acto del 17 de octubre de 1952 en Plaza de Mayo, se produce una silbatina generalizada cuando habla José Espejo, el secretario de la CGT. La masa obrera le hace pagar a la dirección de la CGT la intervención en los gremios durante el momento del ajuste. Por eso, después de 1952, el gobierno buscará promover un recambio sindical, porque esos dirigentes no contaban con el respaldo



de las bases; como diría Perón, eran “píantavotos”. Había que reemplazarlos pues su rol de polea de transmisión hacia abajo no funcionaba. Renuncia Espejo y cambia todo el Consejo de la CGT. En los distintos gremios, como textiles, gráficos, telefónicos, construcción, etc., entre 1953 y 1954 surgen nuevas listas peronistas y el Ministerio de Trabajo apoya esas nuevas listas.

### **La salida de la crisis: los límites de las reformas peronistas**

Al mismo tiempo, hay una recuperación económica, la industria vuelve a crecer a niveles anteriores al de 1949, al 8 y 9% durante 1953 y 1954. El gobierno vuelve a tener un gran respaldo y gana en abril de 1954 con el 60% de los votos. Pero se inicia un curso crecientemente conciliador con el capital extranjero y los terratenientes. Un nuevo plan quinquenal se propone avanzar en los nudos de la industria pesada, y para eso contempla otorgar un rol “complementario” a las inversiones extranjeras. Esa apertura al capital extranjero se dará con una nueva ley de inversiones que promueve la inversión imperialista en la industria y la minería sobre la base de conceder a las nuevas empresas que se instalasen el derecho a remitir al exterior como ganancias, luego de dos años, hasta un 8% sobre el capital invertido declarado (hasta ese momento, las empresas extranjeras sólo podían remitir un 5% anual, dada la escasez de dólares). IKA (Industrias Kaiser Argentina) se instala en Córdoba. También vienen la Mercedes Benz y otras. Se iniciarán las negociaciones petroleras con la California (filial de la Standard Oil). Un rumbo conciliador que será aprovechado por el capital extranjero, aunque los círculos imperialistas no quedarán conformes y exigirán nuevas concesiones. Según afirmaban los diplomáticos norteamericanos, el 8% era insuficiente para atraer inversiones masivas.

Con respecto al sector terrateniente, Perón afirmaría en un discurso en el Teatro Colón que el peor latifundio era el “fiscal” y otorgaría concesiones en materia de precios y de subsidios del IAPI. El IAPI controlaba las exportaciones de cereales, implementando una nacionalización parcial del comercio exterior. En época de buenos precios internacionales fijaba un precio interno que garantizaba la actividad del pequeño agricultor, pero se embolsaba una “feta” de renta agropecuaria y superganancias de los exportadores, para aplicarla a la industria. Por su lado, los chacareros se veían compensados con la ley de arrendamientos del año 1948, que los congeló. Pero a partir de la crisis, el IAPI invierte su rol, subsidiando al sector tradicional del agro. La Sociedad Rural saludó el nuevo rumbo del

gobierno pero declaró que las cosas no mejorarían hasta que no se liberara la “oferta” de tierras, es decir, que se eliminara la ley de arrendamientos para que los terratenientes dispusieran de la tierra como quisieran. Pese al rumbo conciliador del gobierno, esos intereses formarían filas detrás del golpe de Estado de 1955.

El proyecto reformista del peronismo choca con la persistencia del latifundio y de los intereses terratenientes y la persistencia de los monopolios extranjeros y sus socios internos. La estructura dependiente y latifundista pone límites concretos al propio proyecto económico de industrialización. Frente a esos límites el gobierno retrocede y promueve una nueva política basada en el incremento de la productividad. Es decir, elevar las tasas de ganancia reforzando la explotación obrera. Desde 1952 se despliega esta política en función de la cual se organiza un Congreso de la Productividad conformado por la CGT y la CGE (la Confederación General Empresaria que con base en la industria expandida en el período organizó José Ber Gelbard, afiliado al PCA, que agrupó con el aval gubernamental a todas las corporaciones empresarias). El Congreso se inauguró en marzo de 1955, apuntando a que por la vía de los acuerdos se modificaran las condiciones de trabajo y salariales, horarios y ritmos, etc. Esa iniciativa fracasó.

Desde 1953 se inicia un despliegue de asambleas obreras en un movimiento que apunta a recuperar el terreno perdido con el plan de estabilización de 1952. Como las huelgas no eran bien vistas por el gobierno y a veces las prohibía, en muchos gremios se aplicó la medida del “trabajo a desgano”. Esta modalidad se generaliza, impulsada también por algunas jerarquías sindicales, porque permite desestabilizar la producción sin arriesgar el cobro de los salarios y evita la prohibición oficial. El PC y la izquierda criticaban esa modalidad argumentando que restringía la organización y protagonismo de la masa obrera.

Perón critica en un discurso a las comisiones internas y sindicatos que aplican el trabajo a desgano, porque, afirma, negocian directamente con las patronales y obtienen concesiones por fuera de los convenios. Y advierte que eso está prohibido. Se acercaba el fin del período de dos años con las paritarias suspendidas. El año 1954 se inicia con la nueva ley 14250, de Asociaciones Profesionales, que regirá durante muchas décadas. Esta ratificaba el convenio colectivo centralizado, con participación del sindicato que contara con personería gremial, y la homologación del Ministerio de Trabajo. El Estado aprobaría los acuerdos mientras no afectaran “la economía general” y a “los consumidores”, cláusula dirigida

a impedir que la presión obrera afectara las ganancias empresarias y la “productividad”.

Apenas ratificado el respaldo popular al gobierno peronista en las elecciones de abril de 1954, explotan los conflictos de cara a los convenios colectivos. Importantes contingentes obreros muestran disposición a la lucha: “ahora es la nuestra”. Perón opta por salir de la primera línea y, al revés de su teoría, dejar que sean las relaciones de las fuerzas sociales las que dictaminen el resultado final de los convenios. El gobierno en principio no intervendría. Pero la brecha era muy grande entre los reclamos de los sindicatos, que exigían un 40% de aumento, y las empresas, que sólo querían dar del 3 al 5%.

Se suceden en mayo varias huelgas generales de distintos gremios: textil, calzado, cemento, metalúrgico, caucho, seguro... La mayoría negocia acuerdos de entre un 15 y un 18% a fin de mayo. El conflicto se agudiza con las grandes huelgas del caucho y, sobre todo, de los metalúrgicos. Las patronales querían aumentar sólo un 3%, la UOM lanza el paro nacional y se firma un primer convenio con aumentos salariales. No se mencionan modificaciones en las condiciones de trabajo instituidas en el convenio anterior (reflejando la resistencia a la racionalización industrial en aras de la productividad del movimiento obrero). Pero las bases, incluyendo corrientes sindicales peronistas, lo rechazan, desconocen el convenio, pasan por encima de la dirección sindical de la UOM y forman Comités de huelga por empresa y un Comité de huelga general con peronistas no subordinados a la dirección del sindicato, el PC con una fuerte presencia de activistas, y fuerzas trotskistas en Avellaneda. El movimiento convoca a un gran acto en la Federación de Box, donde participan 25.000 personas. Una marcha a la Plaza de Mayo, presuntamente para pedir entrevistarse con el gobierno, es reprimida. Finalmente, aunque se logra un aumento, la huelga es derrotada, hay despidos y presos, represión, y funcionarios y jerarcas sindicales de la UOM denuncian infiltración comunista.

En este contexto, el gobierno fracasa en la ofensiva de la productividad. La CGT, a cuya cúpula se le asigna el papel de control, no puede subordinar al movimiento obrero que se niega a ceder conquistas. No se pueden cambiar los estatutos de las comisiones internas ni revisar la legislación vigente. Esta situación esteriliza la realización del Congreso de la Productividad.

Ya el panorama político lo tiñe todo: está en marcha un proceso de despliegue de la oposición golpista y de debilitamiento y repliegue del gobierno peronista, al tiempo que éste endurece sus aspectos represivos

frente a sectores populares que no se le subordinan. En este contexto los monopolios, la gran burguesía intermediaria y los terratenientes forman un bloque contra las reivindicaciones obreras y contra el gobierno peronista.

Al mismo tiempo, en la política gubernamental de concesiones a esos intereses y de ajuste respecto de los asalariados, se refleja también la dualidad de la burguesía industrial expandida bajo el peronismo, dualidad determinada por su posición de clase, en contradicción con la dependencia y en contradicción con la clase obrera. Su acumulación ha chocado con los techos alcanzados por las reformas peronistas y los límites impuestos por la dependencia y el latifundio. Por eso reclama ajustar “para abajo” para elevar sus ganancias. Luego, con el golpe de Estado de la “Revolución Libertadora”, vendrá la restauración oligárquica e imperialista y con ella una ofensiva antiobrera y antipopular, de políticas proterratenientes y de apertura plena al capital extranjero que también irán debilitando a amplios sectores de esa burguesía nacional.

### **El gobierno y la clase obrera frente al golpe de 1955** **Algunas conclusiones**

El carácter reformista del proyecto peronista implicó la utilización del viejo aparato del Estado, para llevar adelante sus políticas. A la hora de la verdad, el Estado, aun con todas las reformas, respondió con el golpe. Nunca como con el peronismo, un movimiento político distinto de los intereses oligárquicos tradicionales llegó a controlar en una medida importante palancas del Estado, en el gobierno, en la burocracia técnica e industrial, en las empresas estatales, en las propias Fuerzas Armadas. Sin embargo, con el golpe de 1955, igual que con el de 1930, el Estado respondió a sus verdaderos dueños, debilitados pero no expropiados, alzándose contra las masas populares, contra el gobierno peronista, e imponiendo una dictadura militar en función de los planes que las clases dominantes necesitaban. En el 55, toda la oligarquía y la mayor parte de la burguesía buscaban la caída del gobierno.

A la vez, el gobierno peronista se había malquistado con importantes sectores populares a los que reprimía y restringía en sus libertades y reivindicaciones, invocando para ello la representación del movimiento obrero. En la medida en que se debilitaba, se agudizaban sus aspectos antidemocráticos, que eran padecidos sobre todo por sectores populares, especialmente capas medias, intelectualidad y movimiento estudiantil, y no por las clases dominantes. Entregaba así en bandeja amplios sectores medios a

manos de las fuerzas golpistas. Es decir, se reforzaba una división política importante en el campo del pueblo que ya venía de 1945.

Así se facilitó el accionar golpista. El gobierno fue impotente para unir en torno suyo a las fuerzas y sectores populares que podrían defenderlo y la clase obrera se vio totalmente imposibilitada para encabezar un movimiento que enfrentara el golpe de Estado. Hubo contingentes obreros dispuestos a hacerlo, pidiendo incluso armamento para el pueblo al gobierno. Por su parte Perón, después del conato golpista de junio de 1955 con el sangriento bombardeo de la Marina en Plaza de Mayo, inició un período de “conciliación” política rechazada por la oposición, exhortó luego a la movilización de sus bases, agitó en agosto la amenaza de milicias populares, lo que contrastó con su pasividad frente a las fuerzas golpistas, aun cuando contaba con sectores militares leales. Como justificaría después, Perón eligió “el tiempo y no la sangre”, evitando la movilización revolucionaria de masas requerida para un enfrentamiento exitoso. (Aunque así se inauguró un largo tiempo de opresión y, con ella, un gran derramamiento de sangre obrera y popular).

A pesar de la gran fuerza de los sindicatos, convocados a movilizarse a favor del gobierno en acciones pacíficas, éstos son totalmente impotentes para defenderlo a la hora de la verdad. Aquí vemos nuevamente en una coyuntura tan dramática la falta de una propuesta política independiente que convocara a la lucha contra el golpe en gestación, uniendo a los demás sectores populares. Así la fuerza del movimiento sindical peronista se evapora en su falta de autonomía política.

El control por el gobierno peronista de los sindicatos le brindó una enorme capacidad de movilización popular y un gran respaldo político y electoral, pero al mismo tiempo fue un instrumento para controlar a la clase obrera subordinándola a los planes del nacionalismo industrialista. Frente al golpe, la dirección peronista retrocede, temerosa de desatar las fuerzas de la clase obrera y el pueblo para enfrentarlo. Por otra parte, a lo largo de los diez años de gobierno, éste se vio muy condicionado por las demandas obreras y de esa estructura sindical, en cuanto a las garantías y reivindicaciones logradas y las concesiones para mantener ese apoyo y esa movilización.

Esta dualidad no debe opacar la visión de la hegemonía, de arriba para abajo, de esa dirección política sobre las bases, que llevó a esa impotencia frente al golpe. A la vez, esa dualidad, expresión de la contradicción entre la base obrera y la dirección burguesa, operaba de modo subordinado a un proceso en el que se agudizó la contradicción fundamental de la sociedad

argentina (la que oponía al pueblo contra las clases dominantes y el imperialismo que operaron detrás del golpe).

Con respecto a otras fuerzas políticas operantes en el movimiento obrero, el Partido Comunista –que tuvo un rol destacado en las huelgas del 54 y sufrió represión y encarcelamientos– no formuló una política para enfrentar el golpe en marcha. Nunca revisó a fondo sus posiciones en la Unión Democrática y aunque en otros períodos buscó diferenciarse de la “oposición sistemática”, la definición de corporativismo fascista adjudicada a la dirección peronista fue la tendencia predominante. Por eso, la unidad gestada en la lucha gremial entre obreros peronistas y comunistas se convertía en escisión al plantear sus formulaciones políticas con respecto al gobierno. Al no precisar el carácter nacionalista burgués del gobierno ni diferenciarlo de las clases dominantes, el PC no podía disputar la dirección de masas con independencia en el terreno, común al campo popular, del enfrentamiento a la oligarquía y al imperialismo como blanco de la lucha. Por otra parte, el PC –careciendo de una política de hegemonía proletaria– en alianza con sectores terratenientes y militares liberales dentro del campo golpista había abandonado en los hechos la vía revolucionaria, coincidiendo así con las posiciones de la URSS que se oficializarían en 1956 de la “vía pacífica para la conquista del poder”. Frente al movimiento sindical peronista el PC promovía un movimiento “pro-democratización e independencia de los sindicatos”. La definición clasista que había impulsado en los años 30 quedó sepultada por mucho tiempo y recién renacería en los 60 enarbolada por una nueva izquierda revolucionaria.

Frente al gobierno peronista, otras fuerzas de izquierda oscilaron entre un enfrentamiento en bloque y un “entrismo” dentro del peronismo sindical para disputar la dirección, lo que las llevaba ya al seguidismo, ya a poner al peronismo como blanco principal.

Respecto de la ausencia de una propuesta política independiente de la clase obrera que pudiera encabezar la lucha contra el golpe es importante observar lo siguiente: en la época histórica contemporánea la experiencia muestra que en los países dependientes al movimiento popular lo dirige la burguesía nacional con salidas reformistas que van a la derrota (en cuanto sus propios fines), o los dirige una propuesta revolucionaria de la clase obrera capaz de unir a todo el pueblo, como sucedió por aquella época con la revolución china o cubana.

Si la clase obrera no cuenta con partidos revolucionarios que puedan dirigir al movimiento popular en la lucha contra sus enemigos, en distintas ocasiones sectores de burguesía nacional dirigen a la clase obrera, no

sólo porque realizan reformas antiimperialistas y garantizan así conquistas sociales más o menos importantes sino porque dirigen políticamente, considerados por las masas como un instrumento para limitar y golpear a las clases dominantes y sus socios extranjeros. Por lo tanto es natural que surjan Cárdenas en México, Vargas en Brasil o los nacionalistas bolivianos, logrando apoyo de masas al expresar programas políticos burgueses nacionalistas en distinto grado y profundidad, en países que padecen la opresión imperialista. Este componente, vinculado a la dependencia y a las contradicciones que genera, es el que está ausente en la mayor parte de las teorizaciones sobre aquellos “populismos” latinoamericanos del período.

En el caso argentino, la particularidad más notable del movimiento peronista, comparado con otros movimientos nacionalistas latinoamericanos, fue la de dirigir a la mayor parte de la clase obrera, en un país donde esta tiene un gran peso social, lo que le dio su peculiar carácter, su vigor para afirmar sus reformas, pero también lo limitó por temor a la potencialidad revolucionaria de esa clase obrera.

Por otra parte, para comprender el fenómeno del peronismo y su hegemonía sobre el movimiento obrero es preciso tomar en cuenta el contexto internacional: la Segunda Guerra Mundial encumbró por un lado a Estados Unidos como gran potencia imperialista hegemónica en Occidente, lo que fue padecido particularmente por los países latinoamericanos. Pero por otro lado, el triunfo antifascista contra el nazismo alumbró la expansión del socialismo en Europa Oriental, el auge de poderosos movimientos obreros con direcciones comunistas, prestigiadas por la lucha antifascista, y, con el debilitamiento de los imperialismos europeos, un auge anticolonial y antiimperialista cuya expresión más elevada en aquel momento fue el triunfo de la Revolución China, que a la vez, amplió el campo socialista. Sin este contexto no se pueden comprender tanto los alcances reformistas y nacionalistas de la dirección peronista de entonces (que expresaba intereses nacionalistas burgueses estimulados por ese contexto) como las modalidades y estilos de su accionar político respecto del movimiento obrero, en aquella época de ascensos revolucionarios y conquistas obreras a escala mundial.

Frente al golpe el pueblo estuvo dividido, desunido y desarmado. Los golpistas aprovecharon hábilmente la división entre peronistas y antiperonistas. El gobierno no convocó al pueblo a enfrentarlo y la clase obrera no contó con una línea y una organización gremial y política que pudiera dirigir la lucha y la unidad contra el golpe antidemocrático, proterrateniente y proimperialista.

Pasaría mucho tiempo después de 1955 para que la fractura en el campo popular fuera suturándose en la lucha común, obreros y estudiantes, peronistas y no peronistas, contra las dictaduras que vendrían. También las experiencias vividas con el peronismo y el golpe de 1955 y las posteriores fueron creando las condiciones para que surgieran propuestas superadoras: una corriente clasista antiimperialista que planteara la hegemonía obrera y la unidad popular en la lucha antiimperialista y antioligárquica.

### **Bibliografía básica**

Basualdo, V., “Los delegados y las comisiones internas en la historia Argentina: 1943-2007”, en Azpiazu, D., Schorr, M. y Basualdo, V., *La industria y el sindicalismo de base en la Argentina*, Buenos Aires, *Cara o Ceca*, 2010, pp. 81-157.

Brega, J., *Conversaciones con Otto Vargas*, Buenos Aires, Ágora, 1997.

Del Campo, H., *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, Colección Biblioteca de Ciencias Sociales. Colección Histórica, 1983.

Doyon, L., *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

— “La formación del sindicalismo peronista”, en Torre, J.C., *Los años peronistas (1943-1955)*, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, tomo VIII.

Rapoport, M. y Spiguel, C., *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo*, Buenos Aires, Emecé, 2009.

Schiavi, M., *El poder sindical en la Argentina peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013.



## Las luchas de fines de la década de 1960 y principios de la de 1970

**Silvia Nassif y Brenda Rugar**

A fines de la década de 1960 y principios de la de 1970 se abrieron nuevos caminos en la Argentina con los levantamientos populares como el Cordobazo, el Rosariazo, el Tucumanazo y todos los otros “azos”, protagonizados por el movimiento obrero junto a diferentes sectores populares, como los estudiantes. En la actualidad, el análisis de este período cobra importancia en función de conocer en profundidad los hechos llevados a cabo por el campo popular y retomar ese camino en las condiciones del momento. Más aún ya que aquellas luchas quedaron truncas, producto de la última dictadura militar en nuestro país.

El período que comprende los años de la dictadura autodenominada “Revolución Argentina”, 1966-1973, puede ser dividido en dos momentos, teniendo como hilo conductor la protesta social: un primer momento, desde 1966 hasta mayo de 1969, en el que primó el estado de confusión y de diversas expectativas y el repliegue de las fuerzas populares. No obstante, en ese período se llevaron a cabo las huelgas de los azucareros, portuarios y ferroviarios. El año 1968 fue bisagra, de transición, con la lucha de los petroleros, la conformación de la CGT de los Argentinos como un polo opositor a la dictadura y el llamado a un paro nacional por parte de la Federación Universitaria Argentina.

Un segundo momento se produce a partir del año 1969, con los levantamientos populares denominados “azos”, como el Correntinazo, el Rosariazo y el Cordobazo. Estos hechos significaron un salto en calidad e inauguraron un período de auge de luchas populares que se extendió, con diferentes matices, hasta el año 1973. El año 1972 fue clave, pues se generalizaron los levantamientos en diferentes partes del país, teniendo lugar el Mendozazo, el segundo Tucumanazo o Quintazo y el Rocazo.

Todos estos levantamientos se destacaron por ser rebeliones populares urbanas con un importante componente obrero-estudiantil. En ellas confluyeron distintos sectores de asalariados y de la pequeña burguesía. Se desarrollaron significativos enfrentamientos con las fuerzas represivas de la dictadura, que en algunos casos desbordaron el accionar policial e implicaron la intervención del Ejército, generando una notable movilización de masas y la ocupación de una parte considerable de las ciudades. En distintas ocasiones, estos “azos” provocaron el debilitamiento del poder político tanto a escala provincial como a nivel nacional, configurando una causa determinante —junto con las contradicciones internas del régimen— de los recambios dictatoriales. Al mismo tiempo, potenciaron el desarrollo y avance de las organizaciones populares, sindicales y políticas.

### **Características generales y recorrido del movimiento obrero hasta 1966**

A partir del derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955, la Argentina asistió a un proceso de intensificación de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la estructura de país dependiente, disputado por distintos imperialismos, en el que perduró el latifundio. Las transformaciones durante la posguerra, con un alto grado de industrialización y una clase obrera con un peso económico considerable y un elevado grado de sindicalización, junto con el desarrollo del empresariado nacional, encontraron su límite al no haberse llevado a fondo un proceso que permitiera al país un curso independiente, tanto en lo político como en lo económico.

Caído Perón, en este contexto se manifestó una puja entre la política de ajuste que querían implementar los sucesivos gobiernos (de facto o democráticos) y la resistencia por parte de los sectores populares. Preocupaba a las clases dominantes qué hacer con las masas peronistas y con las conquistas sociales y económicas de la clase obrera obtenidas durante el gobierno de Perón. El tema de la “desperonización” se planteó desde el inicio de la autodenominada “Revolución Libertadora” y continuó irresuelto durante los 18 años del exilio de Perón, con la alternancia de gobiernos débiles, democracias tuteladas y dictaduras.

A partir de 1955, las clases dominantes aplicaron distintos métodos para enfrentar a las masas peronistas. En el primer momento, con el general Eduardo Lonardi se postuló “ni vencedores ni vencidos”, buscando una política de integración. En ese marco, la dirección de la CGT renunció y asumieron provisoriamente Andrés Framini y Luis Natalini. No obstante,

la represión dictatorial se endureció durante el segundo turno de la “Revolución Libertadora” –o “Fusiladora”, como se la llama en alusión a la masacre del levantamiento del Gral. Valle en 1956–, encabezado por Pedro Eugenio Aramburu, quien sostuvo una política menos conciliatoria, e intervino la CGT, que pasó a estar en manos de Patrón Laplacette.

Frente a estos hechos se fue organizando la “Resistencia” del movimiento obrero y popular, que excedió al peronismo, aunque este tuvo en ella un rol fundamental. Esta resistencia recorrió diferentes etapas: del 1955 a 1958, la rebelión popular fue más espontánea y territorial. A partir de 1958, se abrió un nuevo y segundo momento en el que la protesta fue más organizada, desde las fábricas, con planes de lucha. Se fueron destacando dirigentes combativos como Raimundo Ongaro, Amado Olmos y Agustín Tosco.

En 1957 se convocó a un Congreso Normalizador de la CGT, del que finalmente el movimiento obrero salió dividido, con el surgimiento de las “62 Organizaciones”. Este nucleamiento inicialmente incluía a peronistas y a comunistas, pero al poco tiempo los comunistas se retiraron y organizaron el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS). Por otra parte, se habían conformado los “32 Gremios Democráticos”, integrados por antiperonistas e independientes. En septiembre de 1957, alrededor de cuarenta gremios convocaron a un paro general nacional que tuvo un alto grado de acatamiento.

Por su parte, la CGT de Córdoba convocó en 1957 a un Plenario Nacional de Delegaciones Regionales, de la CGT y de las 62 Organizaciones, realizado en la localidad de La Falda. Allí se aprobó el “Programa de La Falda” que, junto con el de “Huerta Grande” de 1962, delinearon una propuesta que mostraba la radicalización en el seno del movimiento obrero: se exigía la expropiación de latifundios, la nacionalización del comercio exterior y el control obrero de la producción.

Bajo el turno presidencial de Arturo Frondizi (1958-1962), un sector de las clases dominantes intentó integrar al movimiento obrero, con la cooptación de una parte de su dirigencia. Al mismo tiempo, practicó una política de “racionalización económica”, que significaba la intensificación de los ritmos de producción y la extensión de la jornada de trabajo, política que entraba en abierta contradicción con los intereses de la clase obrera.

Por ello, a principios del año 1959 se produjo en la Argentina una oleada de intensas protestas. Una de ellas fue la emblemática toma, en enero de ese año, del frigorífico nacional Lisandro de la Torre, por sus 9.000 trabajadores en contra de la privatización. Contaron con la solidaridad de la población del barrio de Mataderos, llegando a concentraciones de más de

30.000 personas. A partir de esa toma, la oposición del movimiento obrero al presidente Frondizi se intensificó: los paros metalúrgicos, las huelgas azucarera y ferroviaria en contra de la implantación del Plan Larkin y también conflictos en las industrias Kaiser son una muestra de ello.

A su vez, Frondizi profundizó la represión con la implementación del Plan Connoción Interna del Estado (CONINTES), por el que se procesaron a más de 3.500 personas. Todos estos hechos implicaron el resquebrajamiento del pacto entre Perón y Frondizi, que había posibilitado que este último ganase las elecciones con parte del electorado peronista.

A pesar de las políticas llevadas a cabo por la dictadura de 1955 y el gobierno constitucional de Frondizi, en 1962 la CGT continuaba siendo una organización poderosa. En una población económicamente activa de 7.833.000 personas, el 71% eran asalariados y la Central de los Trabajadores agrupaba a 2.600.000 trabajadores sindicalizados.

En enero de 1963 se realizó un nuevo Congreso Normalizador de la CGT y José Alonso asumió la secretaría general. La CGT pasó a tener un papel más combativo y estableció en abril un “plan de lucha”, con un alto grado de combatividad por parte de las bases obreras.

En el interior de la Central, se desarrollaba una sórdida disputa entre diferentes grupos de jerarcas sindicales, al tiempo que se multiplicaban las luchas obreras en diferentes lugares del país. Bajo el gobierno de Arturo Illia (1963-1966), la CGT, presionada por las bases, convocó al segundo plan de lucha, del que participaron más de 4.000.000 de trabajadores con más de 11.000 establecimientos fabriles tomados. Para la organización de este plan fue importante el rol que tuvieron los cuerpos de delegados.

En este contexto, Illia estableció el decreto N° 969 para reglamentar la Ley de Asociaciones Profesionales. Con él se intentaba descentralizar la negociación sindical, incentivando que los convenios se establecieran directamente entre las fábricas y la patronal. También se incluía la diversificación de los recursos que tenían los sindicatos y que éstos estuviesen en manos de las filiales del interior.

Conforme los diferentes gobiernos iban dándose estrategias para cooperar a una parte del movimiento sindical, se fortalecían dirigentes como Augusto “el Lobo” Vandor. Este planteó una suerte de “neoperonismo” o peronismo sin Perón, llegando a dividir a los peronistas. La disputa entre Perón y Vandor se fue intensificando. Esto se manifestó en el plano político y también en el sindical. El conflicto en el plano político se dirimió en las elecciones de Mendoza, en la que se presentaron dos fórmulas, una apoyada por Vandor y la otra por Perón. Aunque ninguna llegó a ganar las

elecciones, el candidato apoyado por Perón obtuvo más voto que el alentado por “el Lobo”. Previamente, el líder exiliado había enviado a su esposa María Estela Martínez con el propósito de reorganizar el partido. En el plano sindical, Perón incentivó la división de las 62 Organizaciones: una parte quedó con Alonso, la denominada “62 Organizaciones de pie junto a Perón”, que acataban las directivas emitidas desde Madrid, y la otra fue los “62 leales a Perón” que eran, en realidad, leales a Vandor.

### **Situación internacional**

Lo que sucedía en nuestro país estaba en sintonía con lo que ocurría en el resto del mundo. En el marco de la Guerra Fría, signada por el enfrentamiento entre el bloque encabezado por los Estados Unidos y el bloque político, económico, social e ideológico dirigido por la Unión Soviética, se desarrollaron grandes revueltas y distintos movimientos de liberación nacional y social en Asia, África y Latinoamérica.

De estas rebeliones destacaremos dos por los debates que generaron en el campo popular. Por un lado, el triunfo de la Revolución China en 1949 –en un país semi colonial y semi feudal–, aportó elementos al campo socialista para comprender cómo es el desarrollo de las revoluciones en los países oprimidos. Con ello se profundizó en la diferenciación de los distintos tipos de países y el carácter de las revoluciones, los frentes revolucionarios a través de los cuales pueden triunfar y el camino para hacerlo, ya que la Revolución China fue la primera triunfante del campo a la ciudad y no por la vía insurreccional.

Algunas de estas polémicas se reeditaron con la Revolución Cubana, primera revolución socialista triunfante en América Latina, conmoviendo al imperialismo yanqui. La misma abrió un nuevo panorama en el Continente, con debates acerca de la vía para la revolución: ¿a través de un foco guerrillero o de modo insurreccional? Ante el temor del “contagio comunista”, los Estados Unidos desarrollaron la “Doctrina de Seguridad Nacional”, orientando a las Fuerzas Armadas aquí a trabajar sobre hipótesis de conflictos en que el “enemigo” se encontraba en el interior de los países.

A mediados de los años 60, al mismo tiempo que se desarrollaban la Revolución China, la Revolución Cubana y los movimientos de liberación nacional y social de Asia y África, se manifestó en los Estados Unidos una debilidad relativa. Sin dejar de ser un imperialismo sumamente ofensivo, la guerra de Vietnam le generó múltiples cuestionamientos internos, que

se conjugaron con una crisis económica y política, en parte producto del desenlace desfavorable de la contienda.

Hacia 1968 el Mayo Francés marcó un salto en las luchas obreras y populares. Allí, obreros y estudiantes se apropiaron de las calles parisinas y de otras ciudades francesas, con reivindicaciones que fueron profundizándose hasta poner en cuestionamiento al propio sistema capitalista. En ese sentido, la unidad obrero-estudiantil fue parte de un contexto mundial de radicalización. Otro elemento de la época –no menor para el estudio de la clase obrera y popular y las fuerzas de izquierda–, lo constituyó la división del movimiento comunista internacional a partir de la ruptura de relaciones en 1963 entre los Partidos Comunistas de la Unión Soviética (PCUS) y de China (PCCh). Ya desde 1956 Mao Tsetung denuncia que se había abandonado la vía revolucionaria en la URSS, se habían sentado las bases para el “tránsito pacífico al socialismo”, la coexistencia pacífica entre EE.UU. y la URSS y la división internacional del trabajo socialista. Dichas afirmaciones fueron sistematizadas, tras lo que se denunció la restauración del capitalismo en la URSS y se teorizó sobre la continuidad de la lucha de clases aún bajo el socialismo, dando una lucha activa en el interior de la República Popular China para evitar que sucediera lo mismo que en la URSS. Esa lucha cristalizó en el impulso de la Revolución Cultural Proletaria a partir de 1966.

### **La radicalización en los años 60**

La selección de hechos y momentos del apartado anterior nos alumbró sobre tres aspectos: a) expresa una agudización de la lucha de clases en el período; b) las revoluciones (sus triunfos, desarrollos y derrotas) aportan experiencias y debates, y abren nuevos interrogantes; y c) muestran los debates en el interior del movimiento comunista internacional entre reforma o revolución.

En Argentina estos debates se articularon con la “cuestión del peronismo”. Producto de esto, en las organizaciones revolucionarias se produjeron distintas rupturas y cambios en las tácticas de cómo entender al peronismo y a las masas peronistas: por ejemplo, la ruptura del Partido Socialista y el surgimiento primero del Partido Socialista de Vanguardia y luego, de Vanguardia Comunista. También las múltiples fracturas en el Partido Comunista Argentino; una de las más importantes desembocará en el nacimiento del Partido Comunista Revolucionario.

El golpe de Estado en Brasil en 1964 y la posterior invasión de los marines estadounidenses a Santo Domingo fueron en América Latina el

preludio del golpe de Estado por parte de la autodenominada “Revolución Argentina” contra Arturo Illia, en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional alentada por los Estados Unidos.

El derrocamiento de Illia volvió a plantear la necesidad de las clases dominantes de dar fin a la crisis abierta a partir del derrocamiento del gobierno de Perón. Para ello, presentaron al gobierno radical como débil e ineficiente, satirizando al Presidente a través de los medios de comunicación con la figura de una tortuga. Sin embargo, las verdaderas causas del golpe fueron sus medidas de tinte nacionalista, como el no envío de tropas argentinas a la República Dominicana; la ley de medicamentos que favorecía a las pequeñas y medianas empresas nacionales, perjudicando a los grandes monopolios farmacéuticos; y la anulación de los contratos petroleros que había firmado Frondizi, principalmente en beneficio del imperialismo estadounidense.

En la realización del golpe coincidieron diferentes corrientes de los sectores de las clases dominantes. No obstante, rápidamente comenzaron a manifestarse los desacuerdos existentes entre ellos. En parte, esto explica la sucesión de diferentes turnos durante la dictadura: Juan Carlos Onganía (1966-1970), Roberto Levingston (1970-1971) y Alejandro A. Lanusse (1971-1973).

El “Estatuto de la Revolución Argentina” establecía la eliminación de la división de poderes: los poderes Ejecutivo y Legislativo se concentrarían en la persona designada como Presidente, y los nuevos jueces designados para la Corte Suprema de Justicia debían jurar priorizando sus disposiciones por sobre las de la Constitución. Otras medidas tomadas por la dictadura fueron la prohibición de los partidos políticos y la intervención de las universidades nacionales.

A diferencia de los golpes de Estado anteriores, Onganía no fijó plazos para el llamado a elecciones. Por el contrario, el dictador sostuvo que iba a estar en el poder el tiempo que hiciera falta, estableciendo tres etapas. La primera, el tiempo económico, consistía en modernizar y volver eficiente la economía acorde a sus parámetros: productividad y competitividad. Después, empezaría el tiempo social, en el que se distribuirían las riquezas obtenidas. Recién allí y resuelto el problema del peronismo, se darían los plazos para el tiempo político a través del llamado a elecciones.

Para lograr esos objetivos, se profundizó en la política de “racionalización económica”. Los ministros de Economía, primero Néstor Salimei y luego Krieger Vasena, promovieron la entrada masiva de capitales extranjeros al país, favoreciendo a los oligopolios internacionales, a los

terratenedores y a la burguesía intermediaria. Estos planes significaron para la clase obrera, la extensión de la jornada de trabajo y la intensificación de los ritmos de producción.

El peronismo continuaba siendo a nivel nacional la fuerza predominante en el movimiento obrero, aunque éste no constituía un todo homogéneo: hubo jerarcas sindicales participacionistas o colaboracionistas con la dictadura.<sup>1</sup>

También existían, en el seno del movimiento obrero, otras tendencias del tipo reformista, socialista, independiente, radical y de la izquierda marxista que se fue radicalizando hasta la conformación y resurgimiento de corrientes clasistas.

Perón desde el exilio había llamado a “desensillar hasta que aclare”. Esto generó en la población un clima de diferentes expectativas y de confusión. A su vez, una parte de la jerarquía sindical como Vandor y Alonso, participó directamente de la ceremonia de asunción de Onganía.

Desde 1966 la CGT se encontraba en manos de una alianza entre vanderistas e independientes. Dos fracciones se disputaban la dirección del movimiento a nivel nacional. Una de esas tendencias era conocida como “participacionista” por su estrecha relación de colaboración con el gobierno de Onganía. Estaba liderada por Rogelio Coria del gremio de la construcción y Juan José Taccone, de Luz y Fuerza. Los participacionistas provenían de las 62 Organizaciones. La otra posición estuvo encabezada por el “Lobo” Vandor. Esta corriente se componía del grueso de las 62 Organizaciones y también de gremios independientes. En relación al gobierno de Onganía, la táctica empleada por los vanderistas fue la de “golpear para negociar”, aunque en varias oportunidades dicho accionar quedó limitado debido a la dureza del dictador.

En un principio, el gobierno de Onganía practicó una política de acercamiento hacia el movimiento obrero, devolviéndoles la personería jurídica a algunos de los sindicatos intervenidos durante el gobierno radical y además anuló el decreto N° 969, anteriormente mencionado, que reglamentaba la Ley de Asociaciones Profesionales. Sin embargo, rápidamente mostró sus verdaderas intenciones: el 22 de agosto de 1966, en Tucumán,

---

1. “La esencia de la ideología peronista era la conciliación entre las clases sociales, concepción que tiende a la subordinación de la clase obrera al proyecto reformista de expansión del empresariado nacional. En este marco se desarrollaron sus corrientes sindicales, que bajo el peronismo actuaban al servicio del Estado y del gobierno, apoyándose en la significativa capacidad de movilización y en la adhesión peronista de las grandes masas, pero a la vez controlándolas.” Silvia Nassif, *Tucumanazos...*, p. 71.



decretó la intervención de siete ingenios azucareros y la reducción del cupo de azúcar de la provincia, dejando sin su fuente de trabajo a miles de obreros. A partir de allí, se desarrollaron en Tucumán distintas luchas protagonizadas por la clase obrera azucarera y sectores populares.

Asimismo, en octubre del 1966 se produjo una importante huelga llevada a cabo por los obreros del puerto de Buenos Aires, en oposición a la política de la dictadura de racionalización económica, que implicaba el control directo sobre ese sector por parte de las autoridades militares. El régimen intervino el sindicato. No obstante, la medida de lucha continuó por varios meses. Otro conflicto de importancia fue el protagonizado por los obreros ferroviarios.

En ese contexto se reunió el Congreso de la CGT, con la finalidad de elegir nuevas autoridades. Allí, la discusión principal giró en torno a cómo debía ser la relación entre el régimen militar y la dirigencia sindical. Mientras un sector sostenía que el movimiento obrero no debía participar de las iniciativas de la dictadura y que debía tomar el ejemplo de la huelga portuaria y enfrentarla, otro sector insistía en dialogar con el gobierno.

Hacia fines del año 1966, Onganía explicitó finalmente el plan económico para la Argentina. Presionada por los obreros azucareros, portuarios y ferroviarios, la dirección de la CGT debió dejar de lado su pasividad e impulsar planes de lucha. El 14 de diciembre la Central llevó a cabo la primera huelga nacional. Ante esta medida el gobierno respondió con mayor represión, con el encarcelamiento de sus dirigentes y con la intervención de la CGT y numerosos sindicatos, entre ellos la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA).

Recién en marzo de 1968 se realizó el Congreso de normalización de la CGT, bautizado “Amado Olmos”, en homenaje al dirigente de sanidad recientemente fallecido. No asistió el sector de los participacionistas. En el Congreso, la principal discusión giró en torno a si podían formar parte del mismo los delegados de los sindicatos que habían sido intervenidos por la dictadura, entre ellos muchos sectores combativos. El sector liderado por Vandor se opuso, ya que sabía que si se los dejaba participar, perdería seguramente la dirección de la Central. Los vandoristas se retiraron de la votación, generando una ruptura; por un lado, la CGT de Azopardo, bajo el ala de Vandor, y por otro lado, la CGT de los Argentinos, cuyo principal dirigente fue Raimundo Ongaro, de los gráficos. Esta última se convirtió en los hechos en un polo opositor a la dictadura. En ella convergieron distintos sectores, desde jerarcas sindicales hasta corrientes más comba-

tivas, que fueron las que le imprimieron su carácter. De todas maneras, el gobierno no reconoció a ninguna de las dos centrales.

También en el año 1968 se realizó una importante huelga de los petroleros en La Plata y Ensenada, que duró más de 50 días, siendo ferozmente reprimida por la dictadura.

El 29 de mayo de 1969 se produciría el Cordobazo, y la dictadura quedaría debilitada políticamente. Quizás por ello Onganía decretó entonces una nueva Ley de obras sociales, en un intento de recuperar la iniciativa política y con el objetivo de fortalecer su relación con los jerarcas sindicales. No fue suficiente para frenar la pronta caída de su gobierno, después de la ejecución de Pedro Aramburu por un comando montoneros a mediados de 1970.

Onganía fue reemplazado por Roberto Levingston. En julio de 1970, la CGT convocó a un nuevo Congreso normalizador llamado “Augusto Vandor”, en homenaje al “Lobo” que había sido asesinado un mes después del Cordobazo. Del Congreso participaron las 62 Organizaciones, los participacionistas e independientes, quedando excluidos los sectores más combativos del peronismo y de la izquierda. Allí resultó electo José Rucci como secretario general, quien garantizó una relación estrecha con Perón. Durante los años 1971 y 1972, la CGT realizó diferentes planes de lucha, en un contexto teñido por la lucha de grandes sectores del pueblo por la vuelta de Perón a la Argentina y la convocatoria a elecciones libres.

### **1969: Nuevos caminos en la Argentina**

Existen momentos en la historia que condensan muchas de las tendencias que se habían venido gestando previamente. Sin lugar a dudas, ese momento ocurrió a nivel nacional con el Cordobazo, en el que la lucha obrera y popular dio un salto cualitativo. Ello estuvo vinculado al proceso de luchas en las que distintos sectores populares se opusieron a las medidas de “racionalización económica” del Onganiato.

La política dictatorial también se sintió en las Universidades Nacionales. El movimiento estudiantil, a través de la FUA, fue unas de las pocas fuerzas que enfrentó el golpe de Estado en 1966. No es casualidad entonces que una de las primeras medidas de Onganía fuera la intervención de las Universidades, con la Policía Federal dentro de los establecimientos y la prohibición de las organizaciones estudiantiles. Hacia 1969, como parte de la política de recortes presupuestarios, se buscó privatizar o directamente cerrar los comedores universitarios. En ese entonces las uni-

versidades del interior albergaban estudiantes de otras regiones (Tucumán recibía población de Salta, Jujuy, Santiago del Estero; Córdoba, norteros y cuyanos; Corrientes y Chaco, a la población del NEA). Los comedores universitarios eran imprescindibles para garantizar la permanencia de esos estudiantes. Además, servían como espacio de socialización, un caldo político de discusión permanente.

En la provincia de Corrientes se inició el repudio a estas medidas y la dictadura reprimió a los estudiantes, con el saldo de un estudiante asesinado por las fuerzas policiales: Juan José Cabral, el 15 de mayo de 1969. Esto repercutió a nivel nacional y desató la ira del conjunto de los estudiantes y la solidaridad de vastos sectores populares a lo largo y ancho del país. En Rosario se realizaron manifestaciones que culminaron con dos asesinatos más por parte de las fuerzas represivas de la dictadura: Adolfo Bello, el 17 de mayo y Norberto Blanco, el 18 de mayo.

En ese hervidero en el que se había convertido la Argentina, mayo de 1969 fue el mes de levantamientos populares de los que aquí se analizarán el Cordobazo y los Tucumanazos.

### **El caso cordobés: crecimiento industrial y obreros mejores pagos**

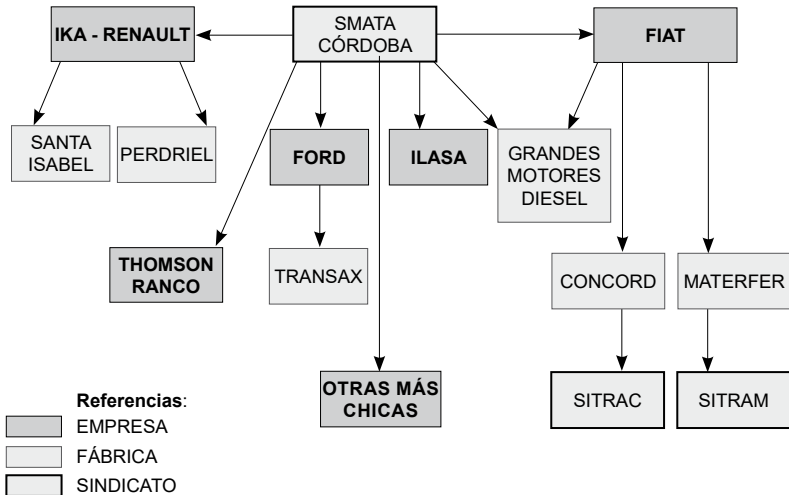
La provincia de Córdoba había sido beneficiada por las políticas de incentivos para la instalación de distintas fábricas, principalmente automotrices y mecánicas, estas últimas establecidas desde la década de 1930. Posteriormente, con el gobernador Amadeo Sabattini, el 2º Plan Quinquenal del peronismo y las políticas desarrollistas de Arturo Frondizi se sancionaron leyes de “apertura” que favorecieron la penetración de empresas extranjeras. De esta manera se fue conformando un polo industrial con una enorme concentración de la población activa en el sector automotriz, que “en 1963 representa el 47 por ciento del personal efectivamente ocupado en la industria, porcentaje que resulta mayor si se consideran las industrias subsidiarias del automotor dedicadas a la fabricación de repuestos y autopartes”.<sup>2</sup> Tal era el grado de concentración que en ese entonces en la provincia se realizaba el 60% de la producción automotriz nacional. Estas circunstancias eran las que permitieron al movimiento obrero un gran poder de negociación a la hora de discutir los salarios y las condiciones laborales.

---

2. Mónica Gordillo, “Los prolegómenos del Cordobazo: los sindicatos líderes de Córdoba dentro de la estructura sindical”, en *Revista Desarrollo Económico*, vol. 31, N° 122, julio-septiembre 1991, p. 167.

A mediados de los años 60 en el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) de Córdoba estaban afiliados los trabajadores de distintas empresas de automotores, que a su vez tenían distintas plantas. FIAT se había instalado en el país a fines de los años 50, atraída por las leyes antes mencionadas y el decreto 969 del presidente Arturo Illia, y acordó sindicatos por fábrica (y no por rama como se estilaba en ese entonces) con el objetivo de atomizar la organización obrera. De allí surgieron SITRAC y SITRAM, sindicatos correspondientes a sus plantas Concord y Materfer respectivamente (ver gráfico 1).

**Gráfico 1**  
**La configuración de los sindicatos mecánicos cordobeses en 1969**



Fuente: Pablo Volkind, Brenda Rupar et al, *El clasismo cordobés: el caso del SMATA Córdoba 1972-1974*, ponencia presentada en las IV Jornadas de Trabajo de Historia Reciente, Rosario, 2008.

Con respecto a las corrientes sindicales, en Córdoba se manifestaba una escisión dentro del peronismo entre “ortodoxos” y “legalistas”. Los primeros se referenciaban en la figura de Perón, estaban entre ellos los sindicatos de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), de la Madera, entre otros. Entre los “legalistas” se encontraban Atilio López, de la Unión de Transportistas Argentinos (UTA) y Elpidio Torres, del SMATA.

Además existía en Córdoba un gran contingente de los gremios denominados “independientes”, nucleados principalmente en el sindicato de Luz y Fuerza, que dirigía Agustín Tosco, y el gremio de Gráficos.

A partir de 1969, aunque con más fuerza en los 70, se comenzó a vislumbrar el resurgimiento de una nueva corriente, con distintas vertientes, llamadas “clasistas”. Estas nuevas agrupaciones sindicales, que se proyectaron desde Córdoba al resto del país, retomaban una tradición previa al peronismo de un sindicalismo partidario de la lucha de clases que en la década del '30 ya se había desarrollado, junto con los sindicatos por ramas, a impulso de las agrupaciones orientadas por el Partido Comunista. Después había predominado el masivo sindicalismo peronista y su ideología de conciliación de clases así como la dilución o invisibilización de los planteos clasistas dentro de la izquierda sindical. En el período que aquí estamos tratando, la articulación de agrupaciones clasistas, es decir, partidarias de la defensa irrestricta de los objetivos inmediatos y mediatos de la clase obrera a través de la lucha de clases para eliminar la explotación y la división en clases de la sociedad, adquiriría contenidos particulares. En especial, en la jerarquización de la democracia obrera, a través del papel de los cuerpos de delegados de fábrica, para garantizar el protagonismo masivo de las bases. Este protagonismo se concibe y se practica tanto en la lucha reivindicativa como en la toma de decisiones y la lucha política; tanto en la organización sindical como en las acciones de masas, incluyendo la autodefensa y el ejercicio de la violencia popular contra el Estado. Estas concepciones metodológicas se veían favorecidas por las características del auge de lucha en desarrollo y, a la vez, se articulaban con los objetivos revolucionarios que se planteaban estos nucleamientos frente a la dictadura.

### **Tucumán: crisis económica y social**

Tucumán es, desde fines del siglo XIX, una de las provincias agro-azucareras más importante de la Argentina. Una de las características de la producción allí, a diferencia de los ingenios denominados del “Norte”, de Salta y Jujuy, fue el grado de diversificación relativo: mientras que hasta el año 1966 existían 27 ingenios en Tucumán, en Salta y Jujuy tenían sólo 5. Otra diferencia estuvo relacionada con la producción de caña: en Tucumán participaban los cañeros medianos, chicos y grandes; por el contrario, en Salta y Jujuy la materia prima provenía principalmente de las tierras de los propios ingenios.

Asimismo, desde sus inicios el proletariado tucumano presentó un alto grado de combatividad y, posteriormente, un elevado nivel de sindicalización. En 1904 se desarrolló una de las primeras huelgas en Cruz Alta, en contra de que se les pagara con vales, que servían solamente para usar en las proveedurías de los dueños de las fábricas. En 1944 se conformó la FOTIA y en 1963 contaba con 38.000 afiliados. En la década del 60 era la cuarta federación a nivel nacional, después de la UOM, los gremios del vestido y la carne.<sup>3</sup> Una de las particularidades de esta federación fue que abarcaba tanto a los obreros del surco como a los de fábrica.

A partir del año 1966, con el decreto del ministro de Economía de Onganía, Néstor Salimei, comenzó la destrucción de una parte considerable del aparato productivo de la provincia. El cierre de ingenios dejó un saldo de 250.000 tucumanos sin trabajo, que tuvieron que emigrar en búsqueda de nuevos horizontes. Cabe destacar que esta situación afectaba al conjunto de la población, y no sólo al movimiento obrero. Por esta razón, hacia 1969, mientras los niveles de desocupación para la mayoría del país no pasaban de un dígito, Tucumán contaba con el índice más elevado de desempleo.

Respecto a las corrientes sindicales, dentro del movimiento obrero azucarero se manifestaban las mismas que existían a nivel nacional. Entre los colaboracionistas se destacó Ángel Basualdo, del Ingenio San Juan, que fue el secretario general de la FOTIA en 1969, luego del cese de su intervención. En ese momento, la cantidad de afiliados se había reducido de 38.000 a 5.000. Basualdo centraba su política más en la negociación que en la confrontación. A la par, y en oposición a esta corriente, estuvo la encabezada por el peronista Atilio Santillán, que había sido secretario general de la FOTIA antes del cierre de los ingenios. Además hubo un peronismo que se fue radicalizando, producto de la situación de crisis que atravesaba la provincia, entre sus adherentes se encontraba el dirigente del ex ingenio Esperanza, Benito Romano.

La corriente liderada por Romano se fue acercando a corrientes clasistas de izquierda como, por ejemplo, la encabezada por Leandro Fote, dirigente del ex ingenio San José, que tenía estrecha vinculación con el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Las corrientes de opinión y militancia en la masa obrera que expresaban Fote y Romano interactuaban estrechamente en las luchas. Ambos dirigentes debieron compartir la cárcel en distintas oportunidades. Es posible pensar que aquellas prácticas de

---

3. Roberto Pucci, *Historia de la destrucción de una provincia. Tucumán 1966*, Buenos Aires, Ediciones del Pago Chico, 2007, p. 198.

lucha y el posicionamiento político combativo contra la dictadura abonaban el terreno para el surgimiento de una corriente sindical clasista en las condiciones particulares de la provincia de Tucumán.

En este contexto, en Tucumán la lucha arrancó tempranamente contra el cierre de los ingenios en 1966. Las protestas se llevaron a cabo a través de distintas iniciativas que iban desde ollas populares, enfrentamientos entre el campo popular y el Ejército, cortes de rutas, hasta tomas de fábricas. Un punto de inflexión de esta etapa tuvo lugar en enero de 1967, cuando en una concentración obrera y popular en la localidad de Bella Vista, las fuerzas represivas de la dictadura asesinaron a Hilda Guerrero de Molina, miembro de la rama femenina del peronismo, esposa de un ex obrero azucarero desocupado del ingenio Santa Lucía. Este hecho fue el detonante que dio lugar a una nueva modalidad de protesta: la “pueblada”; sectores obreros y populares llegaron a adueñarse por unas horas de una parte de Bella Vista, con el asedio a la comisaría del lugar.

A partir del año 69 se manifestó un salto cualitativo en la lucha. En abril de ese año hubo una pueblada en la localidad de Villa Quinteros. Un grupo de obreros y sus familiares se acercó a la vera de la ruta 38 para manifestarle al interventor-gobernador, Roberto Avellaneda, su oposición al desmantelamiento del ingenio San Ramón, que había sido cerrado en 1967. El desarme de la fábrica implicaba el cierre definitivo.

Según las crónicas del diario *La Gaceta*, los pobladores fueron brutalmente reprimidos por la Gendarmería mientras se manifestaban en actitud pacífica. Los manifestantes de Villa Quinteros se defendieron y enfrentaron por alrededor de 7 horas a las fuerzas dictatoriales. La represión generó un amplio repudio en la capital, San Miguel de Tucumán. De esta manera, esas puebladas que existían en el interior de la provincia se interconectaron con las manifestaciones en la capital, generando un importante impulso en los alcances de las protestas.

En mayo de 1969, ante los asesinatos de los jóvenes en Corrientes y Rosario, en Tucumán se produjeron importantes manifestaciones de solidaridad y repudio a la dictadura protagonizadas por estudiantes y obreros. El 28 de mayo se realizó un acto obrero-estudiantil en la FOTIA. Resulta necesario destacar que en los sucesos de abril y mayo se fueron desarrollando de manera embrionaria los levantamientos denominados “azos”, caracterizados por el enfrentamiento de los sectores populares con las fuerzas represivas, y la toma de una parte de la ciudad, considerada por los manifestantes como “zona liberada”. Así, mientras se manifestaba un debilitamiento de las fuerzas de la dictadura se exteriorizaba el fortaleci-

miento de los sectores populares, que en los hechos fueron conformando un frente popular antidictatorial.

De este levantamiento participaron diferentes sectores sociales: la pequeña burguesía, los estudiantes, las capas medias y el movimiento obrero. Con la particularidad de que en Tucumán, en 1969, este último se encontraba debilitado por el cierre de ingenios. De esta manera, sería incorrecto reducir estas manifestaciones a meras estudiantinas.

La práctica de lucha y el posicionamiento combativo contra la dictadura abonaban el terreno para el surgimiento de una corriente sindical clasista en las condiciones particulares de Tucumán. En ese sentido se expresaban algunos de los dirigentes del Comité Inter-sindical de Ingenios Cerrados como Leandro Fote (PRT-El Combatiente), Benito Romano (peronista combativo) y de los Talleres Ferroviarios de Tafi Viejo, como Ángel Manfredi (PCR), entre otros.

Un año más tarde, el 10 de noviembre de 1970, se produjo un nuevo salto cualitativo en la protesta cuando los estudiantes fueron reprimidos mientras estaban realizando una olla popular en defensa de los comedores universitarios. Como ya vimos, los comedores no prestaban solamente un servicio económico, sino que también eran un ámbito de politización. Eran un punto de encuentro: allí iban los dirigentes estudiantiles secundarios, universitarios y también los obreros, a discutir. Por lo tanto su cierre no fue solamente un tema presupuestario.

Ante la intensidad de la represión, la población salió a la calle en solidaridad. Se construyeron barricadas. Estas manifestaciones empalmaron dos días después, el 12 y 13 de noviembre, con una huelga convocada por las dos CGT. Esta confluencia de sectores obreros con los estudiantiles pasó a la historia como el Tucumanazo, que contó con la toma de alrededor de 90 manzanas y con la participación de más de 20.000 personas.

Finalmente, en junio de 1972 se produjo el último tucumanazo, llamado “Quintazo” porque comenzó en las instalaciones universitarias de la Quinta Agronómica, ubicada en la ciudad de San Miguel de Tucumán. Cuando se armaron las barricadas, participaron los pobladores de las villas de emergencia de los alrededores en solidaridad con los estudiantes. En este levantamiento fue más destacada la participación estudiantil que la obrera. Sin embargo, la novedad fue la intervención en los inicios de este conflicto de los asalariados vinculados al Estado. En los enfrentamientos se registró un mayor grado de violencia por parte de las fuerzas represivas, que hicieron un fuerte despliegue del Ejército. Resultó asesinado un estudiante salteño, Víctor Alberto Villalba.



Después del Quintazo no se produjeron nuevos estallidos populares en Tucumán. De todas maneras continuaron desarrollándose conflictos obreros y luchas callejeras, como las manifestaciones en repudio a la masacre de Trelew en agosto y durante el breve regreso de Perón a la Argentina, en noviembre de 1972.

### **El proceso de radicalización de los obreros cordobeses**

En Córdoba, en 1969, el repudio al asesinato de los jóvenes Cabral (Corrientes) y Blanco (Rosario) tomó una forma particular, ya que se pudo articular con la pelea que venían llevando a cabo los obreros de la provincia en contra de las quitas zonales. Como parte del programa racionalizador, el 13 de mayo se había anunciado la anulación del sábado inglés, una conquista obtenida por algunas zonas del país, por la que los obreros trabajaban 44 horas semanales y cobraban por 48.

Al día siguiente, el SMATA Córdoba convocó a una asamblea en el Córdoba Sport, a la que asistieron entre 4.000 y 6.000 obreros. Fue violentamente reprimida y en ese contexto, el SMATA, con la adhesión de la UOM, la UTA, la CGT y el movimiento estudiantil, llamó a un paro de 48 horas desde el 29 de mayo, que confluiría el día 30 con uno lanzado por las dos CGT frente a la escalada represiva.

En Córdoba, muchas fábricas, a través de los cuerpos de delegados y las comisiones internas, prepararon cómo asistir, qué elementos de defensa llevar y cómo encolumnarse. Al mismo tiempo hubo mucha adhesión a la marcha de ese paro activo de sectores que repudiaban las políticas antipopulares que se estaban llevando adelante. Hacia el mediodía, mientras se movilizaban, se conoció la noticia del asesinato del obrero Máximo Mena, a partir de lo cual la protesta superó las expectativas iniciales, llegando a controlar 120 manzanas en el centro de la ciudad y convirtiéndose en una situación pre-insurreccional. Si bien la jornada había sido planificada, nadie pudo predecir, intervenir o dirigir al conjunto que se había manifestado de pronto.

En este episodio se expresaron también contradicciones en el seno de las clases dominantes: por ejemplo, el Ejército no acató inmediatamente la orden de reprimir que había dado Onganía. Si bien el Cordobazo no terminó inmediatamente con su presidencia de facto, la dictadura resultó allí herida de muerte.

Uno de los fenómenos observables a partir del Cordobazo es el resurgimiento de una corriente que, a partir de reivindicaciones inmediatas de los

obreros de las fábricas, encabezó la lucha por mejorar sus condiciones concretas, sobrepasando incluso a los jefes que estaban en las direcciones. Esa corriente clasista también impulsa formas de participación más democráticas. Se conformaba en torno a un programa “antiburocrático, anti dictatorial y antipatronal” y estaba disputada por distintas corrientes políticas.

Pero lo distintivo va a ser que empieza a señalar el rol de la clase obrera como motor de los cambios y, en tanto era dirigida por fuerzas de izquierda, también la necesidad de que la clase obrera se coloque a la cabeza de los procesos revolucionarios. Esos procesos fundamentalmente los vamos a encontrar en la década del 70 en dos casos: por un lado, los sindicatos de SITRAC y SITRAM y por otro lado, el sindicato del SMATA.<sup>4</sup>

En las plantas de FIAT, los ritmos de producción aumentaron al 125% y también existía la política de “acople”: cada trabajador tenía 2 o 3 tareas, entonces se veía intensificado su trabajo. En 1970, el SITRAC convocó a una asamblea para refrendar un acuerdo realizado por el sindicato. Decepcionados por lo obtenido por su dirigencia, los trabajadores resolvieron allí mismo nombrar a nuevos representantes. Esta nueva dirección sólo fue reconocida tras una toma de fábrica que incluyó rehenes. Esta modalidad, ya practicada en Perdriel, fue generalizada en otros conflictos, desplazándose también a viejos dirigentes, como por ejemplo en SITRAM.

En todo este proceso el sindicato se fue organizando al calor de la lucha por las condiciones salariales y de trabajo, que incluía trabajo a desgano y quite de colaboración. El movimiento estudiantil se vinculó estrechamente con la experiencia del SITRAC-SITRAM. La empresa comenzó una ofensiva importante para desarmar esta organización, que incluyó despidos, generándose nuevas tomas para lograr la reincorporación, con el apoyo y solidaridad del SMATA.

Dos meses después de que hubieran sucedido estos acontecimientos, en marzo de 1971, se dio un nuevo pico de auge, en lo que se denominó el “Segundo Cordobazo”, también conocida como “Viborazo” en alusión a las declaraciones del Interventor Urriburu, que señalaba que su misión

---

4. La medida de armar sindicatos por fábrica, que fue concebida como un instrumento para atomizar al movimiento obrero y colocar direcciones afines a la patronal, posibilitó al mismo tiempo, una mejor organización para conquistarlas. Como señala Victoria Basualdo, p. 120: “Paradójicamente, las reformas legales que habían quedado vigentes a partir de la crisis de la relación de la dictadura con la cúpula sindical, que promovían la descentralización de la acción sindical con el objeto de debilitar estos liderazgos establecidos (habilitando, en algunos casos, incluso el sindicato por empresa), parecen haber favorecido el crecimiento de las corrientes disidentes”.

era “cortar la cabeza a la víbora que anidaba en Córdoba”, en referencia a los cuerpos de delegados y Comisiones Internas que se propagaban por la provincia. Esta insurrección consistió en la toma de fábricas y de barrios enteros, con el enfrentamiento de la policía. Allí se expresó el avance de estas nuevas direcciones sindicales.

En mayo de 1971 se llevó a cabo el 1° Plenario Nacional de Sindicatos Combativos, del cual participaron alrededor de 115 cuerpos de delegados. Resulta interesante el programa que propuso SITRAC-SITRAM (aprobado por la votación en asamblea), que incluía una caracterización del tipo de país, y una salida, destacando el rol de la clase obrera en ese camino.<sup>5</sup>

En este contexto, en octubre, el SITRAC fue intervenido militarmente y a pesar de los intentos por defender a su organismo organizativo, los trabajadores fueron derrotados, con un saldo de 400 obreros despedidos y el sindicato incorporado a la Unión Obrera Metalúrgica (por resolución gubernamental y en contra de la voluntad de los afiliados, que querían hacerlo al SMATA).

El otro proceso que queremos abordar es el del SMATA. En realidad, comenzó más tempranamente, cuando en 1968 fueron elegidos delegados combativos en la planta de Perdriel, conformándose la Agrupación 1° de Mayo. Allí comenzó un proceso de democracia sindical que desnudó la política de acuerdo que había estado llevando adelante Elpidio Torres como secretario general del SMATA Córdoba desde 1958.

En este recorrido se fue conformando el Movimiento de Recuperación Sindical, impulsado por las Agrupaciones 1° de Mayo y por el Partido Comunista Revolucionario junto con obreros independientes, que se proponían a través de los cuerpos de delegados y Comisiones Internas, la recuperación del gremio. También estos obreros tendrán un rol destacado en el Viborazo.

En 1972, obreros de diversas identidades políticas confluyeron en una lista antidictatorial para las elecciones del sindicato, encabezada por René Salamanca, miembro del PCR. La lista Marrón (color que tomó el reagru-

---

5. “...Sólo los trabajadores, acaudillando a las masas populares oprimidas, se muestran capaces de enfrentar al sistema de entrega, hambre y represión de los monopolios, librando victoriosas batallas reivindicativas como los “Cordobazos” de mayo de 1969 y marzo de 1971, que liquidaron a la llamada “Revolución Argentina”, originando la caída de los agentes del Pentágono, Onganía y Levingston; Que la clase obrera, frente a la imposibilidad de una salida burguesa, constituye en la Argentina, el agente principal e insustituible del cambio social y la liberación nacional...”. Extracto de SITRAC y SITRAM, “A los trabajadores y al pueblo argentino”, marzo de 1971.

pamiento) ganó por un ajustado margen de votos<sup>6</sup>, pero con un avanzado programa, que proponía la reducción de los cargos sindicales pagos, la revocabilidad de todos los cargos, la rotación de todos los miembros electos de la Comisión Directiva en los puestos de trabajo y definía que la Asamblea General era el órgano máximo de decisión. Además, continuaría la pelea por el sábado inglés y la defensa de las condiciones de trabajo y salariales.

Este proceso, que permitió avanzar en reivindicaciones concretas, tuvo un nuevo triunfo con la reelección, en 1974, en la dirección del sindicato (periodo que excede al desarrollo de este trabajo).<sup>7</sup>

### **Algunas reflexiones**

A través del recorrido propuesto, podemos esbozar algunos elementos para la comparación. La primera diferencia que salta a la vista es que mientras el Cordobazo estuvo enmarcado en un contexto de crecimiento económico, con los obreros mejores pagos del país como protagonistas, en Tucumán el auge de protestas acompañó un momento de aguda crisis económica, en una de las provincias que más sufrió los planes racionalizadores de la “Revolución Argentina”. De esta forma y por fuerza de las medidas, la agudización de los conflictos comenzó tres años antes, protagonizada por los obreros industriales de la agro-industria azucarera en los pueblos del interior de la provincia.

Existe un amplio consenso en afirmar que en el país a partir del Cordobazo y los demás levantamientos populares, como los Tucumanazos, ya nada iba a volver a ser como antes. Por un lado, estos levantamientos marcaron un camino para la clase obrera que encabezó la lucha frente a las pérdidas y al avasallamiento de sus anteriores conquistas, que pudo dirigir al conjunto de los sectores populares y que logró hacer tambalear dictaduras y gobiernos.

Pero al mismo tiempo dejaron una cuenta pendiente, ya que la clase obrera no logró la conquista del poder político. Esa preocupación por encontrar las formas que lo hicieran posible fue la que recorrió los múltiples

---

6. La lista Marrón ganó con 3.089 votos a la lista impulsada por E. Torres (que estaba ya fuera del país), que sacó 2.804. Ganó con el apoyo de la masa peronista que votó ese programa.

7. En 1974 la lista Marrón volvió a ganar en el sindicato, refrendó su conducción, pero el sindicato cordobés fue intervenido y la Comisión Directiva no llegó a asumir. Empezó entonces una pelea por las condiciones laborales, contra el congelamiento salarial, y por el reconocimiento de la Comisión Directiva electa.

conflictos de estos primeros años de la década de 1970, desde la recuperación de las comisiones internas y los cuerpos de delegados hasta las experiencias más avanzadas con el resurgimiento de corrientes clasistas en el seno del movimiento obrero. Este fenómeno está más documentado para el caso cordobés, mientras que en Tucumán las experiencias clasistas para este período están comenzando a ser estudiadas.

En las luchas que se llevaron a cabo durante todo el período de la auto-denominada “Revolución Argentina” se manifestaron distintas tendencias políticas y propuestas estratégicas frente a la dictadura. En grandes sectores anidaba la esperanza de la vuelta de Perón. Una parte de la población aspiraba a la salida electoral; otros pugnaban por un derrocamiento revolucionario de la dictadura.

Finalmente, a partir del año 1973, con el llamado a elecciones (condicionadas, entre otras cosas porque no se podía presentar Perón) se abrió una nueva etapa en la Argentina, en la que continuó el período de auge de luchas obreras, aunque en nuevas condiciones. El peronismo en el gobierno sería jaqueado a lo largo de 1974 y 1975, y la represión iría aumentando hasta dar un salto cualitativo con el golpe de Estado y la dictadura del 1976, que justamente se propuso cerrar con el terror fascista estos caminos abiertos a partir del 69 con los levantamientos populares denominados “azos”.

## Apéndice

A modo ilustrativo, se incluyen fragmentos del Programa de SITRAC y SITRAM y de la Declaración de Principios de las Agrupaciones Clasis-tas 1° de Mayo, referenciados en el cuerpo del texto.

### **“SITRAC y SITRAM a los trabajadores y al pueblo argentino”**

Mayo de 1971<sup>8</sup>

*El Sindicato de Trabajadores Concord (SITRAC) y el Sindicato de Trabajadores de Materfer, (SITRAM), gremios que agrupan a los trabajadores del complejo industrial Fiat de Ferreyra, en oportunidad de este Congreso de Gremios Combativos de todo el país, reunidos en Córdoba los días 22 y 23 de mayo de 1971, formulan el presente programa que constituye su ponencia en el citado Plenario Nacional convocando a la clase obrera y demás sectores oprimidos del pueblo argentino a continuar y profundizar la lucha de liberación social y nacional.*

*Visto:*

*El incesante deterioro de las condiciones de vida y trabajo de las grandes mayorías populares y el proceso de entrega nacional al imperialismo norteamericano, consecuencia inevitable de la concentración monopolista determinada por el desarrollo y organización actual del sistema de producción capitalista;*

*Que la política económica de los monopolios y de la dictadura, aplicada a un país capitalista dependiente como el nuestro, exige una agobiante explotación del proletariado y un progresivo y rápido empobrecimiento de las capas medias de la población;*

*Y considerando:*

*(...) Que sólo los trabajadores, acaudillando a las masas populares oprimidas, se muestran capaces de enfrentar al sistema de entrega, hambre y represión de los monopolios, librando victoriosas batallas reivindicativas como los “Cordobazos” de mayo de 1969 y marzo de 1971, que liquidaron a la llamada “Revolución Argentina”, originando la caída de los agentes del Pentágono, Onganía y Levingston;*

*Que la clase obrera, frente a la imposibilidad de una salida burguesa, constituye en la Argentina el agente principal e insustituible del cambio social y la liberación nacional, y en esta hora del proletariado es necesario actualizar y radicalizar los programas fundamentales que en su momento dieron los trabajadores, tales como el de La Falda, Huerta Grande, y el del 1° de Mayo de la CGT de los Argentinos;*

*Resuelven: (...) En el orden económico*

*1) Estatización del comercio exterior; sistema bancario, financiero y de seguros (...)*

---

8. Consultado el 12 de diciembre de 2013 en <http://www.workerscontrol.net/es/authors/sitrac-y-sitram-los-trabajadores-y-al-pueblo-argentino>.

2) Expropiación de todos los monopolios industriales estratégicos, servicios públicos, y grandes empresas nacionales y extranjeras de distribución (...)

3) Apropiación estatal de las fuentes naturales de energía (...)

4) Expropiación sin compensación de la oligarquía terrateniente y utilización de las tierras fiscales para una profunda reforma agraria (...)

5) Planificación integral de la economía, abolición del secreto comercial, protección de la industria nacional (...)

6) Desconocimiento de la deuda externa

(...) En el orden social, cultural y sindical

El Estado popular asegurará la defensa de los sindicatos como organismos naturales de expresión de los intereses obreros.

Las organizaciones sindicales serán clasistas mientras subsistan vestigios de explotación del hombre por el hombre (...)

Ni golpe ni elección, revolución.

### **Declaración de principios de las Agrupaciones clasistas 1º de Mayo**

Diciembre de 1970 <sup>9</sup>

*Las Agrupaciones Clasistas Primero de Mayo,*

(...) Partiendo de la comprensión acerca de la misión histórica que debe cumplir el proletariado: liberar a la humanidad de la explotación del hombre por el hombre; explotación que se expresa en nuestro país en un sistema capitalista dependiente, representado en los momentos actuales por la dictadura de los monopolios imperialistas y la oligarquía burguesa terrateniente de Levingston-Lanusse, que arrasó y arrasa viejas conquistas del movimiento obrero, congela salarios, impone en las empresas nuevas formas de superexplotación, arroja a la calle a millares de trabajadores, liquida las conquistas democráticas de la escuela pública y la universidad, desaloja a miles de campesinos pobres arrendatarios, expropia a pequeños comerciantes y artesanos (...) todo ello para cumplir los dictados de sus amos, los monopolios y la oligarquía (...)

*Consideran que:*

Estas han sido y son las causas del descontento popular existente, y las contradicciones que (...) [se van manifestando en] la elevada combatividad y el crecimiento de la conciencia de las grandes masas obreras y populares (...) [que] choca crecientemente con el papel de “bomberos” de la lucha, jugado por los jerarcas sindicales al servicio incondicional del régimen, que han transformado a los sindicatos en cómplices del mismo (...).

Que para romper dicha estructura sindical (...) no sirven posturas reformistas, ni electoralistas, ni los pseudo independientes que pretenden colocar a la clase obrera como furgón de cola de la burguesía.

---

9. Reproducción completa en *Documentos aprobados por el PCR*, Publicaciones 35º aniversario, 2005, tomo 2.

*Que el único camino válido para liquidar y reemplazar al aparato sindical de las clases dominantes, tal como lo demuestran las luchas de la clase obrera en 1969 y 1970, es construir desde abajo la organización independiente de los obreros, expresada a través de poderosas agrupaciones clasistas y revolucionarias, (...) capaces de derribar a la dictadura e imponer a través del levantamiento insurreccional armado victorioso del pueblo, un gobierno revolucionario del pueblo dirigido por la clase obrera”.*

### **Bibliografía básica**

Balve Beba, Beatriz Balve, Miguel Murmis, Juan Carlos Marin, Roberto Jacobi y Lidia Aufgang, *Lucha de calles, lucha de clases*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1973.

Basualdo, Victoria, “Los delegados y las comisiones internas en la historia Argentina: 1943-2007”, en Azpiazu, Daniel, Schorr Martín y Basualdo, Victoria, *La industria y el sindicalismo de base en la Argentina*, Buenos Aires, Cara o Ceca, 2010, pp. 81-157.

Brennan, James y Mónica Gordillo, *Córdoba Rebelde: el Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata, Ed. De la Campana, 2008.

Gordillo, Mónica, “Los prolegómenos del Cordobazo: los sindicatos líderes de Córdoba dentro de la estructura sindical”, en *Revista Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 31, N° 122, julio-septiembre 1991, p. 167.

Laufer, Rubén y Spiguel, Claudio, “Las ‘puebladas’ argentinas a partir del ‘Santiagueñazo’ de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha”, en Margarita López Maya, *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Caracas, Universidad Central de Venezuela/Nueva Sociedad, 1999.

Nassif, Silvia, *Tucumanazos. Una huella histórica de luchas populares 1969-1972*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 2012.

Pucci, Roberto, *Historia de la destrucción de una provincia*. Tucumán 1966, Buenos Aires, Ediciones del Pago Chico, 2007.

Rapoport, Mario, *Historia Económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Emecé, 2009.

Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio, *Política exterior Argentina. Poder y conflictos internos (1880-2001)*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005.

Rocha, Jorge, “La tercera presidencia de Perón”, en Vargas, Otto, et al., *La trama de una Argentina antagonica*, Buenos Aires, Ágora, 2006.

Rupar, Brenda, “Acumulación y radicalización obrera: Industrialización dependiente, concentración monopolista y conflicto social en el marco de la “Revolución Argentina”, en Galafassi, Guido (comp.), *Apuntes de acumulación. Capital, Estado, procesos socio-históricos de (re)producción y conflictividad social*, Quilmes, Theomai Libros. Ediciones Extramuros, 2014.

Schneider, Alejandro, *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo 1955-1973*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2006.

Volkind, Pablo, Brenda Rupar, et al, *El clasismo cordobés: el caso del SMATA Córdoba 1972-1974*, ponencia presentada en las IV Jornadas de Trabajo de Historia Reciente. Rosario, 2008.



## La resistencia obrera, del golpe de 1976 a la entrega menemista

**Cristina Mateu**

Más que una detallada descripción histórica de las fuerzas sindicales y políticas del período, nos centraremos fundamentalmente en el cambio de la estructura productiva que impuso la dictadura de Videla a partir de 1976 y que se perpetuó con los gobiernos democráticos, en un contexto mundial también de grandes transformaciones económicas y políticas. El proceso de desindustrialización trajo aparejada una creciente desocupación y por tanto un cambio en la organización obrera. Ese proceso de desindustrialización ampliado y las privatizaciones posteriores generaron un achicamiento de puestos de trabajo que aumentó enormemente la masa de desocupados. En ese proceso, los desocupados fueron encontrando formas de organización y lucha, siendo los cortes de ruta y las puebladas instrumentos centrales de la protesta social que se generalizan en los 90.

En los años 70 se estaba desplegando una crisis mundial, una nueva crisis de sobreproducción, con una fuerte caída de la tasa de ganancias de los grandes capitales monopólicos, mientras seguía creciendo el auge de luchas que desde los 60 empujaba reclamos sociales, laborales, salariales. Las grandes potencias mundiales y sus clases dominantes, a través de sus usinas ideológicas, elaboraban distintas teorías. Una parte sostenía que la causa de la crisis era la puja distributiva, que los reclamos salariales de los trabajadores generaban inflación. Otra parte teorizaba que la crisis era producto de las políticas de intervencionismo estatal de corte keynesiano; mientras que los llamados “monetaristas”, decían que la crisis provenía de una emisión desmedida. De fondo, su preocupación por la crisis radicaba en la caída tendencial de la tasa de ganancia que venía sufriendo el gran capital monopólico.

En este período el proceso inflacionario estaba generando una nueva situación que se denominó “estanflación”, inflación con estancamiento. Entonces arreciaron las críticas al llamado “Estado de Bienestar”, a las políticas de intervención estatal, al gasto público, etc. Durante la expansión económica de posguerra se estaba viviendo, a mediados de los 60, una desaceleración del ritmo de productividad. Simultáneamente, los procesos de descolonización, las luchas nacionales y populares de los países del Tercer Mundo (Corea, Vietnam, Argelia, etc.), así como los movimientos sociales de los años 60, en los que la juventud tuvo un protagonismo particular, afectaron fuertemente a las potencias mundiales.

Frente a esta situación, las grandes potencias imperialistas van empujando e implementando nuevas medidas de control social, de “disciplinamiento” y “achique” del Estado, con reducción del gasto público en servicio social, entre otras medidas. La disputa de las grandes potencias del bloque occidental se acrecienta. Luego de la expansión económica de posguerra y el aumento del consumo energético en todo el mundo, fundamentalmente en los países europeos, se inicia la crisis. Los acuerdos de Bretton Wood –firmados luego de la Segunda Guerra, que establecían un dólar fijo– ya no reflejaban el proceso económico mundial, lo que afectó particularmente a Estados Unidos con una grave devaluación del dólar.

La crisis también se estaba viviendo en el bloque oriental, la URSS, que ya había abandonado el camino socialista con la restauración capitalista, necesitada de recursos crecientes y de tener un mayor control político y económico, presionaba sobre los países del Pacto de Varsovia, absorbiendo sus recursos e interviniendo, incluso militarmente en Hungría y Checoslovaquia. Las grandes potencias mundiales durante la Guerra Fría, Estados Unidos y la URSS, buscarán transferir sus crisis a los países dependientes del Tercer Mundo. Estados Unidos con Nixon en 1971 tendrá que devaluar el dólar para paliar la situación social allí. Mientras tanto, los países del Tercer Mundo nucleados en la OPEP, para compensar la desvalorización del dólar exigieron controlar la producción del crudo que poseían, promovieron un bloque, y estas medidas llevaron a un aumento del precio del petróleo. El flujo de dólares que acumulaba Europa pasa a los países árabes, que lo vuelcan el mercado mundial. Esto agudiza la caída del dólar norteamericano. Ese flujo de dólares lleva a Estados Unidos a colocar créditos y préstamos en los países periféricos y dependientes, con dólares baratos y tasas de interés bajas, particularmente en América Latina, incluyendo la Argentina.

En el bloque occidental, Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en EE.UU. iniciaron un proceso de ajuste, de achique del Estado

y de políticas neoliberales. En el bloque oriental ya se había consolidado la restauración capitalista en la URSS y más tarde, tras la muerte de Mao Tsetung, también en China, con la hegemonía de Deng Siao Pin en 1979.

Estados Unidos se recuperó en los 80, logró, vía los acuerdos Brady a fines de esa década, rediseñar la deuda de América Latina y aprovechar la crisis en la URSS. En esta se producía el “sinceramiento” de Gorbachov en 1986, la “perestroika” y el “glasnost” (sinceramiento económico y político, respectivamente, con el que se reconocía el abandono del socialismo). EE.UU. intentaba imponer su hegemonía, difundiendo la idea de un “mundo uno”, la llamada “aldea global” o “globalización”, es decir, consagrar el fin del mundo bipolar para abrir paso a mundo unipolar con hegemonía norteamericana.

Las distintas instancias de ese proceso internacional fueron vividas en la Argentina mientras transitaba distintos gobiernos: primero la dictadura militar de 1976, luego el gobierno de Raúl Alfonsín y más tarde el de Carlos Menem.

Con la dictadura militar instaurada en 1976, la Argentina atravesaba las condiciones económicas y políticas de un mundo bipolar en el que se agudizaba la disputa norteamericano-soviética. Ya cuando asume Alfonsín, el mundo estaba transitando el doloroso proceso de la derrota del socialismo y la recuperación político-económica norteamericana. Durante el gobierno de Menem, con el Consenso de Washington se consagra la llamada “globalización”, se proclama el triunfo de un mundo unipolar. Este será el escenario de un nuevo flujo de capitales y de inversiones con reconfiguraciones de la hegemonía mundial. A la vez, el fin de la bipolaridad y la implosión de la URSS fueron presentadas como el signo del fracaso del socialismo y de las revoluciones sociales. Se desató una gran ofensiva imperialista contra las naciones y pueblos oprimidos.

El desarrollo de esta crisis y los virajes políticos, económicos y sociales que se desatan, implicaron una serie de cambios en todas las esferas: en lo productivo, en lo tecnológico, en lo comercial, en lo financiero. Y veremos el gran impacto en lo laboral, en las condiciones de trabajo, en la creciente desocupación, en un fabuloso incremento de la explotación del trabajo.

### **La política económica de la dictadura y el disciplinamiento social**

En la Argentina, el disciplinamiento social viene de la mano de una dictadura que tiene características peculiares, que se posiciona en el conflicto

mundial como occidental y cristiana pero tiene lazos económicos y políticos con el bloque oriental, y especialmente con la URSS (ver Cuadro 1).

La dictadura militar impuso un giro brutal. La lucha sindical y social estuvo condicionada por su feroz política represiva, que incluyó desapariciones, torturas, centros clandestinos de detención. También por la política económica: apertura económica (introducción de bienes extranjeros sin trabas impositivas), tablita cambiaria (pauta cambiaria que anticipaba el porcentaje de devaluación), desindustrialización, especulación financiera, endeudamiento. Y, por supuesto, la intervención directa en los sindicatos y en la legislación laboral. Todos estos mecanismos, junto con el férreo control de todo el aparato del Estado conllevaron al disciplinamiento social.

El proceso desindustrializador no sólo fue producto de una economía basada en la especulación financiera sino, fundamentalmente, el regreso al esquema agroexportador que desalentaba gran parte de la actividad industrial, especialmente la industria de capitales nacionales vinculada al mercado interno. Operó un nuevo esquema de triangulación de la economía argentina: en la década del 20 se había dado entre Argentina, Inglaterra y Estados Unidos; en esta nueva etapa estaban involucrados Estados Unidos y la Unión Soviética. La URSS pasó a ser nuestro principal comprador de cereales y de carnes, convirtiéndose en país socio privilegiado de las clases dominantes agroexportadoras y de la dictadura en la Argentina.

**Cuadro 1**  
**El nuevo triángulo comercial (en millones de dólares)**

Año	Estados Unidos					Unión Soviética				
	Export.	%	Import.	%	Saldo	Export.	%	Import.	%	Saldo
1979	569	7,3	1.409	21,0	-840	415	5,3	30	10,5	385
1980	696	8,7	2.362	22,4	1.666	1.614	20,0	14	0,1	1.600
1981	843	9,2	2.072	22,0	1.229	2.963	31,0	32	0,3	2.935
1982	1.008	13,2	1.160	21,7	-152	1.586	21,0	28	0,5	1.558
1983	755	10,0	973	22,0	-218	1.636	21,0	31	1,0	1.605
1979/83	3.871	7,975	7.975	21,8	4.104	8.214	20,0	135	0,4	8.970

Fuente: Rapoport, M., *Historia económica, política y social de la Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Ariel, 2007. Adaptación de C.M.

La dictadura aumentó el endeudamiento ocho veces más entre 1976 y 1983, favorecido por la reforma financiera y por la política norteamericana de ofrecer dólares baratos a tasas de interés bajas para paliar la caída de la divisa. El FMI prestó alrededor de 226,4 millones de dólares. La reforma financiera

de la dictadura habilitó 1.200 entidades financieras que fueron quebrando en los años 80. Entre 1980 y 1982 fugaron más de 21.000 millones de dólares.

**Cuadro 2**  
**Endeudamiento externo de la Argentina (en millones de dólares)**

Año	Sector público	Sector privado	Total.
1976	6.648	3.091	9.739
1977	8.127	3.635	11.762
1978	9.453	4.210	13.663
1979	9.960	9.074	19.034
1980	14.450	12.703	27.153
1981	20.024	15.647	35.671
1982	28.798	14.836	43.634

Fuente: Banco Central de la República Argentina.

Estos factores económicos favorecieron la desindustrialización y esto impactó en las condiciones de trabajo y en la caída de puestos laborales. En el Cuadro 3 podemos ver cómo mientras se reduce la cantidad de obreros ocupados y el volumen físico de la producción, aumenta la productividad y las horas trabajadas por obrero, con una reducción del salario real. En Luz y Fuerza la jornada de trabajo se extendió de 36 a 42 horas semanales, en el gremio de los telefónicos de 6 a 8 horas diarias; en petroleros se anuló la jornada de 6 horas por salubridad; en empleados de comercio se extendió la atención al público hasta las 21 hs. Muchos gremios perdieron el descanso sabatino o dominical.

**Cuadro 3**  
**Proceso de desindustrialización durante la dictadura 1976/1982**  
**Indicadores industriales, 1974-1983 (1974 = 100%)**

Año	Volumen físico de la producción	Obreros ocupados	Productividad de la mano de obra	Horas trabajadas por obrero	Salario real
1974	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1976	93,6	100,4	93,3	99,1	57,0
1978	88,1	85,1	103,5	104,1	66,4
1980	99,7	76,8	129,7	106,6	96,2
1982	83,0	63,6	130,6	103,9	61,5

Fuente: Aspiazú, Basualdo y Khavisse sobre datos de la encuesta industrial del Indec, 1986.

La clase obrera fue uno de los sectores sociales que más sufrieron la represión y el terrorismo de Estado impuesto por la dictadura, con la mayor cantidad de desaparecidos, como vemos en el Cuadro 4:

**Cuadro 4**  
**Represión ilegal, desaparición de personas**  
**durante la dictadura militar 1976/1983**

<b>Profesión/Ocupación</b>	<b>%</b>
Obreros	30,2
Estudiantes	21,0
Empleados	17,9
Profesionales	10,7
Docentes	5,7
Autónomos y varios	5,0
Amas de casa	3,8
Comerciantes y personal de seguridad	2,5
Periodistas	1,6
Actores y artistas	1,3
Religiosos	0,3

Fuente: Informe de la CONADEP, *Nunca Más*, Buenos Aires, Eudeba, 1984.

### **La resistencia y lucha antidictatorial**

Con respecto al movimiento obrero, que venía protagonizando una enorme movilización, fortaleciéndose en la lucha reivindicativa y política, el objetivo de la dictadura fue disciplinarlo y dividirlo. Se apoyó para ello en su control del aparato del Estado, la anulación de la Constitución y de muchas leyes, y la traición de dirigentes sindicales al movimiento obrero, y aplicó todo el terror del aparato de represivo estatal y parapolicial.

La dictadura intervino la CGT y los sindicatos. Y una de las primeras medidas que toma fue anular veinticinco artículos del Contrato de Trabajo y aplicar la Ley de Seguridad.

Los trabajadores que resistieron estas medidas fueron ferozmente reprimidos, como los de Luz y Fuerza, con su secretario general, Oscar Smith, desaparecido, así como tantos otros trabajadores, dirigentes y delegados obreros. Las luchas continúan. En las empresas automotrices de Buenos Aires los obreros reclamaron mejoras salariales y rechazaron las suspensiones de personal por reprogramación de la producción y los despidos. En Córdoba, el mismo 24 de marzo de 1976 fue secuestrado y desaparecido el dirigente René Salamanca, que ya había denunciado los preparativos del golpe. Con ello se buscó frenar la lucha de los trabajadores del SMATA local, que abandonaron la planta ese día en repudio al golpe.

Una de las huelgas más importantes durante la dictadura fue la del frigorífico Swift, la más larga de aquella época. El Swift, estatizado en 1971, fue entregado por Martínez de Hoz a un consorcio privado, “Carnes

Argentinas”, en 1978. Todo un emblema de la dictadura, porque implicaba disminuir la participación del Estado en la producción y reducir más de 2.000 puestos de trabajo. En 1979 amenazan con cerrarlo, y se inicia una lucha que duraría más de 30 días, con fuertes medidas de la dictadura y la patronal para quebrarla, entre ellas ofrecer retiro voluntario para dividir a los trabajadores.

La dictadura mantuvo la represión, al tiempo que garantizaba controlar a un sindicalismo colaboracionista a través del debilitamiento político y cambios en la organización sindical. Mientras tanto, con el Mundial de Fútbol el gobierno intentó mostrar al mundo y al país que se respetaban los derechos humanos. Se calentaba además el conflicto con Chile alentado por las dictaduras argentina y chilena. Frente a esa ofensiva fascista el pueblo argentino se manifestó en contra reclamando por “Paz y Trabajo”.

En 1979 los sindicatos nucleados en la llamada “Comisión Nacional de los 25” convocaron a la primera huelga general días antes del 1º de Mayo. El paro se mantuvo a pesar de que encarcelaron a sus dirigentes. Otro momento importante de la lucha de los trabajadores argentinos se produjo cuando la CGT Brasil, dirigida por Saúl Ubaldini, convocó a una jornada nacional de protesta el 30 de marzo de 1982 por “Paz, pan y trabajo. Abajo la dictadura”. Se hizo una marcha a la Plaza de Mayo, que sufrió la violenta represión dictatorial. Dos días después se iniciaba la guerra por Malvinas.

En la Plaza de Mayo también, todos los jueves se reunían las madres de muchos de los secuestrados y desaparecidos, enfrentando la represión con sus pañuelos blancos, en una gesta heroica que las constituyó en Madres de Plaza de Mayo.

La Guerra de Malvinas, la crisis de la deuda, la conformación de una Multipartidaria integrada por el PJ, la UCR, el PI, el MID y una parte de la Democracia Cristiana, la persistente resistencia antidictatorial del pueblo y las contradicciones dentro de la Junta militar fueron el marco para la apertura democrática.

## **Vuelta a los gobiernos constitucionales**

El triunfo de Ricardo Alfonsín y su gobierno estarán signados por la deuda externa, y el reclamo por juicio y castigo a los culpables de la represión dictatorial, el desmantelamiento productivo, la creciente desocupación. El Presidente asumió con un creciente proceso inflacionario. La deuda se estaba negociando en todos los países de América; México y Brasil no la pagaban. Alfonsín suspendió el pago e inició los acuerdos del

Plan Baker y luego, tras el fracaso de este, aceptó las tratativas del plan Brady que firmará Menem en 1989.

Alfonsín asumió en estas condiciones, con un deterioro de los salarios muy importante y con los gremios dirigidos por fuerzas peronistas. Trató de imponer con su ministro de Trabajo Antonio Mucci una reforma sindical, que justificaba como una necesidad de democratizar los sindicatos y renovar sus direcciones. Pero apuntaba a dividir a las organizaciones sindicales, promovándolo desde el Estado bajo una supuesta pluralidad sindical y limitando la democracia directa mediante elecciones de Comisiones Internas por listas. Buscaba, por un lado, afirmar su hegemonía debilitando al peronismo opositor y por otro, enchalecar la lucha obrera frente a la política de ajuste que implementaba. Ubaldini será uno de los más firmes opositores a la Ley Mucci. En este período van perdiendo peso los gremios que habían sido fuertes en los 70, como el SMATA, la UOM, y tienen mayor presencia los gremios “chicos” con menos afiliados, como el de Ubaldini (cerveceros), producto de la profundización del desmantelamiento industrial.

Frente a la crisis económica Alfonsín sostiene un proyecto antiindustrialista, continuando el rumbo agroexportador e impulsando “cosechas récord” como salida, con la expectativa puesta en el principal comprador y socio de la Argentina en ese momento: la URSS. La inflación y la recesión con salarios congelados afecta a los trabajadores. Las grandes empresas de capital extranjero monopólico amenazan con irse del país y producen una ola de despidos en todos los gremios. La automotriz Ford es una de las empresas en las que fue más dura la resistencia obrera al ajuste del gobierno de Alfonsín. Había anunciado 750 despedidos: con los 33 primeros, la Comisión Interna y los trabajadores decidieron tomar la fábrica y poner en marcha la producción en manos obreras frente al lockout patronal. La lucha concitó una enorme solidaridad nacional e internacional. Alfonsín mandó la represión para desocupar la fábrica. La situación económico-social era grave. A Alfonsín las luchas obreras lo golpearon fuertemente, no sólo porque, como dicen algunos, todos los sindicatos eran peronistas y le hicieron 13 paros, sino porque los trabajadores querían impedir la caída de sus salarios y el aumento de la desocupación. Más de 700 huelgas se realizaron a la salida de la dictadura. En ese proceso de ascenso de luchas sindicales, la de los docentes desatada en abril de 1988 contribuyó a la confluencia de una oposición popular al gobierno alfonsinista, desprestigiado por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida con que se limitaba y ponía fin al juicio y castigo de los responsables de 30.000 desaparecidos durante la dictadura.



El gobierno radical, favoreciendo a los sectores proterratenientes, alentando el comercio con la URSS y Europa, estatizando la deuda privada y aceptando una negociación de la deuda con el FMI y los Estados Unidos, ensayó planes de ajuste con congelamiento salarial para detener el proceso inflacionario. Lanzó el Plan Austral con el que intentó frenar la hiperinflación; debió reacomodarlo con el Plan Primavera y para hacer frente a la situación social organizó el Plan Alimentario Nacional (PAN). Las leyes de Punto Final y Obediencia Debida confirmaban su pacto con los representantes de la dictadura para no juzgar a todos los genocidas. Mientras, frente a la crisis apelaba al fantasma del golpe de Estado y sostenía una política de desmalvinización y renunciamiento frente al imperialismo inglés. Los levantamientos carapintadas, sumados al copamiento del cuartel de La Tablada agudizaron la crisis política. La hiperinflación, que fundamentalmente comió los salarios de los trabajadores, y los saqueos generaron una situación de inestabilidad política que llevó a que tras las elecciones presidenciales –en las que triunfa el candidato peronista, Carlos Menem– Alfonsín entregara el gobierno seis meses antes de terminar su mandato.

En la década del 80 la desocupación llegó a un 9,4% anual y en los 90 alcanzó el 14,6% anual.

Menem asumió el gobierno bajo la consigna de “revolución productiva y salarizado”, lo que aparecía como un cambio en el rumbo impuesto desde la dictadura. Es importante considerar a grandes rasgos los lineamientos fundamentales del gobierno menemista para tener en cuenta el marco en el que surgen las puebladas y poder establecer sus características. La asunción se adelantó seis meses –producto de la inestabilidad política, la hiperinflación y los saqueos en el final del período alfonsinista– a partir de un acuerdo con el radicalismo y con el Parlamento todavía sin renovar. En estas condiciones se aprobaron las leyes de Emergencia Administrativa y de Emergencia Económica con el consenso de la oposición. Luego, con mayoría parlamentaria, ampliando el número de integrantes de la Corte Suprema y con el apoyo de sindicalistas-empresarios a los que Menem les otorgó la administración de las AFJP y obras sociales como patronos, se impuso lo esencial del rumbo político y económico neoliberal. Menem gobernará mediante Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU) con los que garantizará la Reforma del Estado para producir las privatizaciones. Distintos ministros de Economía: Miguel Ángel Roig, Néstor Rapanelli, Erman González, Domingo Cavallo y para finalizar Roque Fernández, darán cuerpo a la política económica de entrega y privatizaciones. Desde luego, el papel fundamental lo tendrán González, con la Reforma del Estado y las

privatizaciones, y Cavallo con la convertibilidad y los canjes y megacanje de la deuda, con los que se profundizarán la extranjerización de la economía y el desmantelamiento productivo en todas las áreas (ferrocarriles, petróleo, aerolíneas, telefonía, gas, industria automotriz, de electrodomésticos, etc.). Es una nueva vuelta a la economía especulativa y de la apertura económica, que campeó favorecida por la convertibilidad del “uno a uno”.

A nivel internacional, Menem acepta los principios de la llamada “globalización”, firma los acuerdos del Consenso de Washington y el Plan Brady de reestructuración de la deuda.

En 1994, con la reforma constitucional, se legalizó la pérdida del patrimonio y recursos nacionales. Luego se sancionó la Ley de Educación Superior, que significó un nuevo vaciamiento de la educación pública. Mientras, bajo la banalización y farandularización de la política crecieron los casos de corrupción; en Catamarca, con el asesinato de María Soledad Morales; los negociados con frigoríficos de Emir Yoma; la fuga de dinero con Amira Yoma. También en este período se produjo el caso de maltrato y muerte del conscripto Carrasco. Hubo un nuevo conflicto con los militares y se legisló la eliminación de la conscripción y el indulto a los genocidas.

En estas condiciones de una nueva apertura económica, descentralización y desregulación estatal, el mercado laboral fue el más afectado, por la reducción del costo laboral impuesto por las empresas privatizadas, que se llevó a cabo mediante la flexibilización laboral. La flexibilización fue la respuesta al permanente reclamo de las patronales contra las mejoras laborales; precarizó el trabajo, eliminando conquistas que los trabajadores habían mantenido con costosas luchas luego de varias dictaduras. Estas medidas de flexibilización laboral habilitadas por un gobierno peronista se justificaban diciendo que eran un freno a la hiperinflación; así el gobierno eliminó derechos fundamentales, como el derecho a huelga. Esto produjo un proceso de paralización social con nudos y momentos de lucha y resistencia de varios gremios frente a las medidas. Esas luchas de resistencia inicial de los trabajadores contra las privatizaciones fueron en su mayor parte aisladas y derrotadas. Influyó en esa derrota la ofensiva política e ideológica reaccionaria, mundial y nacional, que proclamaba el presunto fracaso del socialismo y el triunfo irrestricto del capitalismo como última estación de la humanidad, como el mejor y único sistema económico de producción. Colaboró también la traición de Menem al programa nacionalista del peronismo clásico y la complicidad activa de la mayor parte de los dirigentes sindicales. En este contexto, debemos destacar la exitosa resistencia de los obreros del Astillero Río Santiago en Ensenada, quienes impidieron su privatización con una lucha prolongada que incluyó

múltiples marchas y, en 1993, el ingreso y la recuperación del Astillero en contra de fuerzas militares que lo habían ocupado.

La CGT se dividió en 1989 en “CGT San Martín” y “CGT Azopardo”, dirigidas por Güerino Andreoni (mercantil) y Saúl Ubaldini (cerveceros), respectivamente. Las CGT, salvo algunas excepciones, no acompañaron el reclamo de los trabajadores, especialmente los estatales, que fueron los más combativos. Buena parte de los jerarcas sindicales tradicionales, que ya contaban desde la época de Onganía con el manejo de los fondos de las Obras Sociales, se convirtieron en “sindicalistas empresarios” co-participando de las privatizaciones del menemismo. Así hicieron posible la entrega del patrimonio nacional y la retrogradación de las condiciones laborales y de la propia organización sindical, en contra de los intereses obreros y contradiciendo los principios tradicionales del peronismo que invocaban. En 1992 se unificaron las dos centrales, y ese mismo año queda conformado el Congreso de los Trabajadores Argentinos (CTA), formado fundamentalmente por gremios de trabajadores públicos que habían roto con la CGT. A fin de 1992 se convocó a un paro general y ya en 1993 empezaron a crecer las huelgas.

Los estallidos y reclamos sociales serán más fuertes en el interior del país, producto de la descentralización estatal y las cuestiones de coparticipación federal. En las provincias los efectos de la privatización, el achique del Estado, la transferencia a las provincias de responsabilidades estatales, se manifestaron en la enorme desocupación, la desactivación de actividades petroleras, ferroviarias, etc., que eran la base de las economías provinciales y que fueron privatizadas con miles de despedidos. Las provincias tenían atrasos en el pago de los salarios a los estatales. La crisis de las economías regionales, la corrupción y la impunidad de sus gobiernos se hicieron sentir en Santiago del Estero, Jujuy, Tucumán. Frente a la pasividad de la CGT se movilizan la CTA, ATE y el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), se crea la Corriente Clasista y Combativa (CCC). Unidos llamaron a una medida de fuerza conocida como “Marcha Federal”. Los desocupados se organizaron en cada provincia y en Neuquén se registraron los primeros cortes de ruta.

### **Las privatizaciones en YPF**

Los primeros cortes de ruta de desocupados se producen en las áreas donde la industria petrolera nacional fue un bastión importante desde principio del siglo XX, con el primer yacimiento en Comodoro Rivadavia en

**Cuadro 5**  
**Dotación de personal de YPF a nivel nacional. Período 1973-1994**

<b>Año</b>	<b>Dotación de personal</b>	<b>Variación del plantel</b>
1970	33.615	-
1971	350841	2.226
1972	37.474	1.633
1973	39.615	2.141
1974	43.605	3.990
1975	50.555	6.960
1976	48.783	-1.772
1977	43.488	-5.295
1978	37.623	-5.865
1979	35.521	-2.102
1980	33.602	-1.919
1981	32.265	-1.337
1982	31.363	-902
1983	32.772	1.409
1984	33.725	963
1985	32.455	-1.270
1986	32.488	33
1987	34.870	2.382
1988	35.673	803
1989	37.046	1.373
1990	36.935	-111
1991	23.404	-13.531
1992	16.055	-7.349
1993	11.653	-4.402
1994	10.103	-1.550

1907. En 1911 se creó la Dirección General de la Explotación de Petróleo de Comodoro Rivadavia, y en 1922, Yacimientos Petrolíferos Fiscales durante los gobiernos radicales. Desde entonces, la explotación de YPF se extendió a Salta, Neuquén, Mendoza, Chubut y Santa Cruz, concesionadas a empresas norteamericanas e inglesas. Esto movilizó recursos y trabajo en la construcción de la infraestructura. Con el primer gobierno de Perón fue necesario su crecimiento por el aumento del gasto energético de la industrialización. Fue un período en el que muchas provincias con escasa industrialización tendrían un crecimiento importante a través de la actividad petrolera, ferroviaria, etc. Esto impulsó la creación de barrios obreros, caminos, comunicaciones, escuelas, hospitales a su alrededor. Durante el segundo Plan Quinquenal, en 1954, Perón inicia la negociación con la Standard Oil de California para aumentar la producción de petróleo, que fue duramente criticada porque lesionaba el artículo 40 de la Constitución

de 1949. Con el golpe que lo derribó se anularon los acuerdos alcanzados. Frondizi, en 1958, firma los contratos e inversiones extranjeras de locación de obras y servicios para aumentar la producción petrolera, lo que devino en el crecimiento de ciudades y población en esas áreas petroleras. En 1963 Illia anula trece contratos petroleros firmados por Frondizi por ser “perjudiciales para la Nación”. Y en 1966 Onganía modifica la Ley 14773 de Frondizi, habilitando nuevas cesiones de obras y servicios a empresas extranjeras. A mediados de los años 70 se expande la explotación petrolera en Loma La Lata, en los años 80 en Chihuido de la Sierra Negra y hay nuevos hallazgos en Puesto Hernández (YPF en asociación con Pérez Companc) y El Trapial (Petrolera San Jorge).

El tercer gobierno peronista nacionalizó en 1975 las bocas de expendio en plena crisis mundial del petróleo, afectando a las empresas multinacionales. La dictadura militar de 1976 aumentó la deuda de YPF en casi 1.600% y despidió a trece mil empleados. Con Alfonsín se lanzó el plan Houston, ofreciendo 165 áreas a las multinacionales y firmándose 61 contratos con éstas. Menem sancionó La “Ley de Reforma del Estado” a fines de 1989 y abrió la desnacionalización de los recursos económicos y energéticos estratégicos del país. En 1992 (Ley 24145) se desnacionaliza el petróleo, transfiriendo los yacimientos de hidrocarburos del Estado Nacional a las provincias y promoviendo la jubilación anticipada entre los trabajadores. En ese proceso la dotación del personal de YPF va variando, en el Cuadro 5 se ve lo que sucede entre 1973 y 1976. Las cifras nos permiten ver los años en que la desocupación en el área petrolera fue importante. Esto se reprodujo en otras áreas productivas y afectó a miles de trabajadores y sus familias.



## Las puebladas de la década de 1990

**Pilar Sánchez**

La eclosión de puebladas en los 90 tiene que ver con los llamados “ajustes” de la política económica, y, particularmente, con el aumento sideral de la desocupación. El problema de la desocupación había empezado ya durante la dictadura militar, con el cierre de muchas fábricas y la desindustrialización, y se fue acentuando progresivamente. Hay una película de 1991, del período de gobierno alfonsinista, que se llama *Después de la tormenta*, de Tristán Bauer, que muestra cómo la pérdida del empleo redonda estructuralmente en un cambio social importante, que afecta a la familia en general. Su protagonista es un obrero de una pequeña metalúrgica que cierra. Estaba pagando un crédito por el que había accedido a la vivienda, y tenía su casa hipotecada. Por la falta de empleo pierde la casa y la familia debe mudarse a una villa de emergencia. La mujer tiene que salir a trabajar en el servicio doméstico y el hombre no puede bancarse ser desplazado del lugar del que para la olla. El hijo empieza a vincularse con una barrita y termina en un reformatorio. El obrero ahora desocupado trata de volver al campo de donde proviene y en donde todavía tiene un hermano, pero el régimen de trabajo feudal en el campo, en relación al vínculo laboral de un obrero de fábrica, le resulta incompatible: ya no lo puede aguantar y regresa a la ciudad.

Esta película es una muestra de lo que sucedió con miles y miles de familias obreras.

Voy a tomar el período menemista especialmente porque es el momento en que se continúa con el cierre de pequeñas y medianas empresas y talleres y, sobre todo, por la ola privatizadora.

Hubo lucha contra las privatizaciones. Neustadt, con su “Doña Rosa”, mostraba otra cosa y hacía propaganda a favor de las privatizaciones, pero hubo grandes manifestaciones protagonizadas por trabajadores del Estado,

porque fueron los más afectados por el ajuste y la reducción, tanto del empleo público como de los salarios. Muchas de esas manifestaciones fueron de obreros industriales, como en el caso de SOMISA, donde mantuvieron tomada la fábrica y amenazaron con apagar el horno. Las familias de los trabajadores de SOMISA se habían instalado con carpas en los jardines que rodeaban la estructura de la fábrica, viviendo allí, acompañando la toma. Muchos participaban de las marchas que se hacían hacia la Capital. Hacer reportajes en esas marchas para mí era dolorosísimo, porque eran obreros grandes en su mayoría, de cuarenta años y más, que quedaban en una franja etaria en la que no iban a volver a tener ocupación y tampoco podían jubilarse. Por tanto, se empezaron a pauperizar; y no sólo las familias de los desocupados, sino también las zonas donde estas vivían. Los obreros de SOMISA contaban que antes sacaban un crédito para comprar un electrodoméstico y nadie les pedía nada, bastaba con su recibo de sueldo de trabajador de SOMISA. Con las privatizaciones, además de todos los que se quedaron sin empleo, se afectaron también los comercios y localidades que se alimentaban de la circulación de dinero proporcionada por esos trabajadores.

Otras grandes marchas de trabajadores ocupados de esos años fueron las de los telefónicos contra la privatización de Entel, una de las pocas luchas encabezada por el sindicato. Porque había una oleada de dirigentes combativos abajo y pocas conducciones sindicales que convocaran o acompañaran las luchas de los trabajadores. También una grandísima huelga de los ferroviarios, en 1991; luchas en Aerolíneas, de los obreros de Hipasam, de los obreros del Astillero Río Santiago.

Y por esa época fueron muchísimas las luchas de trabajadores estatales con epicentro en el Norte. En Jujuy, donde organizaron lo que llamaron Frente de Gremios Estatales que reunía a municipales, docentes, profesionales, sus movimientos y sus luchas a lo largo de los 90 terminaron en la caída de cuatro gobernadores. En esas luchas surgió la figura del “Perro” Santillán, que será uno de los que encabezará luego la Corriente Clasista y Combativa.

### **El Santiagueño**

En este marco en el que se luchaba, aparece con un contexto diferente el Santiagueño (diciembre de 1993), en donde empieza a surgir la palabra *pueblada* para las luchas que involucran no sólo a un sector social que pelea por sus reivindicaciones sino a todo un pueblo.



Lo que se manifiesta en el Santiagueñazo venía calentándose desde tiempo atrás. El ajuste de Menem castigaba a las provincias; en general, sus gobernadores firmaron con Menem el Pacto Fiscal, por el cual se disminuía la cuota de acceso de las provincias a las riquezas de la Nación, y, por otra parte, se las obligaba a ajustar, lo que significaba un achique del personal y de los salarios. Las provincias más pobres fueron las más perjudicadas por ese ajuste. En Santiago del Estero había además una gran contienda política, conflicto que existe en todas las provincias donde se producen estas puebladas: hay algo que ocurre por arriba, en la estructura política y estatal, y hay algo que sucede por abajo, que va a eclosionar y a pasar por encima de esas contiendas políticas locales por arriba. El gobernador de Santiago del Estero, Carlos Juárez, había ganado las elecciones de 1983, pero todavía no era la época de las re-reelecciones: cuando termina su período asume un candidato suyo, que es César Iturre. En cuanto gana la gobernación, Iturre se pelea con Juárez; a su turno, cuando Iturre termina su mandato, el ganador es su candidato Carlos Mujica, que hace lo mismo: rompe con Iturre haciendo una alianza con el juarismo, por lo cual este obtiene dos ministerios y busca volver al poder. Por otra parte, había aparecido un caudillo radical, José Luis Zavalía, un hombre relativamente joven para la media de candidatos, que se mostraba como un caudillo populista, hacía cabalgatas a caballo vestido de gaucho con sombrero, encabezó siete marchas en la provincia, algunas con Juárez contra el frente electoral. Aparecía como un candidato creíble para ciertos sectores de la clase media y algunos sectores populares.

El Santiagueñazo se produce el 16 de diciembre de 1993, pero ya en julio había tenido lugar un tractorazo agrario en la provincia. Con el juarismo, hubo ayuda a minifundistas con semillas y para el riego, pero sólo para los que eran amigos: el resto quedaba afuera. El tractorazo se hizo con cortes.

La CGT local estaba partida entre juaristas e iturristas, con peleas internas que no aportaban a solucionar los problemas de los trabajadores. Los más apretados eran los estatales, porque soportaban los despidos, el achique de los salarios y el retraso en su pago. Las elecciones legislativas provinciales habían sido el 3 de octubre; un mes antes los estatales habían roto el techo salarial y habían conseguido un aumento, pero nunca lo llegaron a percibir: se fue dilatando su efectivización y después de las elecciones se vio que el aumento quedaba en una promesa. El 11 de noviembre de 1993 hubo un pequeño Santiagueñazo, cuando se votaba la “Ley Ómnibus” que entre otras cosas establecía más recortes de salario. Entonces hubo una vigilia popular, una confluencia de los gremios estatales, que entraron en la

Legislatura, y hubo gases, represión. Empezaron a tener un papel importante las FM, que transmitían y reproducían las opiniones de la gente que estaba en la calle. También allí se vio la contracara de Zavalía: al día siguiente de la votación de la “Ley Ómnibus” salió a criticarla, pero su corriente dentro de los radicales dio quórum para que se aprobara en la Legislatura.

El 10 de diciembre asumió la nueva composición de la Legislatura, y decían que el 17 se iba a tratar la derogación de la “Ley Ómnibus”. Hubo marchas el 14 y el 15; el Banco provincial había sido vaciado. El 15, los jueces embargaron las cuentas del Estado para cobrar sus salarios y ahí se descubre que los legisladores cobran sueldos de u\$s12.000 y los de los jueces eran de u\$s18.000. Y también se hacen públicas planillas de cómputos con los sueldos de los estatales y se tiene noticia que algunos ya vienen con un descuento de hasta un 50%. Esto determina que el 16 muchos se empiecen a aglutinar en la plaza frente a la gobernación. Las radios comienzan a transmitir por dónde va la gente. Hay furia, indignación por la corrupción y la situación económica, que lleva a que esa manifestación llegue a la quema de la Casa de Gobierno. Y a que luego se marche a la Legislatura, donde los manifestantes entran y tiran los muebles por la ventana. La gente que escucha la radio se va sumando al recorrido; todavía no había internet y había poquísimos celulares. Agotadas las instituciones públicas van a la casa de Juárez (se comentaba entonces que entraron y sacaron a la puerta las bombachas de su mujer, Nina, muy odiada por todos). Y luego llegan a la casa de Zavalía, que los esperaba revólver en mano: ahí se le terminó de caer la careta populista.

Esto es lo que se conoce como Santiagueñazo, que se ve por la televisión y aparece en los diarios, y estimula las luchas que se estaban organizando en otros lugares del país. Mediados de diciembre de 1993.

El 1° de enero de 1994 amanecemos con la noticia de que estaba tomando Chiapas, en México, por acciones de tipo guerrillero, de gente con pasamontañas encabezada por un tal subcomandante Marcos, y que además habían combatido al ejército estatal. Este fue otro estímulo para enfrentar lo que se planteaba en ese momento como el “fin de la historia”, y la “globalización” como cosa perfecta donde ya no había más conflictos. Fue un cachetazo a esas teorías, porque demostraba que había lugares en lucha y que las luchas podían ir más allá de la atomización que se planteaba.

Entre el Santiagueñazo y el Cutralcazo —que es lo que más específicamente voy a desarrollar— se produce la Marcha Federal de 1994. Frente a una CGT inoperante surgen otros núcleos combativos que empiezan a encabezar las manifestaciones más generalizadas en el movimiento obrero,

estos son: el MTA (Movimiento de Trabajadores Argentinos), que reunía al sindicato de Camionero dirigido por Hugo Moyano y la UTA (Unión Tranviarios Automotor) que dirigía Juan Manuel Palacios; el CTA (por aquel entonces era el Congreso de los Trabajadores Argentinos y no la Central, como ahora), que aglutinaba a los gremios que habían roto con la CGT, como la CTERA, y que lideraba Víctor De Gennaro. Por otra parte, aparecían los núcleos que luego se constituirían como Corriente Clasista y Combativa y que tuvieron un papel protagónico en la organización de la Mesa Federal que convoca en julio de ese año a la primera Marcha Federal. Marcha en la que desde distintos lugares del país confluyen en columnas hacia la Capital, haciendo un acto en la Plaza de Mayo. Esta marcha fue de alguna manera un esbozo de lo que se expresó en el 2001 como “piquete y cacerola”. Las columnas que venían del interior fueron recibidas en la Capital Federal con entusiasmo por la clase media y no sólo por los sectores de trabajadores. En esa época no había desocupados organizados, fue una marcha de ocupados, básicamente de trabajadores estatales agrupados en el CTA y del gremio de estatales jujeño, SEOM, junto con obreros del interior, de empresas chicas y trabajadores transportistas. Este será un hito de mucha importancia para lo que sigue después, junto con las puebladas.

Otra cuestión que aparece en el 96, poco antes de la pueblada del Cultracazo, y que también va a tener una gran influencia y un gran crecimiento posterior, es la organización de desocupados y familias hambreadas de La Matanza alrededor de una olla popular, que instalan frente a la Municipalidad. En ella confluyen distintas organizaciones sociales, y el núcleo de lo que luego serán los Desocupados de La Matanza, organizados por la Corriente Clasista y Combativa, liderados por Juan Carlos Alderete. En ese momento había una discusión que atravesaba a las organizaciones en torno a si era lícito exigir al gobierno subsidios, planes o comida. Había quienes sostenían desde el movimiento obrero y con posiciones de izquierda, que no era digno, y que los obreros tenían que luchar por puestos de trabajo y no por planes Trabajar. La posición que finalmente prevaleció en los años siguientes sostenía que había que luchar por fuentes de trabajo, pero también contra el hambre. Visualizaron que el hambre era generalizada y que no atender a esa problemática imposibilitaba la organización; que, como en el caso de la película, el hambre había afectado desde la época de Alfonsín a millares que habían conocido el trabajo y que desde su lugar de trabajadores ocupados habían estado organizados. Esa fue una batalla; muchas organizaciones, como el Partido Obrero, llegaron tarde a la organización de desocupados porque tenían estos debates; otros, como el PTS, no lo tomaron nunca.

Me voy a centrar en el Cultrcalazo, porque allí se da el germen de varias cuestiones que después están presentes en otras puebladas, y voy a tratar de ver otras dos importantes: la del 97 de Mosconi-Tartagal, cuyo núcleo son los obreros petroleros desocupados, y la de Jujuy, también en el 97, apenas terminada la de Mosconi Tartagal, donde crece la organización, pero también la violencia de la represión. Allí se implementan formas que tienen que ver con el aprendizaje de las masas sobre el modo de resolver sus problemas.

## **El Cultrcalazo**

Cristina Mateu se explayó en el trabajo anterior sobre cómo fue la crisis en el petróleo. Plaza Huincul fue fundada en 1918, cuando empezaron las exploraciones petroleras en esa zona. Como sucedió muchos años más tarde en Tierra del Fuego, emigraban desde otros lugares del país, porque significaba trabajo y un trabajo bien pago en esa época. Se convierte en una zona de impulso, de riqueza, de trabajo, y se extiende. Quince años después, en los suburbios de Plaza Huincul crece Cutral Co, a 100 km de Neuquén capital. Al momento de la pueblada tenían 57.000 habitantes, 28.000 eran considerados activos y había 8.000 desocupados: 5.500 en Plaza Huincul y 2.500 en Cultral Co; para esa época, año 96, el INDEC daba un 17% de desocupación a nivel nacional y en Cutral Co se registraba un 30%. En Senillosa, una localidad cercana también vinculada con el petróleo, la desocupación llegaba al 70%.

En Cutral Co habían luchado contra las privatizaciones del 91, pero la lucha había sido traicionada por la dirección del sindicato, encabezado por Diego Ibáñez. Hubo entonces una gran propaganda: los trabajadores podrían encarar emprendimientos subsidiarios de las nuevas petroleras, y con las indemnizaciones que iban a cobrar se iban a convertir en dueños de pequeñas empresas. Pasados seis años, esos trabajadores veían que las indemnizaciones se fueron comiendo, los emprendimientos se habían fundido, los kioscos cerraban, los remises nadie los tomaba y solamente uno o dos sobrevivieron al naufragio general.

Vi dos pueblos afectados por lo que habían sido y lo que eran. Uno, Berisso: lo vi muchos años después de que cerraran el Swift, era una lágrima. Una zona que había vivido holgadamente, con plena ocupación. La gente de un pedazo fantasmal de Berisso, de calles vacías, recordaba todavía el movimiento y actividad que había antes del cierre del frigorífico, con cientos de guardapolvos blancos yendo y viniendo. Cutral Co y Huincul fue-

ron algo semejante. Una población de pequeños chalecitos donde en sus mejores épocas los obreros tenían el auto estacionado en la puerta, y a seis años de las privatizaciones se veía el deterioro en la pintura de las casas, en el comercio que se había venido abajo. Muchos jóvenes ya empezaban a vincularse con la droga; aunque no era lo que es ahora, no había paco, ya empezaba a circular. El pueblo estaba como muerto.

En abril, poco antes de la pueblada, había 70 cortes de luz por mes a la gente que no podía pagar. Habían caído a la mitad los permisos para construir, estaba paralizada la construcción. Había 1.500 familias con el gas cortado y 3.500 que necesitaban ayuda alimentaria. A principios del 96, en enero, hubo marchas municipales contra el ajuste del gobierno de Felipe Sapag. Los obreros de la construcción habían conseguido lo que se llamaba el “bono energético”, que consistía en que las familias pagaban el 50% y el otro 50% lo pagaban la cooperativa de luz COPELCO, la Municipalidad, Acción Social.

Los obreros petroleros venían de una larga tradición de luchas: todavía se recuerda por allí la lucha larga del año 57, con la “Libertadora” en el gobierno, cuando durante el paro no fueron a trabajar, el Ejército fue a buscarlos a las casas y ellos se refugiaron en el monte. Otra lucha importante que tuvo lugar en la zona fue la del Chocón, durante la dictadura de Onganía. Fue una lucha gremial por el reconocimiento de los delegados que habían elegido. En 1986, los obreros de Piedra del Águila, que pertenecían a la construcción, habían hecho una marcha a pie de 270 km. Entre tantas otras luchas, estas fueron hitos memorables.

Me impactaron mucho las cosas que decía la gente, poco después de la pueblada. Recuerdo lo que contaba un viejo petrolero: Don Felipe. En la época en que lo entrevisté, era un obrero petrolero jubilado. Había nacido en 1929 y contaba: “Mi tío entró a trabajar en la Standard Oil en 1922, se jubiló en 1962: 40 años de servicio. Cuarenta años que lo explotó la Standard Oil”. Más tarde y todavía muy joven entra también el sobrino –es decir, Felipe a quien estoy entrevistando–, “cuando se cierra, allá en el Norte, en 1958, quedamos sin trabajo. Entrega su parte a YPF, y le dan a cambio 600.000 hectáreas acá en Neuquén. Consigue el primer contrato con Frondizi. Frondizi dice, igual que Menem, que en el país se van a invertir 1.000 millones de dólares: apenas se invirtió 80 millones y se llevaron 800.000 ellos. Todavía nosotros le seguimos comprando petróleo a la Panamerican, a la Cities Service, ese fue el contrato de Frondizi. En el 60 más o menos, estuve trabajando acá en la Standard. La misma época: época mala, que uno tiene que migrar. Ahí pasé a YPF. Yo trabajé en YPF

desde noviembre del 64 hasta el 85". ¿Ud. es peronista?, le preguntamos. "Era peronista", responde. ¿Y cómo ve el pasaje del peronismo al menemismo? "Este es un gobierno liberal, este no es un gobierno peronista. El gobierno peronista nunca fue entreguista. Perón nacionalizó. Antes del 46, nosotros teníamos en el norte grandes terratenientes que explotaban a la gente. Teníamos un tal Patrón Costas, ese era el negrero más grande que teníamos en el norte. Trabajaban en forma muy esclavizada. Y cuando llegó Perón cambiaron las leyes, tenían que respetar los horarios de trabajo, porque antes no había horarios, se trabajaba de sol a sol, se trabajaba por el vale. Estamos volviendo a esa época. Cuando la pueblada, todas las noches íbamos con mi señora a la torre, donde estaban los caminos bloqueados. Nosotros íbamos a estar un rato con ellos. Ese día que vino la jueza, decían que era un delito tomar la ruta. Y yo le pregunté a un abogado de acá si lo que hicieron las compañías, las multinacionales, que tomaron las empresas del Estado, no es delito".

Casi todos en Cultral Co estaban vinculados al petróleo: habían trabajado sus padres, sus abuelos, los tíos, los primos. La privatización había pegado muy fuerte, además de los otros sectores desocupados en el pueblo.

Pero hay un detonante para el Cutralcazo, que es la ruptura, por parte del gobernador Sapag, del contrato con la empresa canadiense Agrium. Lo había firmado su antecesor, Jorge Sobisch (de otro sector del MPN: el blanco), para el establecimiento de una planta de fertilizantes aprovechando el yacimiento gasífero de El Mangrullo. El proyecto de reciclar ese yacimiento era de la época de Alfonsín, pero logra ponerlo en práctica Sobisch, haciendo votar tres leyes en la Legislatura y haciendo ese convenio con la Agrium, que era francamente leonino: se le cedían los terrenos, el agua y la electricidad para que funcionara y el gobierno provincial tenía que invertir 100 millones de pesos para la puesta en marcha.

El contrato era pésimo, pero la gente que estaba desocupada tenía la esperanza de que fuera una fuente de trabajo. El 19 de junio, Sapag anuncia por los medios que se rompió el contrato con la Agrium y que se va a hacer una nueva licitación. En ese contexto, que es un hachazo a aquella esperanza, operan las contradicciones por arriba. Sobre todo opera el sector blanco del MPN, de Sobisch, pero también radicales, peronistas, y empieza a funcionar una radio que va a ser el núcleo de las convocatorias: FM radio Victoria. Su director, Mario Fernández, comienza a sacar al aire las opiniones de la gente y a fogonear una situación explosiva, por la realidad de base. Se llama a juntarse en la ruta el día 20, en principio hay un horario: las 16 hs, que se pone a través de los mensajes de unos y otros en

la radio. No había un lugar determinado, la gente va a la ruta, pero el grupo más grande se concentra en la torre que está a la entrada del yacimiento de YPF en Plaza Huincul, que va operar como símbolo de lo que era la zona petrolera y como centro de la pueblada.

Al mismo tiempo, en Jujuy bajaban el cura Olmedo y el “Perro” Santillán desde La Quiaca, en una marcha a pie hasta la capital provincial, llamada Marcha de la Dignidad, donde el grueso de los manifestantes era lo más pobre y hambreado de Jujuy, de los municipios y las localidades que iban recorriendo.

En Neuquén, en tanto, la torre y la ruta se llenan de gente, y entonces se abren otros piquetes en Añelo, en la ruta 22, en Picún Leufú que es otra localidad cercana a la ruta 17, y en el aeropuerto que comunica con Zapala. Los piquetes a lo largo de la semana van a llegar a dieciocho. En la noche del 20, la gente sigue instalada en la ruta.

Los piquetes cierran el tránsito, entonces nadie entra y nadie sale de estas localidades. Por lo tanto, todos los camiones que vienen desde la destilería, pero también los que transportan mercadería, quedan varados en la ruta al cerrárseles el paso. Los piquetes necesitan comida, abrigos; por intermedio de la radio y sus mensajes, un centro de jubilados se propone para ayudar: dicen que tienen cuatro ollas, y les van acercando una bolsa de papas unos, cebollas otros, y se va armando el aguante para esa noche. Al día siguiente a la mañana dan asueto las municipalidades de Cultra Co y Plaza Huincul, también COPELCO, que es la cooperativa de electricidad; las escuelas y los comercios permanecen cerrados. El piquete crece con el día. Voy describiéndolo rápido. La gente instalada en la ruta impide que los intendentes que se acercan hablen, o, si lo hacen, tienen que hablar desde abajo como cualquier vecino. Y se empieza a ver que el hecho va adquiriendo una dimensión distinta de lo que pensaron los que alimentaron que se fuera a la ruta.

A la seis de la tarde del 21, es decir un día después, el gobernador sale a hablar y dice que no va a ir a Cutral Co, que era el pedido general, y que tampoco va a mandar ningún funcionario porque él no va a negociar “con delincuentes”. El 22, el corte sigue y como es sábado circula más gente por el piquete; se suspenden las actividades recreativas y deportivas. Para ver el cambio que se va operando: la noche anterior, viernes, Radio Victoria había dicho que dejaba de funcionar durante 6 horas. Cuenta el director Mario Fernández: “Cuando el día viernes no hay ninguna respuesta, se piensa en una forma de descomprimir la situación. Hablando con algunos políticos que son los responsables de la ciudad, el día viernes a la noche yo

me dije: en honor a la verdad, y en honor a la gente que se está sacrificando, a los hijos de Cultral Co que exaltadamente pueden tomar un camino equivocado, me voy a llamar a silencio. De las 12 de la noche hasta las 6 de la mañana. Tengo el juicio suficiente para hacerlo y el criterio de la gente para comprenderlo: somos siete personas que trabajamos en la emisora y hace 48 horas que no dormimos. Voy a pedir 6 horas de tiempo. Si a la seis de la mañana esto ha tomado un cauce distinto, porque se abandonan los puestos de combate, si la gente no acude, esto se descomprime totalmente. Sin tener una respuesta, pero con un precedente: durante dos días tuvimos la ruta cortada en símbolo de protesta. Los políticos podrán actuar en consecuencia en cuanto a esto y trabajar”. Es decir que los que habían fogueado empiezan a tomar distancia.

Esto es lo que dice Ernesto Figueroa, dirigente de la construcción, que estuvo en el primer piquete, cuando le pregunto qué diferencias ve entre las luchas de Piedra del Águila, en las que participó, y ésta: “Muchísimas diferencias. Yo veo que en Piedra del Águila era relativamente de obreros nomás, no participaba el pueblo en su conjunto: acá participó el pueblo. Dentro de lo que yo tengo claro, acá, si hubo alguien que quiso aprovechar el espacio, se comió terrible garrón. Empezaron los medios a hablar de que se había parado la negociación con Agrium, y algunos medio bichos en esto, dijeron que había que salir a la calle. La gente ya estaba mentalizada, pero algunos quisieron aprovechar el espacio y después resulta que a esos mismos que quisieron aprovechar así les fue. Yo creo que el pueblo está aprendiendo, ya sabe lo que es el sufrimiento”.

Esta va a ser la tónica de todos estos días hasta el levantamiento del corte: hay un sector que quiere negociar y despejar la ruta, y hay un sector mucho más numeroso y mucho más fortalecido y acompañado por el pueblo que mantiene hasta el final.

Empieza a haber problemas con el combustible porque están parados los camiones que lo transportan. En algunas estaciones de servicio de las localidades próximas se raciona, otras tienen que cerrar. A su vez, en la refinera de Huincul temen no tener lugar para stock, porque sus plantas de almacenaje están al tope. Los últimos días empiezan a escasear mercaderías como carne y otros alimentos. El transporte de ómnibus, que tiene racionalizado el combustible, reduce la circulación. Hay cuerdas y cuerdas de camiones varados. Los que cortan la ruta tienen una política muy buena con los camioneros: los proveen de alimentos y los atienden especialmente, sobre todo a aquellos que viajan con su familia.



## El pueblo en la ruta

La norma que empieza a funcionar, y que después va a ser tónica en todas las puebladas, es que quien decide es la asamblea. La asamblea toma las decisiones, todos los debates surgen allí, todos tienen un rango de igualdad en la asamblea, salvo políticos y funcionarios, a quienes no les dan la palabra. La asamblea nombra a sus representantes y los puede revocar, esos representantes no son su dirección, son sólo quienes van a representarlos en las negociaciones y tienen que dar cuenta de esas negociaciones ante la asamblea.

Como en todas las puebladas, va a haber un grupo más duro, que es el que sostiene el piquete, organiza la defensa, y, como también se repite en otras puebladas, toma en consideración las armas de fuego, aunque no se van a usar en este caso. Y hay núcleos más amplios, que aportan el aguante, que proveen de alimentos, que colaboran con las familias. Se considera que de la población de 58.000 habitantes que reunían Cutral Co y Huincul, 35.000 pasaron por los piquetes; no como parte del núcleo duro, pero sí en el acompañamiento y como participantes en las asambleas, algunas de más de 5.000 personas.

Por entonces se empieza a usar el nombre de “piquetero”. Ernesto Figueroa plantea que puede venir de los piquetes obreros, de los piquetes de los soldados en la guerra, o porque los cortes se hacen en las picadas, caminos que habían abierto las viejas petroleras.

Un vecino de Cutral Co, Daniel, decía por esos días a *Tribuna Abierta*, un periódico local: “Yo admiro, por ejemplo en el piquete de Añelo o en cualquiera, a los chicos –que ahora no sabemos el nombre, no los conocemos, tal vez no los veamos más– que estuvieron toda la noche, toda la noche los tipos ahí parados. Ese muchacho que estaba ahí toda la noche porque estaba convencido en su cerebro, no en sus pantalones –porque esto no se ganó con los huevos sino con la cabeza–, era el que se convertía en líder natural por la presencia. Yo me acuerdo de este chico todo vestido de negro que estuvo desde el primer día, todo el tiempo, que ya no se veía de negro que estaba. Yo cuando decía algo sentía que no tenía autoridad moral, pero, asimismo, este pibe de barrio, así como hubo muchos, te daba confianza, te decía: ‘bueno, andá vos. Vos me representás’, era como que te autorizaba, porque él era la autoridad moral del piquete”.

Y esto es lo que decía Laura, docente desocupada, una de las principales representantes nombrada por la asamblea, que estará en la negociación con Sapag: “Si pensabas distinto, como me pasó a mí por el miedo

a la represión, miedo a algún muerto o a que alguien saliera herido, y decías hagamos las cosas para que no suceda esto, la gente te decía: ‘No’. Y podías llorar, patalear, gritar, pero como vocero hacías lo que el otro te decía, aunque pensaras distinto, aunque sintieras adentro que la cosa tenía que ser distinta. Se daba en la gente un compromiso moral, porque todos expresábamos lo que sentíamos, todo el mundo hablaba, opinaba y se respetaban las opiniones. En mi caso, como mujer, a veces no pensaba como ellos, no tenía la firmeza que tenían ellos, pero salía y como representante tenía que decir lo que ellos decían. Esa confianza que te tenían, más allá de lo que pensaras personalmente. Ellos sabían que se iba a respetar a la mayoría”.

Estas son cosas fundamentales que hacen a ésta y a otras puebladas: esa ruptura con la representatividad tal como venía concebida, la de los políticos, de los representantes elegidos en las urnas, o de otros que aparecían como caudillos, como el caso de Zavalía en Santiago del Estero. Y el surgimiento de la representación real, en la que todos opinaban y todos decidían; ganaba la mayoría y todos asumían que era una decisión conjunta, de los que estaban allí, y que el poder estaba en sus manos y que los representantes representaban ese poder.

Hay muchas cosas que son simbólicas, y la gente se las vuelve a apropiarse en las puebladas, como sucedió en Santiago del Estero, donde se va y se entra en la Casa de Gobierno y los principales edificios del poder estatal, y en las casas de los políticos. En Cutral Co y Huincul también hay una reapropiación de la torre de la destilería de YPF, que es el lugar central del piquete, y adonde tiene que ir el gobernador a resolver.

Esto es importante: los piqueteros no van al gobernador, sino que el gobernador tiene que ir al piquete. Así también sucedió en el corte de 18 días de los desocupados en La Matanza, en mayo del 2001: después de llamarlos delincuentes cuando empezaron la medida, la ministra de Trabajo de De la Rúa, Patricia Bullrich, tuvo que bajar hasta el Concejo Deliberante local para firmar el acuerdo. Ese día las bancas de los representantes estaban ocupadas por la gente del corte, los piqueteros.

Siguiendo con el Cutralcazo, el 23 de junio Sapag, que había anunciado que no iba a negociar “con delincuentes”, invita a dialogar en la Gobernación. Mientras, se difunde que está llegando la Gendarmería, que el gobierno de Menem ordena, a través de su ministro Corach y el secretario de Seguridad Andrés Antonietti. Mandan 300 efectivos de Buenos Aires y 100 de La Pampa. No pueden emplear gendarmes locales porque muchos son parientes de los que están en los cortes. Se difunde que va a haber

muertos, se hace una campaña de intimidación para que la gente afloje y se desgrane la medida de fuerza.

En esos días, tres chicos, de 15, 17 y 25 años, son internados con principio de asfixia por el humo que venían respirando en los piquetes. En el hospital los atienden y ven que están muy afectados porque presentan además un cuadro de mala alimentación. Entonces les entregan barbijos y les recomiendan que los que no tienen, usen pañuelos para protegerse. Así surge lo de los pañuelos tapando la cara de los piqueteros. Después se extenderá su uso para protegerse de los gases, de las cámaras filmadoras, etc. Pero el origen de los pañuelos en los piquetes son las emanaciones tóxicas.

El 24 llegan tres aviones Hércules con la Gendarmería; se sabe que traen perros y que son grupos especiales antimotines. A las cuatro de la tarde se hace una asamblea de unas 1.000 personas, y hay dos posturas: unos dicen “levantemos y negociemos”, y otros “es hasta el final, y que venga Sapag”. Están los que dicen “Va a venir la Gendarmería y nos va a cagar a palos a todos”, y los que afirman “si viene la Gendarmería, enfrentamos”. Esa asamblea no resuelve. Poco más tarde se hace una “reunión de notables” en la Cruz Roja, a la que van los intendentes, algunos representantes de la Iglesia, miembros de la UCR y del Frepaso, algunos docentes, y va un piquetero que dice representar a sus compañeros. Allí deciden que se haga un petitorio y se vaya a negociar a la Gobernación. En la Gobernación preparan el sonido, las luces, todo. Pero cuando salen de la reunión los notables, se juntan unas 400 personas, enteradas de que van a ir a negociar sin representación genuina de los piquetes, y los corren a palos. En los piquetes se decide que nadie sale y nadie entra de Cultral Co. Esa noche hay reuniones en todas partes: entre los funcionarios, entre los piqueteros, y hay preparativos. Se sabe que viene ineludiblemente la Gendarmería. Sapag habla por cadena oficial esa noche, cuando se entera de que no van a ir a la Gobernación. Dice que despejen la ruta y que hay que hacer cumplir la ley.

El 25 de junio, a las ocho y cuarto de la mañana llega la jueza con la Gendarmería, perros, 33 vehículos. La gente se empieza a juntar en la torre. Voy a leer algo que enseña sobre el cambio de situación en un pueblo muerto, que crea, recrea, se reactiva, puede inventar, puede organizar, puede enfrentar situaciones impensables un mes antes. Voy a leer lo que cuenta gente que participó de los cortes, y luego lo que dice la jueza. Un vecino: “Hay una discusión de fondo: qué hacer cuando lleguen los gendarmes. ‘Abrir el camino’, dicen algunos, entre ellos gente de la Iglesia. ‘No abrimos nada’, dicen otros. Los pibes ¡qué va! no quieren saber nada

con abrir. Empieza a juntarse la gente. Hay tensión, se sabe que los gendarmes están allí nomás. Y espontáneamente se empieza a marchar. Se sentía que había que ir al encuentro”. Una docente: “Mi marido, que es comerciante, estaba desconocido. Se fue para allá. Él estaba dispuesto a dar la vida”. Un piquetero de Añelo: “Doctores, comerciantes, los estudiantes, el pueblo se fue a la ruta y plantó, decidido a que no pasen. El día anterior todos estaban preocupados por la Gendarmería, yo creía que no iban a ir; pero fueron todos. Veinticinco mil se mandaron para la Torre y adelante”.

La jueza dice: “Llegamos a la primera barrera, que tenía fuego. El hidrante lo apagó, levantaron a pico y pala las cosas que cortaban el camino y seguimos”. (No fue tan fácil como cuenta la jueza, porque la gente había hecho, además, zanjones a los costados y el hidrante se les rompió y tuvieron más de media hora tratando de recuperarlo). “Cuando llegamos al segundo piquete vimos gente en otra actitud, encapuchados que empezaron a tirarnos piedras. El primero en recibir las fue el auto en el que iba yo, que era un blindado de la Policía Federal. El comandante de Gendarmería me sugirió que dejara pasar primero a la tropa y después avanzara; en ese momento le dije que sí. Tiraron agua, gases, ellos tiraron piedras y seguimos avanzando. Fue bastante difícil porque a medida que la Gendarmería tiraba agua y gases, ellos se iban colocando a los costados de la tropa rodeando al grupo”. (El viento también le jugó en contra a la Gendarmería: les volvía lo que tiraban). “Después de un trecho, miré y vi que alrededor mío ya no había encapuchados, sino gente a cara descubierta que empezaba a correr y que no tiraba piedras. Entonces le dije al comandante: ‘Dígame Ud. lo que está pasando’ y él me contestó: ‘Dejamos atrás los grupos de choque y esta gente que está acá es gente del pueblo’. Ahí empezamos a caminar cada vez con más dificultad”. Una vez en la torre, le dijeron a la jueza que hable: “Yo les había empezado a explicar que había venido ahí porque había que despejar la ruta, porque era una ruta nacional, que ellos tenían todo el derecho del mundo de peticionar, pero que había otro derecho constitucional, exactamente igual a éste, que estaba violado y que era el de la libre circulación. Pero ellos me decían que no se iban a ir de ahí. Una multitud que me decía: ‘No nos vamos a ir’. Entonces yo pensé: ‘Acá no es un grupo, no es una fracción de un partido político, no es un gremio, acá hay un pueblo’. Primera cuestión que no está prevista en el delito que yo estaba investigando. Segunda cuestión: cuando yo les reconocía la legitimidad de su derecho, pero que la medida era ilegítima, ellos me decían: ‘Queremos trabajar’. Estaban peticionando algo a lo que tenían derecho. Yo les preguntaba: ‘¿Dónde hay un concejal?’ y me res-

pondían: ‘No queremos ningún político, ningún funcionario, al único que queremos es al gobernador Sapag’. El único interlocutor válido para ellos era él. Entonces pensé: ‘No tienen representantes, están actuando por ellos mismos’. La jueza dice que entonces se acordó de la Facultad de Derecho, y pensó que estaba ante otra figura jurídica, la petición de todo un pueblo, que ella no podía hacer nada, y se fue.

Por supuesto, el corte sigue. Y Sapag, que estaba por la mañana en La Pampa, en una reunión con gobernadores, viaja de regreso y en lugar de bajarse en Neuquén capital, donde lo esperan los funcionarios, hijos, amigos, avisa que va directamente a Cultral Co. Se instala en la Municipalidad y dice que no va a ir al corte. Esto es al atardecer; a la noche tiene que ir a la torre, tiene que hablar con los piqueteros, con el pueblo de Cultral Co y Huinul, y tiene que decir que va a aceptar el petitorio, que se confecciona esa misma noche. El corte no se levanta. Durante la mañana 17 representantes llevan ese petitorio a la Municipalidad: piden puestos de trabajo, reconexión de luz, gas, obras para empezar a trabajar, subsidios alimentarios. El corte se levanta recién a las cuatro y media de la tarde, cuando el acta firmada es aprobada por el conjunto en la asamblea. Así fue el primer Cutralcazo. Muchas de las promesas se cumplen y otras no, lo que da lugar a un segundo Cutralcazo al año siguiente.

### **Tartagal y Mosconi: el Tartagalazo**

En Tartagal-Mosconi la organización comienza un tiempo antes de que eclosionen en pueblada. Había un núcleo de desocupados organizados en la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) que a principios de mayo de 1997 tenía 5.797 afiliados. Eran ex obreros de YPF, cesanteados de la construcción y mujeres y jóvenes desocupados. En el 96, la UTD había tomado por tres días el Concejo Deliberante. Había entonces una mayor organización, y la pueblada no surge por algún detonante del tipo que vimos en el Cutralcazo. En abril, un mes antes del Tartagalazo, dirigentes de la UTD y otras organizaciones sociales viajaron a Jujuy y se entrevistaron con el “Perro” Santillán, que encabezaba el Frente de Gremios Estatales y era el líder de todas las movilizaciones en el noroeste. Hay preparativos, y sedimentación por abajo.

El 5 de mayo empieza una huelga de hambre en Tartagal: la hacen un periodista y una concejal del Frepaso, por la situación de gran desocupación, por los problemas familiares que eso genera, los cortes de luz, gas, la falta de alimentos. El 7 de mayo a la noche hay un apagón que convocan

los comerciantes y los pequeños empresarios, y hay una movilización que decide en asamblea que termine la huelga de hambre y que se vaya a una medida más fuerte como es un corte. Se trasladan unos 200 para Mosconi y esa noche cortan un puente que une las dos localidades. Gendarmería va y levanta ese corte. Al otro día se va más a fondo y se corta el acceso sur a Mosconi, frente a la empresa Tecpetrol, y se hace otro corte a 700 metros, frente al cementerio: queda entre ambos una franja por donde va a circular la gente, se van a hacer las asambleas, van a darse los debates. Los núcleos más duros van a estar concentrados en esos dos puntos, pero también en una retaguardia, en lugares no conocidos por todos, y ganarán además el monte cercano.

El corte paraliza el tránsito en la ruta del Mercosur con Bolivia, por lo tanto, el problema del combustible pasa a ser mucho mayor y también el del tránsito de mercaderías: hay una larguísima fila de camiones, porque no se los deja pasar durante toda la pueblada. Acá hay una gran diferencia: no pueden reprimir, pese a las amenazas, porque el de la toma es un punto neurálgico. Uno de los piquetes, el piquete norte, está a 30 metros de los tanques de las destilerías. Se sabía que si había represión, el primer lugar de la autodefensa eran los tanques. Además, estaba el gasoducto que envía todo el gas a Buenos Aires, por lo tanto, se podía cortar desde allí el suministro de gas para la Capital Federal. No hay, pues, represión de la Gendarmería.

Como en el caso anterior, el piquete se sostiene por los núcleos más duros: desocupados, ex petroleros, trabajadores de la construcción cesanteados, etc., y un gran acompañamiento, que llega, incluso, más allá de las localidades. Hay, entre otras medidas de apoyo, una movilización de más de 1.000 obreros de la construcción, que encabezan dirigentes combativos de la UOCRA, que hacen una marcha a pie de más de 9 km; hay una marcha de siete comunidades de pueblos originarios que van a ir el 13 de mayo y se van a quedar hasta el final de la pueblada. Hay un acto al que concurren delegaciones del SEOM y del Frente de Gremios Estatales de Jujuy; también de la central obrera boliviana (COB).

Dentro de la cuestión organizativa, en este piquete hay una actitud muy rigurosa con el alcohol. Se va aprendiendo que entre las maniobras que emplea el gobierno, está la de infiltrar alcohol y distribuirlo. Mucha de esa gente está habituada al consumo, y el incentivo de esto provoca peleas, desorganización. Se cambia a 16 integrantes de los piquetes por problemas de alcohol. A su vez, un boliche bailable de esa zona, el primer sábado después de la toma abre, y los mismos vecinos de alrededor

lo hacen cerrar; los jóvenes que estaban adentro van a los piquetes y se quedan allí toda la noche.

El gobernador Romero, como es habitual, dice que los piqueteros son ilegales y que no va a ir al corte, ni tiene nada que negociar con ellos. La gente permanece y se formula un petitorio, en el que hay demandas de los desocupados pero también de pequeños comerciantes, de pequeños empresarios del tabaco. El gobierno negocia entonces con una parte de los sectores involucrados en el petitorio el día 13, y no negocia con el núcleo principal de la pueblada, que son los desocupados. Estos piden 5.000 puestos de trabajo y otras medidas, semejantes a las que vimos en el Cutralcazo. El intento de dividir del gobierno le falla; pudieron desgranar un poco, pero no pudieron desarmar la solidaridad y lo que es el piquete funcionando. Finalmente, el gobernador tiene que firmar el acuerdo, que involucra 4.850 planes Trabajar, y demás medidas (no todas cumplidas con posteridad).

### **El Jujeñazo**

Hay cosas en común en estas puebladas: cómo se organizan los piquetes, las asambleas, los núcleos duros, la cuestión de la representatividad. Y hay cosas diferentes.

Tartagal-Mosconi concluye el 14, y ese mismo día hay un plenario de gremios estatales en Jujuy. Poco después se encenderá el Jujeñazo. Para abreviar, porque no nos queda mucho tiempo: en el Jujeñazo, a diferencia del resto, hay una gran participación de las mujeres en el movimiento del piquete y en el núcleo duro. Hay trabajadores estatales, desocupados, y apoyo masivo. Empieza en Libertador General San Martín con un grupo de 30 desocupados, pero la represión de la Gendarmería y su entrada a los barrios va sumando gente que sale en defensa de los desocupados, y se convierte en pueblada. Muchos de los que integran los piquetes son ex trabajadores del Ingenio Ledesma, que está en plena reconversión, reduciendo su plantel y dejado a innumerables obreros en la calle.

La Gendarmería tiene una base permanente en el Ingenio Ledesma desde los años 60 (recordemos “La noche del apagón”). El destacamento está en un lote que se llama La Paulina; allí se instalan también los nuevos efectivos que llegan. La represión alcanza otras escalas en Libertador y la defensa del pueblo también alcanza otras escalas. En la última gran acometida de la Gendarmería durante esos días, sale casi todo el pueblo en defensa de los piquetes. Hay hondas, hay piedras, hay grupos con baldes de agua que levanta los gases que tira la Gendarmería y los pone dentro

para desactivarlos, hay quienes los levantan y los devuelven. Hay balas de goma y balas de plomo, y lo que empezó como un corte que duraba dos o tres días, luego de vencer a la Gendarmería se amplía con 23 piquetes en toda la provincia, y el aeropuerto cerrado porque las compañías no pueden garantizar el traslado de los pasajeros a la capital provincial. La provincia se paraliza. En ese sentido, fue una pueblada con efectos mayores de los que vimos hasta ahora.

También las contiendas internas eran diferentes: en Libertador había un grupo que había iniciado la medida con los 30 desocupados, y luego quería negociar, mientras que otro grupo más duro no quería hacerlo hasta obtener la solución de todos los reclamos. Mientras que la Comisión de Desocupados, que había hecho el primer petitorio, quería atribuirse la representación de los piquetes, un grupo fuerte que se había desarrollado al calor de la lucha no quería ser representado por ella. Estos últimos lograron finalmente vencer las maniobras y entrar en las reuniones que se hicieron en la Catedral de Jujuy entre el gobierno, delegados de los cortes y tres delegados del Frente de Gremios Estatales.

La primera se realizó el viernes 30 de mayo y fue pública, y pudimos entrar los periodistas. Como no se llegó a ningún acuerdo, aunque fueron muy sustanciosas las intervenciones, sobre todo de los piqueteros, se hizo otra a puertas cerradas el sábado. En el intermedio, los piqueteros se reunieron en un salón e hicieron un petitorio de 19 puntos, que finalmente fue lo que se impuso. Al gobernador Carlos Ferraro le dieron a la salida una patada en el trasero (no es metáfora: fue real) y el festejo se extendió en toda la provincia. Una caravana partió desde allí hasta Libertador, en las narices del Ledesma, y los bocinazos que la acompañaron a lo largo de la ruta son algo inenarrable. Una mujer, Nancy, que tenía una posición muy combativa en el corte y se había hecho muy famosa a través de los medios, salió retratada en los diarios con una bandera argentina y llorando: era la imagen viva de la emoción que se vivía en esos lugares.

### **Algunos apuntes**

No se termina todo con esta pueblada, habrá otras en los 90, como el Correntinazo, por ejemplo, en el 99, cuyo proceso se extiende por varios meses. El gobierno de De la Rúa y la Alianza se inicia con dos muertos por la represión allí. Todo esto y lo que vino después es lo que va a determinar el levantamiento popular de diciembre de 2001, y, por primera vez en la historia argentina, el derrocamiento de un gobierno nacional por el



movimiento popular, yéndosele de las manos quienes lo habían alentado. Ese episodio fue un desenlace de lo que se venía macerando, que llevaba más de una década.

Una última cuestión general sobre las puebladas y sus características generales. Todo este movimiento va a estimular el desarrollo de las multisectoriales, otro elemento importante que se va dando hasta la ida de Menem y luego la de De la Rúa, en el 2001. Las multisectoriales son un punto de confluencia de distintos sectores organizados; no es el piquete de desocupados, sino principalmente sectores organizados a través de sus sindicatos combativos, organizaciones sociales, pequeñas empresas y comercios, etc. Tenemos el caso de las dos Asambleas Piqueteras en el 2001, que también eran formas donde confluían sectores multisectoriales; tenían centro en la desocupación, en el movimiento obrero, pero tenían representación de distintos sectores.

Otra cosa que fue común a todas las puebladas es el repudio a las autoridades establecidas y a los políticos de los grandes partidos burgueses, que maniobran por arriba y no representaban a los pobladores en sus reclamos. También tuvieron en común la forma de representación que se dieron: los representantes se eligieron para negociar, no para dirigir, la dirección quedó en manos de la asamblea. Las representaciones eran revocables y debían respetar el mandato de la asamblea. Y debían rendir cuentas a la asamblea: las decisiones se tomaban allí. De esas asambleas participaba el núcleo duro y los que acompañaban, que reunían a una amplitud de sectores, no sólo obreros y desocupados, aunque éstos eran el grupo hegemónico. Las asambleas ejercieron una suerte de doble poder mientras funcionaron: no es que se propusieran tomar el poder, pero provocaban una acefalía, dado que las decisiones sobre la situación en la zona se tomaban en ese lugar. Es decir que tenían el poder de decisión en ese momento y se constituían en el núcleo central de lo que sucedía en la provincia, y también, por momentos, en la Nación.

Otro punto en común en las puebladas fue la buena utilización, en contra de lo que siempre recibimos, de la radio y la televisión. Los sucesos a través de los medios alcanzaron difusión nacional, aprovechando las diferencias internas por arriba, y también porque eran hechos imposibles de ocultar. Otro punto en común es el de la violencia: violencia de la represión, que fue en aumento, y también el enfrentamiento de la violencia por parte de las poblaciones, preparándose para eso, sorteando el pasaje del miedo inicial y sobreponiéndose al temor gracias a la masividad del reclamo.



## Obreros agrícolas pampeanos: de la etapa agroexportadora (siglo XX) al agronegocio (siglo XXI)

**Juan Manuel Villulla y Pablo Volkind**

En este capítulo nos proponemos brindar algunos elementos para comprender las características de un contingente fundamental de la clase obrera argentina: los trabajadores rurales. En general, cuando se historia el recorrido del proletariado argentino, la atención se concentra casi exclusivamente en los trabajadores urbanos. Efectivamente, la mayoría de los hitos político-sindicales relevantes para el movimiento obrero tuvieron como escenario las ciudades, y luego, más específicamente, a las industrias que en ellas se desarrollaron. Se ha explorado menos en qué medida las experiencias de lucha de los asalariados del campo contribuyeron a la formación de organizaciones y cuadros sindicales que luego lideraron procesos urbanos, así como los ingredientes que ellas aportaron a la construcción de una subcultura obrera criolla en general. A su vez, desde el punto de vista de un proyecto emancipador y antioligárquico en Argentina y la región, la importancia del movimiento de trabajadores rurales como sujeto de cambio en el ámbito agrario resulta cardinal. De ahí la importancia de desocultar sus condiciones de trabajo y de vida, rescatar su historia y su potencial de lucha, y reponer sus voces ante la prepotencia ideológica del agronegocio capitalista, en vistas a la concreción de un proyecto distinto, liberador, que a la vez que los tenga entre sus impulsores, se referencie en los verdaderos intereses de las mayorías populares del campo y la ciudad.

Con este breve escrito, queremos aportar elementos en ese sentido. La producción rural en Argentina es muy vasta y heterogénea, y así también son las características del movimiento obrero rural. En este caso, nos centraremos en la historia de los trabajadores de la agricultura pampeana,

acaso uno de sus contingentes fundamentales, quedando por complementar este aporte con las especificidades de las ricas experiencias de organización y lucha obrera de otras zonas y producciones, cuyo análisis escapa a las posibilidades de este artículo acotado e introductorio.

### **El proletariado agrícola en la zona pampeana: procedencia, peso numérico y tareas**

Al igual que el conjunto del movimiento obrero argentino, el proletariado rural se fue conformando entre fines del siglo XIX e inicios del XX, al calor de la consolidación del modo de producción capitalista en nuestro país, estructurando una nueva formación económico-social. A lo largo de este proceso y en función de las demandas de las potencias imperialistas, la región pampeana fue escenario de una importante expansión agrícola que tuvo como uno de sus protagonistas al joven proletariado rural. Poner en producción millones de hectáreas requería un sinnúmero de brazos que excedían con creces los existentes en estas tierras. Semejante tarea fue posible por la creciente importación de maquinaria, las numerosas inversiones extranjeras, la consolidación de una nueva frontera agropecuaria y esencialmente el concurso de la población local y la extranjera que arribó a estas costas en busca de un mejor porvenir. ¿Cuántos eran?, ¿de dónde provenían?, ¿cuáles eran las labores que debían llevar adelante?, ¿con qué implementos contaban?, ¿en qué condiciones desempeñaron sus tareas? son algunos de los interrogantes.

Indagar acerca los trabajadores rurales en la Argentina presenta un primer problema vinculado a la insuficiencia, ausencia o disparidad en los registros del período. Estas diferencias son las que han dificultado la posibilidad de elaborar estimaciones más exactas sobre la evolución y peso del trabajo asalariado en las tareas agrícolas. Sin embargo se puede advertir que el crecimiento del área sembrada y del volumen de granos exportados requirió necesariamente un permanente incremento en la cantidad de hombres destinados a las tareas de siembra, cosecha, transporte y estiba que desarrollaban sus labores y fluctuaron al calor de los ciclos productivos.

Entendemos, retomando los datos más ampliamente consensuados, que los jornaleros necesarios para las tareas de cosecha del trigo y el maíz en la región pampeana (las que requerían mayor número de hombres) oscilaban entre los 250.000 y los 300.000, dado que no todas se realizaban simultáneamente. La siega del trigo y el lino, mecanizada en todas sus etapas, comenzaba hacia noviembre y se extendía unos 3 o 4 meses, mientras

que la de maíz –que requería un importante volumen de peones dado que la juntada se realizaba a mano– se desarrollaba de marzo a abril aproximadamente, permitiendo que un mismo trabajador participara de ambas. Esta situación estaba cruzada, a su vez, por el hecho de que la diferencia climática entre el norte y el sur de la región pampeana generaba que las labores se escalonaran a lo largo de muchas semanas, exigiendo de ese modo la disponibilidad permanente de una importante cantidad de personal que, sin embargo, en la mayoría de los casos no conseguía ocupación de corrido durante los 6 o 7 meses.

Estos brazos disponibles para las diversas tareas agropecuarias provenían de los procesos de proletarización emergentes en el ámbito pampeano (incluido la extensión del alambrado de los campos, el fin de la frontera y sometimiento del “gaucho”), de la creciente inmigración (que será el factor fundamental entre 1900 y 1914) de las ciudades del litoral y de las migraciones internas desde otras provincias hacia la zona cerealera, cuyo auge ejerció desde entrado el siglo XIX una fuerte atracción sobre los potenciales vendedores de fuerza de trabajo.

Para la preparación del suelo, la siembra y el cuidado de los cultivos, la contratación de mano de obra dependía de la composición y el número de los integrantes de la familia del productor, así como el tipo de suelo, la calidad y modelo de los implementos usados, la fuerza motriz utilizada y el conocimiento de los agricultores. En general, en chacras de hasta 200 hectáreas, no se requería más de uno o dos trabajadores asalariados para estas labores, siempre y cuando la familia contara como mínimo con 2 adultos y un niño en condiciones de trabajar (a partir de los 7 años aproximadamente). En general, los peones contratados para estas labores provenían de las zonas rurales cercanas o los pueblos de campaña.

Cuando llegaba el momento de la cosecha y el transporte de los granos la demanda de trabajadores se incrementaba notablemente. En un inicio la mayoría de estos obreros rurales provenía de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, pero entrado el siglo XX el principal contingente estuvo compuesto por inmigrantes –mayoritariamente italianos en un comienzo– y por santiagueños, cordobeses y correntinos, que se desplazaban en la época de cosecha. Inclusive, podían aparecer noticias en los diarios de circulación nacional, donde grandes terratenientes de las provincias norteñas ofrecían a las sociedades de propietarios rurales de la región pampeana el envío de entre 500 y 1000 braceros para levantar los cultivos, con el fin de descomprimir el alto porcentaje de desocupados en dichas provincias. La crisis de ciertas economías regionales –producto de la pervivencia del latifundio, el

escaso desarrollo industrial y el incipiente del mercado interno— dificultaba la ocupación de su población que se veía obligada a migrar en busca de un sustento. Por ejemplo, desde las páginas del diario *La Nación* se difundía que: “la Cámara sindical de la Bolsa de Comercio envió hoy notas a los gobernadores de Tucumán, Santiago del Estero, San Luis, La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy, en las cuales, dando a conocer la importancia de la próxima cosecha y la gran demanda de brazos que hay para su recolección, solicita el concurso oficial de aquellos en el sentido de facilitar medios a todos los peones de tierra adentro que deseen venir a trabajar en el Litoral”.<sup>1</sup> Dichas migraciones internas fueron incrementando su peso relativo en el conjunto de los trabajadores destinados a estas labores en consonancia con los vaivenes que fue sufriendo la afluencia de inmigrantes europeos y posteriormente, con la virtual suspensión producto de la Primera Guerra Mundial.

Estos peones podían conseguir ocupación a través de una diversa gama de mecanismos que iban desde la inscripción en una agencia de colocaciones hasta la iniciativa individual y el viaje por cuenta propia a las zonas rurales. En el primer caso, la gran mayoría de estas entidades eran privadas y su función era conseguir empleo y luego trasladar a aquellos individuos que así lo requiriesen a cambio de un monto que, en general, constituía un porcentaje de su salario. Contrataban a los peones en las grandes ciudades —principalmente Buenos Aires—, les cobraban una comisión y además ellos mismos debían hacerse cargo de la compra del boleto para el ferrocarril. Estas empresas solían incurrir en importantes estafas, prometiendo interesantes condiciones de trabajo, salarios y vivienda que luego no se cumplían. Desde publicaciones oficiales se denunciaba que “si la intervención de estos intermediarios es mala en la Capital, en cuanto se refiere a la cosecha es funestísima. Los diarios suelen a veces anunciar que en tales y cuales lugares van a faltar brazos para la cosecha que será magnífica. Estas previsiones tienen su origen, muchas veces, en los mismos patrones quienes lo hacen con pésima intención. Los intermediarios leen esos artículos o anuncios y se vales de ellos para obtener gran número de clientes entre los obreros. Resulta entonces que los trabajadores enviados por los intermediarios se acumulan innecesariamente, lo cual permite al patrón conseguir trabajadores por salarios bajos”.<sup>2</sup>

Incluso existieron agencias que manipulaban a poblaciones de originarios y campesinos pobres del interior y de países limítrofes. A través de los

---

1. *La Nación*, 12/11/1907.

2. *Boletín del Departamento Nacional de Trabajo*, n° 22, 28/0/1913, pp. 416-417.

diarios ofrecían estas personas para las cosechas como trabajadores “dóctiles, obedientes y laboriosos” que eran enviados al mando de un capataz que los vigilaba y los obligaba a cumplir con todas las tareas acordadas cualquiera fuera la duración de las mismas. Se ponían en práctica mecanismos que limitaban severamente la libertad de estas poblaciones en todos sus sentidos. Además, en estos casos, las agencias exigían que los salarios de los peones fueran depositados en una de sus cuentas dado que ellos se encargarían de entregar a cada jornalero su paga y de devolverlo a su lugar de origen una vez finalizada su tarea. Esta práctica también aparecía reflejada en diarios como *La Nación*, desde donde se comentaba: “Se ha dicho ya que en el norte de la República hay muchos miles de peones criollos de los que trabajan en los ingenios de azúcar que podrían ser utilizados, porque en este época no tienen precisamente aplicación alguna; pero esos peones que pertenecen a la provincia de Tucumán y a las limítrofes no se mueven sino en grupos considerables y sin que alguien se encargue de buscarlos y asegurarles el regreso”.<sup>3</sup> Por lo tanto, estos trabajadores viajaban con un capataz que les marcaba los desplazamientos, vigilaba que cumplieran con lo estipulado entre la agencia y el contratante, no percibían su salario sino a través de lo que le devengaba la empresa (luego de realizar los descuentos por los “adelantos”) y se veían obligados a cumplir con lo determinado en papel que supuestamente habían firmado, cuando el grado de analfabetismo en las áreas rurales era muy alto.

Si bien estos mecanismos pre-capitalistas no fueron el aspecto predominante en la agricultura de la región pampeana, tuvieron una larga vigencia en otras zonas del país donde la fuerza de trabajo para los ingenios azucareros jujeños y salteños, los yerbatales misioneros o los quebrachales chaqueños se conseguía a través de enganchadores y mecanismos de endeudamiento que privaban al trabajador, inclusive, de la libertad de movimiento. A esta situación se sumaba que los “salarios” se pagaban en especie (cuando se efectivizaban) y que las condiciones de vida eran peor que miserables. Esta realidad se prolongó por varias décadas, tal como lo evidencia el decreto impulsado por Marcelo T. de Alvear en la década de 1920 que obligaba a pagar con moneda nacional de curso legal a todos los trabajadores de los territorios nacionales. Estas fueron las condiciones particulares en las que se desarrolló el capitalismo en la Argentina, en esta formación económico-social particular.

---

3. *La Nación*, 29 de noviembre de 1902.

También existieron agencias estatales que se encargaron de internar trabajadores en las épocas de cosecha según los pedidos efectuados en cada una de las localidades. Esta tarea se canalizó a través de la Oficina Nacional de Trabajo dependiente de la Dirección de Inmigración y su peso se fue incrementando a lo largo de la primera década del siglo XX. Sin embargo, en los inicios de la segunda década del siglo, desde el propio Boletín del Departamento Nacional de Trabajo, se hacían oír las quejas de aquellos especialistas que planteaban la necesidad de crear agencias oficiales que pudieran controlar y ordenar la oferta y demanda de trabajo con el objetivo de evitar (o por lo menos suavizar) la problemática social derivada del “paro forzoso”, aquella desocupación que se generaba todos los años una vez finalizada la cosecha.

La otra forma de acceder a una ocupación rural consistía en subirse a los trenes o conseguir pasajes con rebajas y luego esperar en la fonda del pueblo o caminar de chacra en chacra hasta enganchar con algún productor necesitado de brazos para la cosecha. En algunos casos, especialmente para la recolección del maíz, el agricultor se acercaba al almacén, a la casa de acopio o al boliche y ahí contrataba a los peones que se ofrecían para la tarea, quienes luego eran transportados en las carretas de los chacareros hasta la explotación. En estas épocas del año, los hombres también podían movilizarse atraídos por anuncios aparecidos en los diarios o trasladarse desde Europa a partir de la convocatoria de algún familiar radicado en las zonas rurales. Inclusive, algunos trabajadores llegaban a ofrecer sus servicios en los diarios a medida que se acercaba el período de cosecha.

### **Las condiciones laborales en las primeras décadas del siglo XX**

Los trabajos requeridos en la producción agrícola, especialmente en la cosecha, solían ser muy duros y pesados. El corte y trilla, la realización de las parvas, el acarreo y la estiba implicaban grandes esfuerzos y riesgos que se prolongaban a lo largo de extensas jornadas que transcurrían de estrella a estrella. A esto se sumaba el polvo permanente que respiraban, la deficiente comida que les brindaban, y la impericia de una importante cantidad de dueños de trilladoras que –por desconocer el modo adecuado de su funcionamiento– exponían al obrero a un ritmo feroz y a un gran peligro físico, y llevaban a que el trabajo en dichas máquinas fuese considerado el “más brutal”. Al respecto, y sin perjuicio del sesgo de la fuente citada, algunas imágenes resultan sumamente sugestivas: “He visto en días ca-



lurosos —y en verano lo son casi todos— caerse los hombres boca abajo, echando sangre por la boca, y temblando, decir con voz desfallecida: ‘¡Patrón no puedo más, estoy enfermo’. Y no para allí. Si a aquel hombre se le diera un refresco cualquiera, un vaso de agua con vinagre o caña sería más perdonable, más ¡ay! no es así. Cuando a los jefes de la máquina les queda un átomo de instinto humano —lo que difícilmente se ve— le permiten a ese desgraciado que se muera o se cure debajo de la casilla, sin tomarse la molestia de darle un vaso de pseudo agua o mejor dicho de lodo que es lo que se toma en las máquinas; sino, al contrario, se le echa de la máquina por inútil y haragán”.<sup>4</sup>

Las tareas se iniciaban hacia las 4 de la mañana y se extendían, bajo un sol abrazador, durante 13, 14 o 15 horas con unos escasos intervalos para “desayunar”, almorzar y tomar algo por la tarde. Estas condiciones fueron generando airadas protestas a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, en las que los trabajadores reclamaban mayores salarios, una jornada de trabajo de 10 horas, momentos de descanso y comida más extensos y una mejor alimentación. Pedían mate con galletas por la mañana y la tarde y puchero abundante y aseado con medio litro de vino para el almuerzo y la cena. Inclusive, eran reiteradas las quejas de los peones de las trilladoras, quienes no tenían ni una lona para protegerse, no les proveían agua limpia y fresca e inclusive el empresario dueño de la máquina les vendía los productos que transportaba en su casilla a un precio exorbitante aprovechándose de la situación de relativo aislamiento en que realizaban su tarea.

En relación al alojamiento, exigían galpones amplios y limpios dado que en la mayoría de los casos debían dormir a la intemperie o hacinados en pequeñas y sucias piezas. Estas preocupaciones se veían reflejadas, inclusive, en testimonios de personajes que no necesariamente simpatizaban con los trabajadores y sus reivindicaciones. “En todos [los establecimientos] encontrarán galpones, algunas veces magníficos, para alojar padrillos o vacas finas, y en ninguno, casi, una casa higiénicamente distribuida para alojar a los peones”.<sup>5</sup> En el caso de los “juntadores” de maíz, las condiciones de su vivienda eran, en general, más deplorables aún. Pasaban en la

4. *La Protesta*, 24 de octubre de 1903.

5. Godofredo Daireaux. *Manual del agricultor argentino*, Buenos Aires, Prudent Hermanos, 1908, p. 329. Sobre las condiciones de vivienda ver también Germán Avé Lallemand, “La situación laboral en la Argentina”, artículo publicado en *Die neue Zeit* (tomo 1, 1895-1896), en *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina. Selección de artículos de Germán Avé Lallemand*, Buenos Aires, Anteo, 1974, pp. 159-161.

misma chacra de 2 a 3 meses en los que se alojaban –muchas veces junto a toda su familia– en una especie de chozas construidas con palos unidos con alambres y cubiertas con la chala del maíz. En el mejor de los casos podían techarlas con unas chapas de zinc, pero no era lo más corriente, dado que en general llegaban a las chacras con lo mínimo indispensable como para desarrollar sus labores. La chala, a su vez, también era utilizada a modo de colchón, ya que no existía ninguna protección contra la humedad o el frío que podía arreciar en los meses finales de la tarea.

Los salarios que percibían estos trabajadores presentaban una gran variabilidad que dependía no sólo de las tareas para las que eran contratados sino también de las zonas y el tipo de cultivo. Estas diferencias en las remuneraciones se originaban –entre otros factores– en la densidad de población en el área, la cercanía a importantes centros urbanos, el tamaño de las explotaciones (y por lo tanto el requerimiento de peones especialmente para la cosecha). El monto percibido por los peones contratados para la preparación del suelo, siembra y cuidado de los cultivos era sensiblemente menor a la suma de los jornales recibidos por los peones de cosecha. En esta última tarea también existía todo un escalafón salarial vinculado al tipo de actividades desempeñadas y a la calificación. Los maquinistas y foguistas (que manejaban las trilladoras y desgranadoras) percibían además de su remuneración mensual, un porcentaje cada 100 kilogramos de trigo que se trillaba. Para los juntadores de maíz estaba establecido el salario a destajo, que se fijaba en función de la cantidad de bolsas recolectadas por día.

Los jornales abonados a los obreros rurales eran bajos en relación a los de las actividades urbanas. Para 1913, en Buenos Aires, un adoquinador cobraba 4,5 pesos moneda nacional por jornada, un ajustador \$5, un albañil oficial \$5, un albañil medio oficial \$3,5 y un albañil peón \$2,5; un barnizador \$6 m/n al igual que un calderero, y un maquinista recibía \$200 mensuales. Mientras que para similar período, en la misma provincia, los peones contratados para la preparación del suelo y la siembra percibían alrededor de 40 a 45 pesos moneda nacional, que dividido por los más de 20 días que trabajaba por mes resultaban menos de \$2,5 el jornal. Para los conductores de máquinas segadoras el jornal ascendía en promedio a \$6, para los juntadores de maíz oscilaba entre \$4 y \$5 y para los peones de cosecha en general rondaba en \$4, al igual que para los de trilla. Los maquinistas y foguistas recibían una mayor remuneración producto de la calificación requerida para el manejo de la trilladora. Se advierte que los jornales abonados a los peones rurales transitorios sólo superaban los montos que percibían aquellos que desempeñaban tareas poco calificadas

en las ciudades. Pero si se considera el salario por hora y no por jornada resulta que la remuneración de los obreros rurales transitorios era la más baja de todas las tareas. Aunque el asalariado agrícola pudiera “ahorrar” durante la cosecha, dado que no tenía gastos de “casa” y “comida”, se debe tener en cuenta el paro forzoso al que se veían sometidos cuando retornaban a la ciudad y pasaban semanas y a veces meses sin encontrar ocupación. Tenían que estirar el dinero. Pareciera que sólo en el caso de los maquinistas y foguistas, los salarios ofrecidos constituían un verdadero atractivo para tomar parte de la trilla de los cereales.

Esta problemática está vinculada, además, con el tema de la llamada inmigración golondrina. Las interpretaciones predominantes plantean que se generalizó la inmigración golondrina producto de los elevados jornales que se abonaban en los campos pampeanos. Sin embargo, desde principios de siglo, varias publicaciones ponían en tela de juicio esta idea. Así, desde las páginas de *La Tierra* (periódico de la Federación Agraria Argentina) se enfatizaba que “nunca hubo golondrinas en las proporciones que se cree generalmente [...] La coincidencia de la llegada y la salida de unas mismas personas está muy lejos de ser motivada por la causa que se le atribuye: no gana un obrero lo suficiente para esas idas y vueltas, largas, costosas y molestas”.<sup>6</sup> Según esta publicación, la remuneración percibida durante la cosecha, descontados los gastos de transporte y supervivencia, no justificaba semejante periplo por el monto que efectivamente podía llevarse consigo a su Europa natal. La conveniencia o no de desplazarse sólo por unos meses estaba asociada a una serie de factores. Por un lado, las condiciones de existencia en el país de origen. Cuanto peor se estaba, más se justificaba semejante esfuerzo dado que todo se iniciaba –en la mayoría de los casos– con un extenso viaje en muy malas condiciones. Si bien varios autores enfatizan los avances que posibilitaron disminuir la duración del trayecto, las pésimas condiciones a las que estaban condenados durante tres semanas los pasajeros de tercera clase no parecen muy estimulantes. La comida, los lugares para dormir y demás “comodidades” eran casi inexistentes. Por lo tanto, es de suponer que sólo aquellos que tuvieran muchas necesidades económicas habrían hecho ese viaje dos veces en seis meses. Por otro lado, los salarios no resultaban tan “elevados” como plantean algunas interpretaciones en línea con una visión apologética de la etapa agroexportadora, que resalta las bondades de la “Argentina moderna” donde el libre fluir

---

6. *La Tierra*, 16/2/1917, p. 1.

de los factores habría generado un crecimiento sostenido que permitió el progreso de todos los sectores sociales.

Por otro lado, el monto efectivo recibido en mano por los trabajadores al finalizar la cosecha estaba mediado y condicionado por los diversos procedimientos puestos en práctica por los dueños de trilladoras y almaceneros de ramos generales. Los peones “deben proveerse de lo que necesitan en el negocio instalado en el mismo lugar de trabajo, con lo que el patrón recupera buena parte de lo que pagó en salarios. Es indudable que allí se les hace víctimas de una vulgar estafa, cobrándoseles diez lo que vale uno”.<sup>7</sup>

A su vez, parece haber existido –con distintas modulaciones e intensidades– otra serie de mecanismos tendientes a garantizar la permanencia de los trabajadores cosecheros en las estancias al menor costo posible. Los grandes terratenientes podían poner en juego sus vínculos, redes y entramados de poder –construidos históricamente en sus ámbitos comarcales– con el fin de retener a los peones contratados que pretendían dar por terminado su trabajo al comprobar que las condiciones (de vivienda, salario y alimentación) que les habían prometido no tenían ningún correlato con la realidad. En esas oportunidades, el libre juego de la oferta y la demanda y la predominante coacción económica que se estaba consolidando daba paso al protagonismo de la fuerza pública, que se encargaba de la reglación de las relaciones laborales, garantizando la permanencia de los peones hasta que terminaran sus labores.

Bajo estas condiciones laborales, se produjeron los primeros conflictos sociales encabezados por los obreros rurales pampeanos. Así, para mayo de 1901 –impulsados por el trabajo político de anarquistas y socialistas– se fundó el Centro Cosmopolita de Trabajadores de San Pedro que organizó la lucha de los estibadores y la huelga de los peones de trilladoras. Este proceso incentivó la creación, en el vecino partido de Pergamino, de otro Centro Cosmopolita que agrupaba a los carreros. Las protestas se extendieron así como la organización sindical. Los obreros elaboraron los primeros pliegos de reivindicaciones, donde se reclamaban mayores salarios y mejores condiciones de trabajo para los asalariados de las trilladoras así como para los estibadores y trabajadores de los carros. En este contexto, a instancias del Partido Socialista, se reúne en agosto de 1902 el Primer Congreso de obreros agrícolas; concurrieron 12 organizaciones de 10 localidades del norte de la provincia de Buenos Aires y sur de Santa Fe. Se acordaron varios

---

7. José RodríguezTarditti, “Los trabajadores del campo”, en *Revista de Ciencias Económicas*, Bs. As., abril de 1926, año XIV, serie II, n° 57, p. 387.

reclamos y se decidió la conformación de la Federación Regional de los Centros Obreros del Norte y de la Costa de la Provincia de Buenos Aires y del Sur de Santa Fe. Hacia 1904, se produjeron nuevos conflictos de obreros rurales que solían coincidir con los períodos de cosecha, momento en el que los trabajadores tenían mejores condiciones para organizarse y reclamar. Una vez finalizada la recolección de los granos, se dificultaba mucho la posibilidad de sostener en el tiempo los sindicatos que se habían conformado. Estas dificultades se derivaban de la dinámica del trabajo agrícola, caracterizado por la estacionalidad y transitoriedad de la demanda laboral.

El crecimiento del movimiento obrero y de las luchas sociales puso en primer plano lo que las clases dominantes denominaron “la cuestión social”. Esta coyuntura motivó un conjunto de medidas por parte del gobierno con el objetivo de controlar la situación. En primera instancia, se impusieron leyes represivas como el estado de sitio y la Ley de Residencia en 1902, que afectaron al conjunto de los trabajadores. Dicha ley autorizaba al Ejecutivo “a expulsar a todo extranjero cuya conducta fuera considerada peligrosa para la seguridad nacional o el orden público”. Si bien el epicentro de la lucha social se encontraba en el ámbito urbano también se desarrollaron protestas en las zonas rurales. Luego, hacia mediados de la década de 1900, el Ejecutivo encargó una serie de investigaciones sobre las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera, donde se reflejaba con especial énfasis la situación de los obreros rurales. Por un lado, en 1904 Joaquín V. Gonzalez (Ministro del Interior de la segunda presidencia de Roca) le encargó a Juan Biolet Massé la elaboración de un informe sobre los trabajadores en Argentina que sirviese de base para la redacción de una Ley Nacional del Trabajo que no llegó a concretarse. El objetivo era “la preparación de un proyecto de ley que tuviese por propósito eliminar, en lo posible, las causas de las agitaciones que se notan cada vez más crecientes en el seno de los gremios”. Sin embargo, la única ley que se sancionó en este período –que podía beneficiar a los obreros del campo– fue la de descanso dominical (1905), que tuvo un muy escaso alcance en los ámbitos rurales y preveía la excepción de su aplicación en los períodos de cosecha. Al año siguiente, Juan Alsina publicó *El obrero en la República Argentina*, que también tenía por objeto reflejar las condiciones de los trabajadores asalariados en pos de impulsar medidas que permitieran mejorar su situación de vida. En ambos estudios se prestó una particular atención a la situación de los obreros rurales, en un contexto donde comenzaban a manifestarse los primeros conflictos abiertos en los campos bonaerenses protagonizados por jornaleros.

A lo largo de las siguientes décadas se produjo una fenomenal expansión de la superficie sembrada en todo el país que no estuvo acompañada ni por los más mínimos cambios en las condiciones de vida y trabajo de los obreros rurales, a pesar de la llegada al gobierno de Yrigoyen en 1916.<sup>8</sup> Por ese motivo, superados lentamente los efectos de la crisis económica generada por el impacto de la Primera Guerra Mundial crecieron las protestas por las reivindicaciones acumuladas durante años, que se habían agudizado con la depresión generada por las consecuencias del conflicto bélico. Si bien el epicentro de este auge de luchas (1918-1922) estuvo nuevamente en las zonas urbanas, a diferencia de lo sucedido a inicios del siglo XX, los conflictos rurales tuvieron un alcance nacional que se extendió a los obreros de la yerba mate, a los del quebracho, a los cañeros tucumanos, a los peones de las estancias ganaderas de la Patagonia, y a los jornaleros que cosechaban el trigo y el maíz. Bajo la influencia y el trabajo político de los anarquistas y los sindicalistas se fueron organizando los gremios, que se agruparon en centrales sindicales más amplias. La corriente sindicalista había establecido una estrecha vinculación con el gobierno radical que le facilitó la extensión de su influencia.

En la década de 1920 comenzaron a desarrollarse cambios significativos en los procesos de trabajo. La introducción del tractor, la cosechadora y el camión en reemplazo del carro, los caballos y la trilladora tuvo un fuerte impacto en la demanda de obreros rurales. Ahora se requería un menor número de obreros y se incrementaba la productividad de su trabajo. Si segar y luego trillar el trigo de 100 hectáreas podía requerir alrededor de 25 días y un número similar de trabajadores, con la cosechadora era factible realizar todo en una sola operación que insumía aproximadamente 20 días y demandaba apenas 5 obreros. Estas transformaciones impactaron en la composición de la clase obrera, que si bien se redujo numéricamente, también comenzó a tornarse más estable y homogénea: se empezaba a consolidar un proletariado rural propiamente dicho. Esto va a facilitar su organización y vamos a asistir a nuevas luchas que tuvieron sus picos en 1928-1929.

---

8. Si bien durante estos gobiernos no se impulsaron políticas para mejorar las condiciones de los obreros agrícolas, durante el mandato de Hipólito Yrigoyen (1916-1922) se sancionó la primera Ley de Arrendamientos rurales que pretendía regular las condiciones bajo las cuales se alquilaban los campos. Se legislaba la duración mínima de los contratos, la obligación de reembolsar las mejoras efectuadas y la inembargabilidad de los instrumentos de trabajo. Esta iniciativa legislativa tuvo escaso acatamiento aunque generó mejores condiciones para los pequeños y medianos chacareros que no eran propietarios de una parcela.

El impacto de la crisis de 1930 y la restauración de los gobiernos conservadores tuvieron efectos muy perjudiciales para los sectores populares en el campo. Una significativa proporción de los obreros rurales pampeanos y de los pequeños chacareros migraron hacia las ciudades en busca de trabajo.

Una vez superados los peores efectos de la crisis, las provincias de Santa Fe, Córdoba o Buenos Aires se transformaron en el epicentro de nuevas protestas sociales. Allí los sindicalistas, los socialistas y los comunistas emprendieron esfuerzos por organizar a los trabajadores y constituir sindicatos y centrales obreras regionales en una década de 1930 donde los salarios no se recomponían, los precios internacionales de los granos se mantenían deprimidos y la principal preocupación era mantener el trabajo. Por lo tanto, una de las reivindicaciones fundamentales de las organizaciones gremiales fue que sólo se contratase a los obreros sindicalizados y organizar turnos rotativos de modo que todos los afiliados tuvieran ocupación. En consecuencia, una creciente proporción de los conflictos que se suscitaban estuvo vinculada al interés de terratenientes, chacareros y burgueses agrarios de contratar obreros de otros lugares a los que pudieran pagarles menores salarios.

En este contexto, la recientemente creada Federación Santafecina del Trabajo organiza un Congreso de Trabajadores Rurales en 1938, cuyos reclamos finales incluían medidas para regular el trabajo frente a la declinación de la producción, se exigía una reforma de las leyes de arrendamiento, un programa para brindar educación y nutrición a los niños de obreros rurales, la creación de comisiones permanentes de arbitraje en los conflictos, vacaciones pagas, semana laboral de 40 horas e inclusive se solidarizaban con la causa republicana en España.

También en la década de 1930 se va a desarrollar una creciente intervención de organismos estatales en el mercado de fuerza de trabajo a través de los Departamentos Nacionales y Provinciales de Trabajo, particularmente en Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires. Si bien se van a resolver ciertos conflictos y se busca regular algunos aspectos de las condiciones de vida y trabajo de los obreros, los trabajadores rurales en general y particularmente los cosecheros quedan afuera de toda protección legal. En estas condiciones arriban los obreros rurales al ascenso de Perón al gobierno.

Hasta mediados del siglo XX, el desarrollo cíclico de las labores agrícolas, que demandaba una enorme cantidad de peones entre noviembre y mayo, que luego eran expulsados hasta que la necesidad de segar y trillar el trigo volviese a generar una nueva señal, fue una característica

distintiva. El “paro forzoso” que imponía la fisonomía de la estructura económico-social argentina se correspondía con un desarrollo del modo de producción capitalista relativamente tardío, regionalmente desigual, y severamente determinado por su alianza y subordinación con el capital extranjero, de importancia decisiva en la estructuración de un país dependiente y agroexportador. Las necesidades que emanaban de este andamiaje productivo regeneraban esa enorme masa de trabajadores precarios e inestables que se movilizaban en busca de una ocupación temporaria de la ciudad al campo y del campo a la ciudad. Y que constituían un pilar fundamental de aquella formación económico-social hegemónica por los grandes terratenientes y el capital monopolista extranjero, que lejos de perseguir la constitución y consolidación de un mercado interno sólido, se ajustaron al ritmo de los dictámenes del “mercado mundial”.

### **Transformaciones en el marco de la experiencia peronista**

El Estatuto del Peón Rural en 1944 expresó una nueva etapa en la relación de los asalariados del campo con sus diferentes empleadores, y abrió el primer eje de conflictos obrero-rurales durante la segunda mitad de la década de 1940. Concretamente, con la sanción del Estatuto para los peones permanentes, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social –entonces dirigida por Perón– el Estado nacional pasó a regular un salario mínimo, asistencia médica y farmacéutica, vacaciones pagas e indemnización por despido sin causa justificada; alojamiento (en condiciones mínimas de abrigo, aireación, luz natural, etc.) y alimentación (la cual, en caso de proveerla el patrono, debía ser en condiciones de abundancia e higiene adecuadas). Respecto específicamente a las remuneraciones, pasaron a ser fijadas a través de tablas confeccionadas por las autoridades administrativas de acuerdo a las características y el lugar de trabajo de los obreros, y eran de aplicación obligatoria. Según algunos autores, a través de estos mecanismos el salario mínimo habría pasado prácticamente a duplicar los existentes hasta ese momento. Por eso la reacción de los empleadores fue enérgica contra su aplicación, abarcando centralmente a los grandes propietarios nucleados en la Sociedad Rural Argentina y CARBAP (de Buenos Aires y La Pampa), y en segundo lugar a la capa superior de los agricultores representados por la Federación Agraria, también parte de los empleadores de peones en los campos.

Si bien ya existían ciertos antecedentes de reglamentaciones sobre el trabajo rural, lo nuevo era que esta vez existía la voluntad comprobable



del gobierno de garantizar su cumplimiento. Es que el Estatuto estaba integrado a los objetivos globales del proyecto que impulsaban los sectores expresados por Perón en el heterogéneo grupo de militares en el gobierno desde junio de 1943. Esta clase de medidas marcaba claramente el esquema de alianzas y contradicciones –tanto políticas como económicas– que caracterizarían el período de ascenso del peronismo al gobierno: en lo político, el Estatuto contribuía a la línea general de ganar el apoyo de la clase obrera, sólo que en este caso –evaluando el escaso peso cuantitativo y las dificultades para la movilización gremial de los peones rurales– la medida pareciera tener el objetivo principal de recortar en su trastienda al tradicional poder terrateniente de la Argentina agroexportadora. A su vez, en lo económico, la elevación de los ingresos de los peones y la “liberación” de su potencial como consumidores, habilitaba un nuevo contingente de demandantes internos para alimentar el proceso de industrialización de base nacional por entonces en curso.

El Estatuto de 1944 había dejado fuera de su órbita de influencia a los trabajadores transitorios. A diferencia de los permanentes, estos poseían antecedentes más cercanos y frecuentes de conflictividad y organización gremial, un mayor peso numérico, y más vinculación a la producción específicamente agrícola. También tenían otro tipo de patrones, constituido por los campesinos o chacareros medios y “ricos”.<sup>9</sup> Esta fracción patronal mantenía a su vez con los grandes terratenientes y latifundistas enconadas luchas de clase por el uso y la propiedad de la tierra. Por lo que si bien tenían múltiples puntos de contacto y superposición, estos *otros obreros* y estos *otros patrones* configuraron un escenario distinto al de los conflictos entre puesteros y estancieros generados por la sanción del Estatuto del Peón.

---

9. A riesgo de parecer vago o extemporáneo, el adjetivo “rico” propio de la clasificación marxista clásica de las clases sociales en el medio rural –en la cual nos basamos para este análisis específico del agro pampeano– designa con precisión a la parte del campesinado (en este caso, chacarero o capitalizado) que obtiene lo principal de su ingreso fruto de la explotación sistemática de fuerza de trabajo ajena, pero que aún puede considerarse parte del campesinado “por su nivel cultural poco elevado, por su modo de vivir, [y] por su trabajo personal manual en su hacienda”. Esto lo diferencia del campesinado medio, que basa lo fundamental de su ingreso en el trabajo familiar, pero que eventualmente puede alcanzar niveles de acumulación suficientes para contratar (y en virtud de contratar) obreros asalariados en alguna etapa del proceso productivo, como solía ocurrir en la región pampeana en la fase de la cosecha para la época. Ver V.I. Lenin. “Primer esbozo de las tesis sobre el problema agrario. (Para el II Congreso de la Internacional Comunista)”. Buenos Aires, *Obras Completas*, tomo XXXI, Editorial Cartago, 1969, p.145-157.

El detonante de las luchas obreras en la agricultura fue la desocupación. Ésta estaba generada por la contracción relativa de la producción agrícola pampeana y la reducción del área sembrada, sumado el sinuoso pero ininterrumpido proceso de mecanización de las labores. En primera instancia los trabajadores acudieron a la acción directa para defender sus fuentes de trabajo. Esto consistía lisa y llanamente en “obligar” a los agricultores a contratarlos –aunque no fuese necesario para la producción o aunque el productor pudiera reemplazarlos con mano de obra familiar–, o en su defecto, que se les pagara como si los hubieran contratado efectivamente (esto es lo que se denominó “cobro por servicios no realizados”). Este tipo de prácticas contaron con el aval de las autoridades policiales o administrativas locales, en quienes podemos deducir que se expresaba un guiño informal por parte del grupo de Perón –desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social primero, y desde la Presidencia de la Nación después–, con el que se compensaba el no tener aún una reglamentación semejante al Estatuto para los trabajadores transitorios.

Los obreros desarrollaban estas medidas de acción directa a través del sistema de “bolsas de trabajo”, por medio del cual la precaria organización gremial de la región confeccionaba listas de trabajadores que se ofrecían para las labores agrícolas, logrando en gran medida centralizar la oferta de fuerza de trabajo en una cierta zona de influencia, y obtener gracias a ello mejores condiciones de trabajo, e imponer un número mínimo de trabajadores a los empleadores. De esta forma también se podían repartir los pocos puestos de trabajo conseguidos entre todos los miembros de la lista con el sistema de “turnos rotativos”: una jornada laboral de diez horas, podía ser llevada adelante por cuatro hombres que trabajaran dos horas y media cada uno, repartiéndose entre todos la remuneración. Los contratiempos que esto traía a los agricultores motivaban su irritación y quejas permanentes, que no encontraban eco –al contrario– en los poderes públicos locales ni nacionales.

En 1947, se intentó descomprimir la situación con una nueva ley, la 13020, que pasó a reglamentar de forma más integral las relaciones obreiro-patronales también para el sector de trabajadores temporarios, complementando el Estatuto que ya existía para los permanentes, y creando instancias oficiales de negociación colectiva: la Comisión Nacional de Trabajo Agrario y las Comisiones Paritarias Locales. Esta ley mantuvo bajo control de las organizaciones sindicales la provisión de mano de obra asalariada a través de las “bolsas de trabajo” y la organización de los “turnos rotativos”. Respecto al “cobro por servicios no realizados”, la nueva reglamentación los prohibió, aunque estipuló oficialmente una cantidad

mínima obligatoria de trabajadores que debían ser contratados para cada tarea, independientemente de que el agricultor pudiera resolverlo con mano de obra familiar. La situación se ordenaba legalmente y amortiguaba el choque con los productores agrícolas, pero seguía priorizando los intereses gremiales de los trabajadores.

El mismo año se constituyó el gremio de los obreros rurales por primera vez en el nivel nacional: la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE). La necesidad de contar con representantes oficiales en las nuevas instancias de negociación colectiva creadas por la ley 13020 tanto a nivel local –donde ya contaban con organizaciones gremiales de cierta antigüedad– como ahora nacional, pareciera haber acelerado la concreción de la organización ese año a ese nuevo nivel. Sin embargo, la prolongada historia de conflictos previos la mostraría no tanto como una respuesta exclusivamente coyuntural, sino como una necesidad postergada desde larga data, y propiciada ahora sí en su concreción gracias a un contexto político favorable.

La fundación de FATRE parece ser el punto culminante de esta primera etapa de legislación, sindicalización y conflictos obrero-rurales durante el peronismo. Cuando entre 1948 y 1952 pasaron a un primer plano la crisis económica y los cuellos de botella del modelo peronista tal cual fuera implementado desde sus comienzos, el gobierno habría optado por intentar bajar el tono de la conflictividad en el campo en función de privilegiar los objetivos de aumento de la producción, lo que también tuvo expresión en el fomento a la mecanización ahorradora de mano de obra y la ausencia de definiciones que concretaran la prometida reforma agraria para obreros y campesinos. Al mismo tiempo, la migración rural-urbana originada en la falta de soluciones en el corto plazo a la reducción de la demanda de empleo y por la propia demanda de los centros industriales en desarrollo, fue descomprimiendo el problema de los excedentes de mano de obra en el ámbito agrario, todo lo cual redundó en cierta merma de los conflictos.

### **Avance de la mecanización y conflictos durante la etapa desarrollista**

Ya hacia fines de la década de 1950 y principios de los 60, la producción agrícola consolidaba su recuperación, pero los nuevos impulsos por parte de la política oficial para incentivar la mecanización y los inicios efectivos de la misma para la cosecha de maíz –antes muy intensiva en mano de obra–, generaron una nueva oleada de conflictos que tuvieron

otra vez a la desocupación como problema principal. Paralelamente, la confrontación de los obreros se dio más directamente contra la fracción patronal de los grandes propietarios que se volcaban a la agricultura en esos años, y menos contra la fracción chacarera. Por el contrario, se establecieron con ella distintos grados de alianzas gremiales y políticas, producto de cambios en la propia estructura social del agro pampeano y la nueva constelación de intereses objetivos en pugna, así como fruto de transformaciones subjetivas en el seno de las distintas clases y fracciones de clase en lucha.

Respecto a las transformaciones estructurales, la participación relativamente mayor de los grandes terratenientes capitalistas en la actividad agrícola respecto a su histórica inclinación ganadera los enfrentó objetivamente y de forma más directa al otro extremo de la estructura social agraria: el proletariado agrícola propiamente dicho. Y por otro lado, el movimiento de los grandes propietarios hacia la agricultura no era meramente un cambio productivo, sino que –gracias a la relativa recomposición de su poder un vez derrocado el segundo gobierno de Perón, e integrados luego en el modelo desarrollista implementado por Frondizi– incluía una expansión sobre la pequeña y mediana producción. De conjunto, se afianzó la tendencia ya visible desde 1952 a la concentración de la producción y a la desaparición de explotaciones agropecuarias. Este proceso generó condiciones objetivas para la confluencia programática de chacareros y obreros rurales contra la gran propiedad territorial.

Sin embargo, esta confluencia no surgió sólo del empalme “espontáneo” de intereses económicos inmediatos, sino que es indisociable de cierto grado de maduración subjetiva (política e ideológica) en el seno de dichas fracciones de clase, coincidente tanto con el clima de época como con el trabajo de determinadas fuerzas políticas que contribuyeron a crearlo. Estas fuerzas políticas incluían desde corrientes peronistas –con peso en el movimiento obrero en general y también en el gremio de los peones rurales–, hasta el trabajo de los comunistas de la época, con cierta influencia organizada tanto entre los obreros como entre los chacareros, facilitando su alianza.

El gremio de los obreros rurales incorporó en el artículo 2º de sus estatutos, aprobados en 1963 luego de un proceso de reconversión organizativa interna, la consigna de “una reforma agraria que permita transformar a los obreros rurales y estibadores en dueños de la tierra que trabajan, y fomentar la creación de colonias agrícolas y la explotación de latifundios de manera colectiva por sus afiliados”. La perspectiva común de la reforma funcionó como prenda de unidad programática entre asalariados y

chacareros, contribuyendo a ubicar en la vereda de enfrente a los grandes propietarios, y permitió la creación de instancias de coordinación política muy amplias, en las cuales participaban tanto la FAA como la FATRE, entre otras decenas de organizaciones. A la vez existió un acuerdo explícito, ya no entre obreros específicamente rurales y chacareros, sino entre la propia CGT y la FAA, para la lucha por la reforma agraria. Fue en 1964 y 1965, junto a los pronunciamientos a favor de la misma por parte de la Unión Ferroviaria, La Fraternidad, Federación de Trabajadores Químicos, Unión Obreros de la Construcción, Unión Obrera Metalúrgica, Federación de Vendedores de Diarios, Asociación de Trabajadores Textiles, empleados de comercio, obreros de la madera y otros gremios como el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS, hegemonizado por el Partido Comunista) y las 62 Organizaciones Peronistas.

Todo esto no excluyó —y en algunos casos agudizó— conflictos entre los chacareros y los obreros, sólo que la existencia de aquella referencia estratégica brindaba una válvula de escape y una salida común para la descompresión de las contradicciones entre ellos. Uno de esos conflictos fue la lucha por el salario. Por un lado, debido a que una capa de obreros se profesionalizaba crecientemente en línea con el avance de la mecanización y exigía un ajuste acorde en sus remuneraciones, ya que el aumento de la productividad de su trabajo marchaba muy por delante del de las retribuciones reales. Por otro lado, una fracción mayoritaria de asalariados menos calificados iba quedando paulatinamente afuera de los nuevos procesos productivos, por lo que defendía en el mismo movimiento su puesto laboral y el valor de sus retribuciones frente a la presión a la baja que generaba el descenso en la demanda de fuerza de trabajo. Este último grupo comprendía a trabajadores con escaso o nulo manejo de maquinaria, con ocupación precaria e intermitente, de gran movilidad rural-urbana. Se trataba históricamente no sólo de la parte más numerosa de los obreros agrícolas, sino de su fracción más combativa.

Uno de los instrumentos que los obreros seguían poniendo en juego para la lucha fueron las “bolsas de trabajo” bajo su control, lo que les daba la posibilidad de vender su fuerza de trabajo en mejores condiciones gracias a su centralización, y negociar el sistema de “turnos rotativos”. Pero en 1965, la Sociedad Rural logró que el gobierno de Illia quitara del control obrero las “bolsas de trabajo” (pasarían a control “estatal” con participación patronal), abriendo un nuevo foco de conflictos, esta vez para defender uno de los instrumentos a través de los cuales resistían la desvalorización de su salario y la creciente falta de puestos de trabajo. La Federación Agraria, que

venía protestando por lo “elevado” de los salarios obreros, pasó a apoyar los reclamos de los trabajadores sobre el punto de las “bolsas de trabajo”. La Sociedad Rural, Confederaciones Rurales Argentinas y CONINAGRO, mantuvieron su posición enfrentada con los asalariados. El sindicato recuperaría el control de “las bolsas” recién en 1967, pero para ese entonces, bajo la dictadura de Onganía, lo que estaba intervenido era el propio gremio.

Respecto al desarrollo del reclamo salarial específicamente, vale la pena detenernos a observar que los trabajadores agrícolas también aprovecharon durante este período el espacio de las paritarias nacionales y locales consignado también por la Ley 13020 de 1947. Este sistema doble, posibilitaba la renegociación de los acuerdos salariales en niveles distintos, y tomar como referencia el más favorable. Esto permitía que la mayor combatividad de los representantes regionales en paritarias locales se tradujera en un salario de referencia válido respecto de los acuerdos menos favorables que conseguían sus representantes en la Comisión Nacional de Trabajo Rural. Se trataba de prácticas semejantes a las que desarrollaba el movimiento obrero fabril de la época respecto al mayor nivel de confrontación de las bases y las comisiones internas en comparación con las cúpulas sindicales, tanto frente a los procesos de congelamiento o ajuste salarial, como a los planes de aumento de la productividad y por la defensa del terreno conquistado en la distribución del ingreso.

La resistencia fue exitosa como tal en el corto plazo. Sin embargo, la lucha gremial y política no pudo detener procesos estructurales de larga duración, vinculados al desarrollo de las leyes del capitalismo en el campo, y expresados en la creciente concentración de la producción y el avance de la mecanización de tareas manuales, particularmente la cosecha mecánica de maíz y la cosecha a granel. Mientras la lucha seguía y se desarrollaba, por debajo se iba corroyendo la histórica base combativa de los obreros temporarios de la FATRE en la región pampeana: aquellos estibadores, bolseros, costureros, ayudantes generales de cosecha, sileros, carrileros y pistines, iban perdiendo presencia y poder de negociación a medida que sus tareas desaparecían de los nuevos procesos de trabajo.

### **Conquistas gremiales y contraofensiva patronal en los años 70**

La resistencia para no perder las posiciones ganadas durante los primeros gobiernos peronistas que caracterizó el período de luchas obreras desde 1955, pasaría nuevamente a la ofensiva justamente con el regreso

de Perón al gobierno en 1973. A partir de ese año, las luchas de obreros rurales giraron alrededor del debate, la aprobación y la implementación efectiva de la Ley de Contrato de Trabajo. Ésta fue promulgada ya fallecido Perón, en 1974, por el gobierno de María Estela Martínez de Perón. Dicha ley equiparaba los derechos de los trabajadores rurales a los de los urbanos, lo que tuvo consecuencias prácticas y simbólicas de importancia, ya que significó una “revalorización” del trabajo agropecuario respecto a su histórica postergación. Una vez aprobada la ley, en algunas zonas como el sudoeste bonaerense, los trabajadores llegaron a organizar inspecciones en las explotaciones para verificar su cumplimiento. Eso convertía a la organización colectiva en las propias bases del sindicato – nuevamente en sus bases– en un instrumento concreto de la defensa de los derechos laborales, y se retroalimentaba en una mayor filiación sindical para obtener sus beneficios.

El período de conquistas obreras fue tan breve como los gobiernos justicialistas entre 1973 y 1976. El golpe de Estado de ese último año, como parte de los objetivos antipopulares y antinacionales que lo motivaron, y en el marco de un intento por disciplinar a la clase obrera en general, se propuso terminar con el ascenso de luchas y el avance reivindicativo de los trabajadores rurales. Esto tuvo en común con el resto de la clase obrera argentina el deterioro de los salarios reales, garantizado mediante persecuciones, desapariciones, asesinatos y torturas a los trabajadores. Particularmente respecto a los obreros rurales, la dictadura tomó como primera medida su exclusión de la Ley de Contrato de Trabajo ya en abril de 1976, a menos de un mes de haber usurpado el poder político por la fuerza. La máxima expresión jurídica de este proceso de disciplinamiento fue la nueva legislación para los asalariados rurales de todo el país que reemplazó al Estatuto de Peón y a la Ley 13020 para obreros transitorios: la Ley 22248 de 1980, que inauguraría el nuevo “Régimen Nacional de Trabajo Agrario”, vigente hasta 2011.

Fue una ley concebida en función de las necesidades de los empleadores para terminar con los conflictos que se arrastraban en el sector, prohibiendo el derecho a huelga y tendiendo a aumentar los mecanismos y niveles de explotación de la fuerza de trabajo asalariada en el campo. La ley 22248 cerró las instancias paritarias regionales aseguradas por la ley 13020, que precisamente habían sido reaseguro que permitía a los trabajadores pelear en su región un acuerdo válido, superador del suscripto por los dirigentes nacionales. Fueron reemplazadas por instancias meramente formales o consultivas, como las “Comisiones Asesoras Regionales”,

que además comenzarían a funcionar recién en 1992. Así las comisiones paritarias se restringieron y centralizaron sólo al nivel nacional. También se liberalizó la jornada laboral en nombre de “los usos y costumbres de cada región” y las “necesidades impostergables de la explotación” como la cosecha a tiempo de determinados productos, el cuidado de heladas y demás. Y desde luego, la ley 22248 confirmó la “libre” contratación de la fuerza de trabajo eliminando por completo el sistema de “bolsas de trabajo” que beneficiaba a los asalariados. Ya la ley de facto 21476/76 se había encargado de dejar sin efecto la obligatoriedad de la contratación mediante las bolsas de los sindicatos, haciendo en principio opcional la apelación a las mismas.

El análisis de las luchas reivindicativas y de resistencia desarrolladas por los obreros y sus conquistas entre las décadas de 1940 y 1970, confrontado al contenido del nuevo “Régimen de Trabajo Rural” de 1980, nos muestra a este último como una bisagra histórica que expresa el cierre de la etapa precedente, en el marco de lo que se ha denominado “revancha clasista”, llevada adelante por la última dictadura militar. Además del marco represivo que permitió imponer dicha ley, respecto a la capacidad de resistencia de los obreros cabe observar dos hechos relacionados entre sí. En primer lugar, para 1980 aquella fracción más combativa de los asalariados rurales que constituían los estibadores y demás, había reducido su importancia a niveles insignificantes en la producción y entre los trabajadores, producto del proceso de generalización de la cosecha a granel desde hacía ya veinte años, lo que necesariamente ha de haber influido en el debilitamiento interno de la organización gremial para resistir la contraofensiva dictatorial. Pero en segundo lugar, y probablemente facilitado por este primer hecho, no debiera perderse de vista que la lucha entre las corrientes internas de la FATRE para esta época resultó favorable a los sectores más conciliadores con el sector patronal y con el Estado, contrarios a los intereses legítimos de sus representados. El primer telegrama de *apoyo explícito* que recibiera la dictadura por parte de un gremio obrero, en 1976, fue el de FATRE. De ahí en más, poco podía esperarse desde la cúpula de la organización gremial en función de la defensa de los derechos de los trabajadores. La posición política de la conducción del gremio dejó a los trabajadores rurales combativos abandonados a su suerte frente al terrorismo de Estado. El retroceso y la dispersión de los trabajadores de la militancia o la mera afiliación gremial –frente a la traición de su conducción e intervención de la dictadura mediante– prácticamente desintegró la propia FATRE: se transformó en una organización casi sin fondos, con una



estructura escuálida y con una caída vertical del número de afiliados. De los 650.000 afiliados cotizantes a nivel nacional a mediados de los años 70, quedaban menos de 15.000 una vez pasada la dictadura.

### **La superexplotación obrero-rural: contracara del “boom” agrícola contemporáneo**

A partir de la década de 1970, completada y desarrollada la mecanización completa del trabajo, y junto al refinamiento de ciertos dispositivos de disciplinamiento empleados por las distintas personificaciones del capital agrario, maduró una nueva configuración de las condiciones de trabajo y de vida del proletariado agrícola. Esas nuevas condiciones le otorgaron características objetivas y subjetivas muy distintas a las de la clase de obreros que ocuparon su lugar en las etapas previas. La introducción y progresiva generalización de nuevas técnicas de siembra y labores, la automatización y eliminación de tareas, y el aumento de la capacidad de tractores y cosechadoras, redujeron en proporciones inéditas el tiempo de trabajo necesario para la producción de granos. Con cada nuevo adelanto tecnológico –y particularmente en la década de 1990– se redujo notablemente la cantidad de trabajadores requeridos por cada unidad productiva. Esta tendencia logró achicar en formas extremas el tamaño de los grupos en los que se nucleó y organizó productivamente el proletariado agrícola, lo que aseguró su desconcentración y aislamiento en el lugar de trabajo, a pesar de haberse concentrado significativamente el capital y de haber crecido el tamaño medio de las empresas agrícolas. Paralelamente, el mismo proceso llevó a una fragmentación entre los trabajadores fruto de la combinación de ciclos de ocupación diferentes, basados en una mayor especialización por tarea, y en la generalización del sistema de trabajo tercerizado a través de empresas contratistas. La propagación del sistema del contratismo también contribuyó a desdoblarse y diluir la figura patronal, dificultando la visualización de los oponentes de los conflictos laborales y contribuyendo por ello a evitarlos. Por último, pero no por eso menos importante, luego de la intervención militar de 1976 las reservas sindicalizadas del movimiento obrero-rural desatendieron la organización de esta fracción de trabajadores, centrándose –particularmente desde los años ’90– en el asistencialismo clientelar de aquellos obreros de menor calificación y oficio, desplazados por las transformaciones de los procesos productivos. En el mismo sentido, la reducción del peso numérico de los trabajadores y su fuerte dispersión, resultaron un inconveniente que no

atrajo a ninguna fuerza política para desarrollar entre ellos alguna tarea de nucleamiento partidario que equilibrara la fragmentación a la que los sometía la nueva organización del trabajo agrícola.

Necesaria y forzosamente, en el transcurso de los últimos 25 años, la mayoría de los obreros agrícolas pasó a trabajar para alguna variante de contratistas, fueran exclusivamente prestadores de servicios o también productores independientes. El viejo ritmo de labor y de vida de los trabajadores de las estancias y chacras agrícolas o mixtas se esfumó con esta tercerización. Tanto los habituales peones de campo sumados al trabajo errante e inestable de los contratistas, como los obreros que venían trabajando para éstos desde tiempo antes, vieron transformada su rutina diaria y los ciclos de su ocupación anual, absorbidos por la lógica de la competencia entre los contratistas por ofrecer a los clientes un servicio barato. El sistema del contratismo redobló así las exigencias sobre los trabajadores agrícolas, movilizándolos de un lado al otro de las llanuras pampeanas en búsqueda de clientes, sin tener jamás asegurada la ocupación en la temporada siguiente.

Paradójicamente, el régimen del contratismo se transformó en la única alternativa para que muchos peones mantuvieran una ocupación regular, ya que no estar atados a los límites de ninguna explotación en particular, les permitía compensar con una mayor cantidad de hectáreas la menor cantidad de tiempo de trabajo requerido por superficie. Pero esa regularidad anual se lograba a costa de una mayor *inestabilidad*, ya que el empleo del obrero dependió de la cantidad y la sucesión de trabajos parciales que consiguiera su patrón cada temporada. Sin poder asegurar si al año siguiente dispondrían del mismo monto de ingresos reales o si tendrían ocupación, los trabajadores tendieron a interiorizar el ritmo de la competencia que existía entre sus patrones, lo cual consistió en trabajar la mayor cantidad de hectáreas, horas, días y meses que pudieran. Por ese camino, intentaron asegurarse una masa salarial que les permitiera afrontar un futuro siempre incierto, y al mismo tiempo, colaborar para que su patrón mantuviera y acrecentara sus clientes.

La confluencia de estas tendencias cumplió por sí misma un *efecto disciplinador* sobre el proletariado agrícola. La expulsión de miles de obreros rurales debido a la transformación de los procesos de producción, el régimen de trabajo dependiente de la demanda de los clientes, y particularmente la tercerización, no ayudaron a revertir la dispersión gremial y política en la que habían ido cayendo paulatinamente desde los años anteriores, con el desarrollo de la mecanización. Además, el des-

doblamiento de la figura patronal entre el titular de la explotación y el contratista contribuyó a borrar los posibles blancos del descontento proletario. La fracción que los empleaba constituía, de hecho, una capa subalterna entre las que componían las patronales agrarias, lo que facilitaba a los contratistas atribuir a esa condición todas las dificultades que descargaban sobre los obreros.

La intermediación en la explotación del trabajo asalariado no era del todo una novedad en la agricultura pampeana. También había existido en los primeros años del siglo XX con los contratistas de trilla, o con los dueños de carros para trasladar los granos a caballo. En aquellos tiempos, ello no impidió ni la emergencia de grandes oleadas huelguísticas, ni de conflictos localizados en un poblado o contra algún patrón en particular. Pero a diferencia de aquella forma de contratismo, el que emergió a partir de la década de 1970 aseguró una dispersión mucho mayor de los trabajadores, lo cual conspiró mucho más directamente contra las posibilidades de emprender acciones colectivas de envergadura.

Si desde la década de 1970 la proletarización del trabajo no derivó en una mayor concentración de los trabajadores, fue porque con el cambio de personificación del capital que los empleaba —del propietario o arrendatario de tierras al propietario de máquinas—, también fue cambiando su escala. En tanto los inicios del contratismo de servicios contemporáneo se vincularon a las pequeñas explotaciones sobremecanizadas, en ellas tenía un gran peso la mano de obra familiar. Fueron excepcionales los casos de grandes empresas de este tipo que concentraran considerables cantidades de hombres y equipos. Para 2006, el promedio de empleados por cada propietario contratista era de poco más de dos trabajadores. Y si bien era difícil encontrar equipos exclusivamente familiares y el 70% de la mano de obra de estas empresas era asalariada, esa mano de obra se encontraba sumida en una gran dispersión, agrupada en pequeños núcleos de 2, 3 o 4 hombres dependiendo del tipo y la escala de los miles de contratistas que operaban en la región.

La progresiva difusión de las empresas contratistas de servicios de maquinaria a partir de la década de 1970 fue generalizando formas salariales que reprodujeron el modo en que ellas cobraban sus tarifas a los productores: como un equivalente del precio de determinada cantidad de una mercancía —litros de aceite, litros de gas-oil, granos, etc.—, un porcentaje del producido por hectárea —en especie o en dinero—, o una tarifa fija nominal por hectárea. Por este motivo, en las negociaciones informales de cada temporada, tanto la tarifa de los patrones como el salario

derivado de ella estuvieron permanentemente ligados a la evolución del precio de pizarra de la soja, el maíz o el trigo, libres de retenciones. Sin embargo, la parte que tocó a los asalariados estuvo muy lejos de seguir los precios y la rentabilidad que caracterizaron al negocio agrícola en los últimos años.

Si las visiones benévolas del agronegocio sólo expusieron las virtudes del contratismo sin reflexionar sobre las contradicciones que acarrea este esquema para la mayoría de los contratistas como capa empresaria subalterna, mucho menos se detuvieron a detectar cómo esos problemas se descargaban –final y decisivamente– sobre la mano de obra asalariada. Las modalidades del destajo permitieron a los contratistas hacer descansar sobre los sueldos obreros parte del dinero que no lograban cobrar a los productores. Para las cosechas, el pago a porcentaje de la producción resultó ser la forma salarial generalizada. También para la siembra, la fertilización y la fumigación, bajo la forma del pago fijo nominal por hectárea. En promedio, los obreros de la recolección cobraron un 8% y un 5% de la tarifa del patrón contratista, recibidos por el maquinista y al tractorista respectivamente. Los sueldos de ambos abarcaban sólo el 13% de los costos de un equipo contratista, a lo que se agregaban la manutención del personal en los campamentos y los aportes sociales, girando los gastos en fuerza de trabajo en no menos del 15% promedio. En términos absolutos, esto hizo variar mucho la masa salarial percibida por los trabajadores dependiendo la escala de la empresa que los empleara, su condición de asalariado permanente o transitorio, y su especialización en una u otra labor del proceso de producción agrícola.

Más allá de los incontables casos específicos, en general y en promedio, por cada \$100 que facturó el negocio de la agricultura entre 2002 y 2010 –sin contar lo percibido por el Estado en concepto de retenciones–, sólo \$1,3 fueron percibidos por los obreros de cosecha, que eran los mejor pagos de la actividad. Así, si tenemos en cuenta que el plusvalor materializado en las cosechas récord fue creado fundamentalmente por el trabajo asalariado, es posible inferir niveles extremadamente elevados de explotación laboral como condición de la rentabilidad de la expansión agrícola. La presencia de la renta agraria por los altos precios internacionales y la fertilidad de los suelos, ha desdibujado este aspecto hasta oscurecer el hecho elemental de que sin mediar el trabajo obrero, las ganancias extraordinarias características del período no hubiesen podido realizarse. Es decir, si bien la renta supera por definición las ganancias obtenidas por la explotación del trabajo, sin la explotación del trabajo no existiría la renta;

y a la vez, la magnitud de la renta también dependerá de la medida en que la ganancia –aun siendo la media– avance sobre el salario. Así, los bajos costos laborales de la agricultura pampeana son inseparables de la alta rentabilidad que caracterizó e impulsó la expansión agrícola reciente, todo lo cual estuvo vinculado a la desorganización sindical y política que predominó entre los obreros, haciéndolos vulnerables a los diferentes mecanismos de dominación de diversas capas patronales. La renta agraria y las ganancias capitalistas asociadas al boom sojero no se deben entonces –ni mucho menos– sólo a los precios internacionales o a la optimización de la inversión en capital constante, sino a la combinación de esos factores con importantes niveles de explotación laboral.



## Índice

7. Presentación
11. Emilio Ratzer  
Primeras corrientes políticas y oleadas de lucha  
(fines del siglo XIX-inicios del XX)
29. Cristina Mateu  
Nuevas problemáticas de las organizaciones sindicales  
(1914-1943)
51. Claudio Spiguel  
La clase obrera argentina y el peronismo histórico
89. Silvia Nassif y Brenda Rugar  
Las luchas de fines de la década de 1960  
y principios de la de 1970
113. Cristina Mateu  
La resistencia obrera, del golpe de 1976 a la entrega menemista
127. Pilar Sánchez  
Las puebladas de la década de 1990
147. Juan Manuel Villulla y Pablo Volkind  
Obreros agrícolas pampeanos: de la etapa agroexportadora  
(siglo XX) al agro-negocio (siglo XXI)

Este libro reúne las intervenciones de un curso sobre la historia del movimiento obrero argentino organizado por la revista cultural *La Marea*. El temario del mismo se estructuró según la especialidad de cada expositor y en torno a hitos importantes de ese proceso histórico, con el objeto de recuperar algunas de sus mejores experiencias y analizar problemáticas específicas en el contexto particular de un país dependiente como es la Argentina.

Así, los textos enfocan distintos momentos de la lucha contra la caída de salarios, contra la carestía, contra las malas condiciones laborales y de vida, así como la batalla sindical y política contra los gobiernos que descargaron el costo de las crisis sobre los trabajadores.

Aspiramos a que este libro brinde elementos para encarar los desafíos que impone el presente. Indagar en la historia y en el papel político del movimiento obrero resulta indispensable para la perspectiva de un proceso de liberación nacional y social de nuestra patria y para la emancipación de la propia clase trabajadora.

